



Con los ojos cerrados

Federigo Tozzi

TRADUCCIÓN

Rodrigo Jardón Herrera

TEXTOS en
RO
TA
CIÓN

La colección Textos en Rotación
espera facilitar los encuentros,
en algún punto de la espiral,
entre autores y lectores de diversas
épocas y géneros discursivos, cuyo
epicentro sea el corazón vibrante de la
obra escrita.



ISBN: 978-607-30-8728-5



~ Con los ojos cerrados ~

Tozzi, Federigo. *Con los ojos cerrados*; - México: UNAM,
CCH, 2024, 236 pp. (Colección Textos en Rotación).

ISBN volumen: 978-607-30-8728-5

ISBN obra completa: 978-607-30-3281-0

Primera edición: marzo de 2024.

D.R. © UNAM 2024 Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria. Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, CDMX.

© Rodrigo Jardón Herrera, por la traducción

© Diego Estévez, por la revisión de la traducción

Edición no venal

ISBN volumen: 978-607-30-8728-5

ISBN obra completa: 978-607-30-3281-0

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México - *Printed in Mexico*.

FEDERIGO TOZZI
CON LOS OJOS CERRADOS

TRADUCCIÓN
Rodrigo Jardón Herrera

REVISIÓN DE LA TRADUCCIÓN
Diego Estévez

RO
TA
CIÓN
TEXTOS ^{en}



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ESCUELA NACIONAL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Índice

Proemio 9

Con los ojos cerrados 13

Proemio

Las obras escritas representan la memoria viva de las civilizaciones. La ciencia, el arte y la cultura se han convertido, a lo largo del tiempo, en tesoros invaluable que los libros custodian, para provecho de los lectores futuros.

Las grandes revoluciones sociales o culturales han tenido en los libros la chispa originaria de su alborear y también de su caída porque, al parecer, todo cuanto somos y hacemos son hechos del lenguaje, pues el lenguaje marca el comienzo de la existencia del *Homo sapiens*; del hombre que piensa, mediante la palabra o el *logos* de los griegos.

Así, la lectura y la escritura son principios civilizadores por excelencia. En ellas recae la posibilidad de reforzar el pensamiento, pulir las emociones y adquirir nuevos saberes en cualquier esfera de la acción humana. Leer y escribir son habilidades transversales de las ciencias naturales, sociales y humanísticas. Leer y escribir no son faenas adicionales al periplo del hombre y la mujer a lo largo de su vida, sino contenidos vivibles que proveen de sentido a su propia existencia.

La colección **Textos en Rotación** espera facilitar los encuentros, en algún punto de la espiral, entre autores y lectores de diversas épocas y géneros discursivos, cuyo epicentro sea el corazón vibrante de la obra escrita.

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

DIRECTOR GENERAL DE LA ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

CON LOS OJOS CERRADOS



En el momento en que salieron de la fonda los cocineros y meseros, Domenico Rosi, el dueño, se quedó a contar deprisa, bajo la luz de una vela que goteaba, el dinero de ese día. Apretó los dedos al tocar dos billetes de cincuenta liras y, antes de meterlos en la cartera de piel amarilla, los miró de nuevo, doblados; y le sopló a la flama acercando la boca. Si la vela no se hubiera consumido mucho, incluso habría contado el resto del dinero del cajón de su esposa; pero cerró la puerta, luego con fuerza la golpeó con la rodilla para asegurarse de que había girado bien la llave. Su casa estaba en la otra acera, casi enfrente. Desde hace treinta años era la misma vida; pero siempre recordaba las primeras ganancias, y disfrutaba sentir al final del día en el fondo del alma la caricia del pasado: era como un gran corte de caja.

¡Su fonda! Algunas veces, al hablar de ésta, palmeaba las paredes, por la satisfacción y el orgullo.

Nunca dejó de ser un campesino, aunque prontamente hubiera cambiado de oficio, era capaz de darle una golpiza a quien no hubiera creído en su sinceridad.

Y creía que Dios, casi para complacerlo, hubiera pensado, junto con él, en su suerte. Por otra parte, sentía la necesidad de enriquecerse más; por temor a la envidia ajena. ¡Cuántos no habrían hecho lo que fuera para volverlo a ver sin un centavo!

Sus cuatro hermanas y sus tres hermanos habían permanecido en la pobreza en su pueblo de Maremma, en Civitella, entre los bosques repletos de jabalíes; en la casa de piedras puntiagudas, con la escalera que tambaleaba bajo los pies, hecha con piedritas de río, con las ventanas que daban hacia un cerro arcilloso tan cercano y escarpado que parecía que los iba a sepultar, casi como si cualquier día pudiera derrumbarse. Y Rosi pensaba en su pueblo demasiado estrecho, como algo que ya no existiera, o al menos solamente para los demás: los recuerdos de la juventud tenían la misma importancia que los teatros y las ilustraciones de los periódicos, que odiaba con desprecio: estupideces que disfrutaban los desocupados, que tenían dinero para despilfarrar. Pensaba lo mismo de quienes fumaban. Y nadie, por eso, podía decir que lo hubiera visto jamás en el teatro o, peor aún, ¡con un cigarro en la boca! ¡Él era demasiado astuto!

Recién llegó a vivir a Siena, a los veinte años, se casó con Anna, una hija no reconocida sin dote, muy guapa y más joven que él; abrió una hostería que con el paso del tiempo se volvió en una de las mejores fondas de la ciudad: *El pez azul*.

Ahora tenían un hijo que casi cumplía los trece años, Pietro; pero antes de él nacieron otros siete, uno tras

otro murió inmediatamente después de separarlos de la nodriza. A Pietro, con mucho retraso debido a su salud, lo mandaron al seminario, que era la escuela más cercana; estaba entre los alumnos que llaman externos; es decir, entre los que tomaban clases junto a los seminaristas, y luego regresaban a sus casas sin tener la obligación de ir vestidos como ellos. El penúltimo parto le había generado convulsiones a Anna, que, por otra parte, siempre había tenido síntomas de histeria: una enfermedad de la que se burlaba Domenico, un achaque que no comprendía. Y lo irritaba como si lo ofendiera, cuando la risa no bastaba para aliviarlo; y en la farmacia tenían una deuda por pagar.

Anna, sumisa y prendada de él, cuando se dio cuenta, al final, luego de tantos años de matrimonio, que la engañaba, había creído más de una vez que le arrancaban el corazón con ambas manos y sentía que envejecía y se afeaba prematuramente. Cuando pensaba en ello, se le llenaban de lágrimas los ojos, pero no hablaba al respecto con nadie: porque, aunque fuera muy gentil con todo mundo, no quería amistades. Sin embargo, sentía que se sofocaba, con una bondad casi rabiosa: al oler sus aceites aromáticos, el llanto le caía hasta los labios.

Con el rostro algo redondo, de mujer que engordó, no era posible entender sus enojos repentinos, que revelaban un trasfondo nervioso, pero inofensivo: como ciertos alborotos de animales maltratados. ¡Da risa, de hecho, si al golpear a una gallina se encrespa o si un conejo chillaba y rasguña!

Al igual que para Domenico, porque deseaban un heredero, los hijos muertos también se volvieron para ella semejantes a meros intentos abstractos y que tuvieron que abandonar, ciertamente para bien; si el destino lo había querido así. Por eso ella amaba a Pietro con un afecto supersticioso. Pero era incapaz, por ello, de demostrarle una gran ternura; aunque siempre le gustaba tenerlo cerca. Cuando se dormía recargado en ella, nunca se habría atrevido a pedirle que lo llevara a su cama a Rebecca; quien fue su nodriza y ahora trabajaba como sirvienta y mesera.

Sin embargo, Domenico, totalmente atareado y agitado, sin dejar de trabajar, le gritaba desde la cocina:

—¿Tienes ese bulto encima?

Y ella, para que no se acercara para alzarlo con sus brazos con las mangas remangadas, lo despertaba y lo mandaba a su cama. Y la noche siguiente le decía, en voz baja y disgustada por obedecer:

—Me fastidias: hazte a un lado.

Pero Pietro no le hacía caso y se acomodaba entre ella y el brazo de la silla tomándole una mano; y cerraba los ojos soñolientos. Anna, entonces, lo soltaba porque tenía que darles el cambio a los meseros; y también debía saludar a los clientes que entraban y salían. La fonda seguía llena hasta tarde. El trabajo también la agitaba a ella; pero, hacia la medianoche, todos estaban agotados e impacientes por descansar. Si todavía permanecía alguien en su mesa, apagaban una a una las lámparas de los otros cuartos. Los meseros se quitaban sus chaquetas del

uniforme; los cocineros se cambiaban de ropa. En esos momentos de espera y pausa, Anna aprovechaba para terminar de lavar los trapos y también para remendar prendas sencillas: para no gastar demasiado y por no saber hacerlo mejor. Ella, cuando era una muchacha, había sido mesera y no había tenido tiempo de aprender nada. No obstante, sabía escribir; había practicado tanto, que nunca se equivocaba al calcular las cuentas de los comensales.

Era buena para tener todo en orden: la vajilla y las ollas en una vieja artesa, el pan y las botellas de vino dentro de una alacena. Y sabía tratar con los distribuidores. Ella misma escogía los limones, pero bajo la supervisión y la aprobación de Domenico, y con una meticulosidad que la enorgullecía y daba gusto ver. Si el frutero había logrado darle uno con la cáscara dura o marchita, Domenico lo obligaba a cambiárselo luego de haberle arrojado el otro en la cara.

Anna, la mayoría de las veces, se iba a la cama, si le era posible, una media hora antes que él. Una noche, Domenico aferró de su silla, llevándose a la calle, a un maquinista borracho que se obstinaba en no salir de la fonda. Este, entonces, sacó su cuchillo y lo embistió. Pero Domenico lo esquivó, y los meseros se interpusieron. Anna, que estaba allí, con la cabeza cubierta por un chal de lana, como siempre lo hacía, se asustó tanto que, luego del altercado, sus convulsiones se hicieron más frecuentes e intensas. Para curarse, el doctor le recomendó estar lo más que pudiera en Poggio a' Meli,

la finca recientemente adquirida. El sábado regresaba a Siena porque, al ser el día de las compras, no habría podido dejar la fonda. La acompañaban Pietro y Rebecca. Domenico dormía en la ciudad; pero, todas las noches, le llevaba a su esposa una canasta con la comida para el día siguiente en su carreta; sujetándola con sus piernas para que no se callera.

Poggio a' Meli estaba fuera de Porta Camollia, en ese sendero bastante solitario que comienza en el Palazzo dei Diavoli y que termina un poco más lejos del convento de Poggio al Vento. Había una pequeña cabaña pintada de color rojo, de una sola planta; junto a ella estaba la cocina y los cuartos de los trabajadores, que estaban sobre los establos. El rojo le parecía muy hermoso a Domenico; mientras que Anna, como también le había dicho a algún conocido, habría preferido elegir o azul celeste o amarillo canario.

Al entrar de inmediato estaba el patio; con el pozo a un lado y una pérgola redonda, bajo la cual Domenico tenía, en primavera, una docena de macetas con los limoneros: el único lujo en lugar de un jardín. Lo llenaban de orgullo, sin embargo, aunque fueran un gasto que no producía una gran ganancia. Muchas veces, según su estado de ánimo, ni siquiera quería que Pietro los tocara.

La finca era de algunas hectáreas, cercada por espina santa y por espinos blancos en el sendero: un muy pequeño terreno llano y bien cultivado; el resto era una pendiente, que llegaba hasta la fosa de otra colinita que sostiene los muros de Porta Camollia.

A sus orillas, encinos grandes y negros, con algunos nogales muy altos; y, en las zanjas, sauces y huertos, porque se juntaba el agua. Desde el patio se veía Siena.

Todos los domingos, al final del mes, los empleados iban, después de la misa, a la fonda; y Rossi les pagaba, le pedía a cada uno que lo persignara, de buena gana, con los recibos. Entonces explicaba sus planes y analizaba las tareas. Siempre estaba enojado, y los amenazaba, infaltablemente, con correrlos. Luego, siempre repetía en voz más alta las órdenes que tenían que acatar al día siguiente, les decía que podían irse a sus casas; porque ya era la hora en que los parroquianos iban a comer, se arremangaba las mangas de la camisa y entraba a la cocina. Solía, mientras les pagaba, desayunar.

La finca, aunque pequeña y con las construcciones de ese modo, era hermosa: se percibía una dulzura que daban ganas de quedarse: cinco cipreses, en hilera, detrás de la barda del patio; y luego repleta de olivos y árboles frutales. Algunos, después de haber observado dos o tres veces al rededor, decían: ¡si fuera más grande, gustaría menos! La tierra para la siembra era oscura y pedregosa; el resto con estiércol seco y duro, casi amarillo. En primavera, con excepción del terreno arado y trabajado con la pala, se volvía de cien tonalidades de verde; y en otoño tardaba bastante tiempo para que los colores se deslajaran.

Por el sendero pasaban, usualmente, dependiendo de la hora, algún padre capuchino en la mañana, los campesinos y siempre sus carretas; todos los jueves, hacia el mediodía, los mendigos que se dirigían a comer la

sopa del convento. En otoño también había bastantes familias de vacaciones, y los extranjeros de una pensión: y estos salían por las noches. Los domingos, cuando hacía buen tiempo, algún grupo de personas cantaba; después de haber bebido en las fondas y en las cantinas del poblado de las afueras.

El sendero es casi en su totalidad plano y estrecho, con muchas casas y otras fincas; y luego encinas, encinos, castaños, cercas de madera, setos podados. Mientras que en el sendero se pueden ver otras casas, muy hermosas, en dirección a la iglesia de Marciano; y un conjunto de colinas que dan hacia la Maremma y el monte Amiata.

Cuando una finca cambia de propietario, y no es un tonto, pronto comienza a modificarse de manera visible para la mirada de los conocedores y luego del resto. Y Rosi efectivamente transformó Poggio a' Meli. Él incluso frenaba su caballo cuando la mitad del camino estaba repleto de las flores que el viento había arrastrado de los duraznos y de los almendros nuevos, mandados plantar por él. Alzaba la mirada para regañar a las ramas que solamente tenían hojas; y golpeaba a Toppa, que aullaba y saltaba de la alegría a su llegada. Durante horas se paseaba por las arboledas, para inspeccionar si se había propagado una plaga. Alguno de los empleados lo acompañaba; y siempre tenían que asegurarle que no había sido culpa de ellos. Si consideraba que una vid estaba mal amarrada o si su poste no estaba firme, mandaba traer la rama de un sauce y allí, frente a ellos, rehacía el trabajo.

Cuando se podaban los olivos había discusiones interminables. Colocaba la escalera donde le parecía mejor; pero no se subía porque era muy pesado: desde abajo indicaba qué ramas tenían que podar.

O también les enseñaba cómo tenían que sujetar la pala, para cavar más hondo.

Durante la preparación del vino, limpiaba y lavaba las cubetas y los barriles; y no se alejaba nunca de la llave de la bodega.

Como Anna se había encariñado de Rebecca, cuyo amante no la había querido desposar a pesar de haberla embarazado, y a Domenico le gustaba, habían contratado como empleados de Poggio a' Meli a sus viejos padres, Giacco y Masa. Eran pobres y tenían otras hijas que se habían casado. Después de algunos años, por eso, le pidieron al patrón que aceptara albergar a Ghisola, una de sus nietas nacida en Radda, hija de una de las hermanas de Rebecca.

Giacco y Masa no se deshacían ni siquiera de medio clavo oxidado. Giacco tenía unos pantalones de fustán verde que estaban tan parchados que de la tela original solamente quedaban algunas tiras por aquí y por allá. El paliacate que Masa llevaba en la cabeza lo había comprado en su juventud.

Como ella nunca lograba servir la comida a tiempo, Giacco se impacientaba; y comenzaba a insultarla siguiéndola con la mirada a cada paso suyo. Ella se aturdía y tardaba más. ¡Había que verla! Vertía de la ranura de una lata un hilo de aceite, un hilo tan sutil como la punta

de una aguja. Secaba bien el agujerito, antes de meter la lata en la alacena, la lamía más de una vez. El sartencito hervía, y ella aventaba el ajo y la cebolla picada. Cuando el ajo estaba amarillo y tostado, agregaba el sofrito en la olla llena de agua salada; la colocaba en el fuego y mientras tanto cortaba un pan, apoyándolo en su pecho y apretando el cuchillo con ambas manos. El perro guardián, Toppa, se encargaba de desaparecer las migajas que caían al suelo. Masa, desesperada, lo empujaba con un pie: ¡las quería reservar para las gallinas!

Al momento de entrar, Giacco se lavaba en una tinaja de madera muy maltratada; luego se sentaba, y se pasaba los dedos cortos y callosos por el rostro.

Masa, finalmente, vertía el agua en las rebanadas de pan; y Ghìsola llevaba a la mesa la sal y la pimienta, provocaba que la regañaran porque se recargaba demasiado en las paredes cuando iba de un lado a otro de la habitación.

Giacco, mientras recordaba al becerro que le había puesto su hocico en la espalda cuando le estaba poniendo la yerba en el comedero, hasta que finalmente lo había alejado diciéndole “¿no ves que me estás llenado de pelos?”, le ordenaba a su esposa:

—Antes de sentarte, pon a calentar la comida para el animal. Lo sabes; pero haces como que se te olvida.

Él, luego de la faena, sentía una gran ternura por las caricias en el establo; cuando el aliento del becerro estaba tibio y húmedo como su sudor. Recordándolo, comía en silencio.

Anna, algunas veces, tocaba a su puerta. Entonces se levantaban los tres:

—Es la patrona. Levántate, ve a abrirle. ¿Cómo te tardas?

*

Todo un invierno, Pietro no volvió a ver Poggio a' Meli; solamente se enteraba por las pláticas entre el padre y los parroquianos: vides nuevas, viveros de frutales, siembras más abundantes; y el vino de la primera vendimia: un vino, sin embargo, muy claro; con sabor a azufre y que ardía en el estómago.

Algunas veces, a la fonda, llegaba Ghìsola muy callada al lado de su tía Rebecca; y él la observaba sin acercarse. Pero no le daba mucho gusto; parecía como si nunca hubieran cruzado palabra.

Después de algunas febrículas, por el mes de junio, regresó con su madre al campo. Como la cabaña permanecía cerrada bastantes meses del año, siempre encontraban un olor a cascajo y a ratones; y las cerraduras, para abrirlas, requerían mucha fuerza. Llamaban a Giacco, la primera vez, para no lastimarse las manos; y Masa se encargaba de desempolvar y quitar las telarañas que habían colmado las habitaciones.

También Ghìsola ayudaba; pero tenía prohibido agarrar los objetos frágiles.

Pietro, el primer día, sintió una agitación que lo desconcentraba; y le dolían las glándulas todavía inflamadas detrás de las orejas.

Arrancaba de un jalón todas las plantas con las que se topaba, desprendía los sarmientos de las vides; o con un palo golpeaba un árbol hasta romper la corteza. Les arrancaba las patas y las alas a los grillos, luego los clavaba con un alfiler. Esperaba a que una nube estuviera encima de él; y, cuando ya había pasado, esperaba otra casi para dejarse ver.

Al final llovió, sin truenos, con una llovizna continua más abajo de los canalones. Luego, ya que se despejó, algunos rayos de luz se filtraron sobre las colinas más allá de la lluvia, que las cubría con muchos hilos finísimos que el viento habría podido romper. Salió el arcoíris; como si ya hubiera estado allí formado.

Anna, después de la cena, mandó llamar a Masa y a las demás esposas de los trabajadores; que entraron juntas tropezando entre sí a cada paso.

—Siéntense.

Respondieron, como siempre:

—Pero, patrona, la vamos a incomodar mucho.

—Les digo que se sienten.

Anna disfrutaba ser la dueña y que la respetaran, pero en verdad quería a esas mujeres.

Ghisola permaneció seria y atenta detrás de todas; y Pietro, que tenía que estudiar, luego de ver la raya de su cabello, acomodado como el hilo en un carrete, no prestó atención a ella sino cuando su madre le ordenó ir por el estambre que estaba en la otra habitación. Ella obedeció sin titubear, como una gran marioneta: luego regresó a

la esquina, donde observaba atentamente el encaje de la patrona, con los pies sobre el travesaño de la silla.

Anna, al darse cuenta, se recargó todo lo que pudo hacia atrás, en el canapé; levantó las manos y dijo:

–Mira: el gancho se agarra así, luego metes el hilo... lo pasas por esta parte... siempre así. Nunca falla.

Orsola, cuya nariz estaba roja por una ectasia venosa, respondió sin haber entendido nada:

–¡Qué hábil es!

Masa le dijo a su nieta:

–¿Te gustaría mucho aprender?

Entonces Orsola, rascándose la cabeza con un gancho, dijo:

–Ghisola es joven, y sus dedos son ágiles. Pero nosotras no podemos doblarlos.

–Y no vemos lo suficientemente bien.

Agregó la que tenía peor vista, Adele.

–Pero ¿qué sabemos hacer nosotras? Hervir el agua a nuestros maridos. Y también lo hacemos mal.

Todas se rieron, y Masa exclamó:

–¡Pero vean qué manos tan delicadas tiene la patrona! ¡No doy crédito!

Anna soltó el estambre; y, sonrojada, colocó una de sus manos en la mesa, bajo la luz; la volteó a ambos lados: era pequeña y gruesa, con las uñas cortas e hinchadas.

Pietro escuchaba, pero le parecía que quienes lo rodeaban se movían como en los sueños; y su mamá, dirigiéndose a él, tenía que repetir dos o tres veces lo mismo:

—¿Por qué eres tan distraído? Y, sin embargo, ¿sientes lo que decimos!

Él, con una desconfianza extraña, temía responder. Y de la silla se pasó al canapé, incapaz de evitar una suerte de miedo al que se había acostumbrado; soportaba la fascinación de abstraerse, que a veces le provocaba un terrible bienestar; hasta que el sueño no lo hizo bajar la cabeza hasta las rodillas. Ghìsola, a una señal de la patrona, se acercó y le picó, levemente, con la aguja, una mano, para que se despabilara. Pietro primero fingió no darse cuenta, todavía inmerso en su abismo desquebrajado. Luego, sin levantar la vista, le pegó. Ahora Ghìsola pertenecía a esa brusca realidad menos fuerte que sus abstracciones. Sintió esa diferencia, con tristeza amarga.

—¡Me lastimaste!

Él ya estaba inquieto, con un rostro pálido que parecía extenuado; y, para que no se pusiera a llorar, Anna le pidió a la campesina que se fuera antes de lo habitual. Ghìsola, casi ofendida y temerosa, huyó de inmediato.

La lluvia, que arreció después del atardecer, crujía sutilmente entre las luciérnagas que no se disipaban. Alguna se quedaba pegada en un tallo de trigo, y no se movía más: se veía su luz inmóvil, siempre encendida, bajo el golpeteo de las gotas.

Desvistieron a Pietro, con los ojos cerrados, lleno de sueños. Su madre, cuando ya estaba en la cama, le dijo mientras lo observaba:

—¡Desde hace tres días no dices ni una avemaría! Persígnate.

Habría obedecido si hubiera estado más despierto: movió el brazo, pero no alcanzó a tocarse la frente, sintió el signo de la cruz encima; gozando lo que había dicho Ghìsola. Se quedó dormido al ver que su madre, que similar a una sombra giraba alrededor de la cama para darle la bendición.

—¡Dime buenas noches, por lo menos!

Pero él ya estaba completamente dormido cuando Anna se fue, cubriendo la vela con todo su cuerpo; después de haber puesto bajo la colcha los pequeños calcetines y los calzones.

Se despertó a la media noche. Escuchó un pajarito, quizás entre los encinos de la finca, junto al patio. Sus notas le parecían una plática, a la que respondía una pajarita a lo lejos. Entonces los escuchó por largo rato; y no habría querido hacerlo; y pensó que Ghìsiola estaba afuera para atraparlos. Pero se cuestionó por qué las cosas y los objetos que lo rodeaban no podían parecerle algo más que una pesadilla oscilante y pesada.

Luego, en los sueños, percibía su maldad; y creía que maldecía en contra de ese canto.

*

Masa, como se volteó su lámpara de aceite, porque el clavo que la sostenía se venció, esperaba que le sucediera una desgracia.

Se sentó cerca del horno apagado, cuya piedra todavía estaba caliente; retorció sus manos dentro del ropón que

tenía en los muslos, se frotaba las pestañas, apretaba su vientre en el punto donde sentía mayor inflamación.

Al escuchar los pasos de Orsola, la esposa de Carlo, la llamó; aunque quería guardar silencio:

—¿Sabes lo que hice?

—No. ¿Qué pasó?

Masa movió los labios, sin hablar.

—Dígame; no me tenga en ascuas. ¿Por qué me llamó?

—Tiré el aceite.

—¿Está bromeando?

—¡Ni que fuera como ustedes! ¡Yo no bromeo con estas cosas!

—¡Tampoco yo! ¡Cómo cree!

Masa le habría soltado una cachetada. Orsola reflexionaba, cabizbaja, sobre qué desgracia podía suceder.

—Yo no creo haber hecho nada malo.

—Pero estas cosas no respetan a nadie, lo sabe. ¿Recuerda cuando el zorro mató a la gallina que olvidé meter a la casa? Entonces, yo tiré el aceite. ¡Y mi marido me quería pegar, como si no hubiera sido suficiente!

Masa se frotó con la palma de la mano una mejilla; Orsola se rascó el pecho, jaloneaba con el puño su blusa. Luego dijo:

—¡No se enoje! Cuénteme qué va a pasar: también me da curiosidad.

Y la dejó.

Masa fue a buscar a Giacco y Ghìsola, para cerciorarse de que no se habían muerto en el campo. Pero a Giacco, para que no la regañara, no le dijo nada. Ghìsola sintió

un temor supersticioso; y no quiso entrar en la habitación en penumbras, para quitarse el mandil.

Pero como había agarrado, de un álamo que trepó a solas, un nido con cinco polluelos, lo colocó en sus rodillas; y comenzó a llenar con migajas sus picos abiertos. Quería que crecieran; pero, en vez de eso, sintió ganas de matarlos, alterada por el miedo. Uno cerraba los ojos; otro de golpe abría sus alas, pero caía; más al fondo, uno no dejaba de piar.

Entonces, aplastó con sus dedos la cabeza de todos; y los puso a freír en el sartén del sofrito; mientras Masa, que no los quería probar, intentaba distraerse; le rezaba al crucifijo ennegrecido por el humo. Se sentaba, sacudía la cabeza, se asomaba afuera de la puerta.

Toppa se metió debajo de la mesa, y olisqueó una por una todas las sillas; batía con la cola el mantel; luego salió.

¿Qué significaba ese recorrido por la habitación? La abuela y la nieta se miraron a los ojos.

Pero la desgracia no llegó; y Orsola, después de la cena, le dijo a Masa:

—Ahora ya no corremos peligro.

Le dio envidia; y, luego de cerciorarse de que en verdad se había vertido el aceite, pensó:

“¡Ella siempre tiene suerte!”.

Ghìsola se asomó a la ventana; escupía, de cuando en cuando, sobre algo que a causa de la obscuridad no lograba distinguir. Luego alzaba un poco la mirada al cielo, donde siempre estaba alguna estrella.

Una franja húmeda de nubes color sepia dividía nítidamente el cielo color turquesa del horizonte radiante con las luces del ocaso. Las copas de los olivos parecían un solo velo que sostenía y envolvía las ramas extendidas de todos los árboles.

Los cipreses del patio estaban negros.

Los mosquitos y las mariposas blancas rozaban la frente de la muchacha; y una fragancia desconocida se mezclaba con el hedor tibio del establo de abajo.

Una cigarra chirrió desde el durazno, cuyas flores eran suaves y resinosas: como si hubiera soñado.

*

¡La harina! Masa conocía bien la importancia de la harina y su costo; la harina que se le pegaba en los dedos, resguardada en la alacena con un respeto casi fanático.

Comía las rebanadas de pan como un joven de la sierra cuando prueba por primera vez un pedazo de dulce y tiene miedo de que se acabe demasiado pronto. Sin tocarlo con los labios, cortándolo a mordidas, con un movimiento metódico de toda la boca, lo engullía con los ojos puestos sobre lo que sostenía entre sus dedos; con las piernas cruzadas.

La harina era ella misma y toda su familia. Y Giacco decía: —¿También nosotros estamos hechos de pan?

Y cuando metía el brazo desnudo en el costal del grano, para asegurarse de que estaba tibio, parecía que todos los granos quisieran arroparla. Masa les preguntaba:

—¿Se metieron las polillas?

—Sería mejor si se te rompiera una costilla.

Masa se sonrojaba; pero estaba contenta.

*

Agostino, hijo de un vendedor de caballos que tenía dos fincas que colindaban con Poggio a' Meli, no quería que Pietro hablara mucho con Ghìsola; por ese amor propio que en la adolescencia se asemeja a los celos. Y entendió que debía odiar el respeto ingenuo de Pietro; y compadecerlo como una debilidad.

Ghìsola, de hecho, sentía por el patroncito un sentimiento de incomodidad y vergüenza; pero él quería ser fuerte y buscaba convencerse de que prefería la amistad de Agostino; y con él se volvía sumiso y obediente; procuraba adivinar lo que pensaba y callaba a propósito. A veces recogía una piedra cuando se lo ordenaba con la sola mirada; para lanzarla cuando viera un pájaro sobre alguna de las ramas junto al sendero. ¡Cómo se inflaba la camisa de Agostino con el viento, completamente desabotonada! ¿Por qué no eran iguales sus muñecas, las pestañas, las orejas, la camisa? ¿Y por qué cuando intentaba actuar como él, con el mismo aire despreocupado, se sentía disminuido, sin aliento, con el temor de hacerlo enojar, un enojo que lo hacía temblar? ¿Por qué no podía sostener su mirada disgustada, impenetrable y lúcida, cuando intentaba no responder a sus preguntas y cuando no había adivinado? Esa mirada lo aterraba

tanto como cuando, sin habernos percatado antes, nos encontramos justo a los pies de una fuente repleta de agua.

Agostino tenía una nariz pequeña y ancha, de niño, llena de pecas; pero su cuello era como el de una hermosa mujer; sus manos eran bonitas. Sus conversaciones con Ghìsola, que consistían en palabras sin sentido, convencionales, que solamente ellos dos entendían, suscitaban en Pietro sentimientos inesperados; que en soledad no habría soñado jamás. ¡Y era mucha la alegría de escucharlas! También le parecía aprender quién sabe qué.

Ghìsola tenía una sonrisa agradable al decir ciertas cosas, que solamente a ella se le podían ocurrir; y Pietro se moría de ganas por aprender de memoria las canciones. Pero ni siquiera lograba cantar; y le daba vergüenza. A veces porque no quería que se riera de él, le hacía alguna maldad a propósito.

Bajo el ancho sombrero de paja, que caía siempre sobre una de sus orejas, adornado con un listón de raso liso y dos pequeñas flores que Anna había desechado, el rostro de Ghìsola era tranquilamente insignificante y desaliñado.

Parecía, bajo el mandil mal remendado, demasiado simple y casi estúpida.

Hay seres que no le piden nada a nadie y renuncian a todo; y, al no recibir el mismo respeto que los demás, parece que se puede hacer cualquier cosa con ellos. Por eso lo que concierne a los demás les parece antipático. Si alguien los ama, no quieren cambiar; se cercioran de lo que esta bondad implica. Y entonces la evitan.

Cuando Masa golpeteaba la frente de Ghìsola para decirle “¿qué tienes hay allí dentro?”, ella respondía casi con desesperación:

—¿A usted qué? ¿Qué le importa?

A veces creía, con placer y antipatía, que su rostro ofendía. Cuando los demás hablaban guardaba silencio; creía que eran desconfiados. Nada le interesaba; obedecía a Masa y a los dueños, porque por sí misma no se habría preocupado ni siquiera por un calcetín; y refunfuñaba porque todo lo que existe no estaba solamente en ella.

A veces parecía más bien que hablara con las escaleras de la casa; cuando, como acostumbraba, se quedaba sentada.

No se habría arriesgado a tener alguna idea porque tenía demasiadas que no le comunicaban nada; como tampoco se arriesgaba, cuando iba a la fonda, a pedir las golosinas que veía; y, en cambio, su rostro se sonrojaba y se aturdía como las habitaciones calurosas a las que no estaba acostumbrada.

Pero había en ella el presentimiento y la percepción de una vida, que la exasperaba como la riqueza y el lujo de los demás.

*

Pietro, agradecido, percibía cerca de Ghìsola sus primeras emociones delicadas. Admiró una flor cuando tuvo ganas de tomarla para ella; y, por no arriesgarse,

se deshizo de la flor; cuando todavía no se lo creía, sentía cómo menguaba. ¡Y cómo de golpe toda la naturaleza le pareció misteriosa, con violencia! ¡Algo que lo desesperaba!

¡Había estado en el suelo boca abajo, agarrando entre sus brazos a un polluelo para contenerlo! Había ayudado a las hormigas, quitando de su camino una rama que tenían que atravesar primero con inquietud y luego desesperadas: ¡vacilaban con un grano demasiado grande, que las hacía caer boca arriba! ¡Sujetaba con ternura un pajarito entre sus manos, y le reclamaba cuando se iba volando!

Intentaba superar sus melancolías; pero no podía olvidarlas del modo como hubiera querido. A veces se alejaba de éstas de sopetón; y entonces llegaba un estado mental confuso y turbio que siempre parecía huir de él. Y tenía la ilusión de que su espíritu asumiera tan enormes proporciones que sus pensamientos se extraviaban dentro de él, junto con sus ecos imprevistos, como en una habitación demasiado grande. ¡Cuántas veces no se había considerado perdido, mientras las imágenes exteriores lo invadían sin tregua! Ora le parecía que poseía su propia alma; ora empedreñecía; mientras que estos movimientos le producían un malestar cercano al vértigo.

A veces le parecía estar en la escuela donde de repente entraba un bombo; entonces sentía tantas ganas de reír que se asustaba, y ahogaba el grito de la pesadilla. Anna creía que estaba enfermo; y le colocaba una mano en la frente, para decirle:

—¿Te va a dar fiebre?
Él gritaba, entonces:
—¡No! ¡Déjame en paz!

*

Había pasado un año desde la noche de los pajaritos, un año como todos los demás: la fonda y los parroquianos, Poggio a' Meli y los trabajadores.

Para la nueva primavera, Domenico había hecho grandes preparativos para las cosechas que esperaba mejores que las anteriores. Y se paseaba por la finca, casi para recuperarse del agotamiento de la fonda. Y como la estación era buena, se llevaba consigo a Pietro. ¡Le hacía bien, y quizás no se habría vuelto a enfermar!

Quería que fuera al campo, para que también él se ocupara de podar las vides y del resto de las faenas. Pero era como si Pietro no viera ni escuchara nada. Domenico, entonces, lo mandaba de regreso hasta el patio con alguna de las mujeres, que regresaba del campo con un fardo de yerba fresca o con la grama extraída del arado.

Una vez Pietro se sentó a esperar a su padre en el escalón de Giacco, donde siempre estaba Ghisola, porque sin percatarse hacía lo mismo que ella. Masa terminaba de barrer con una escoba hecha del viejo mango de un paraguas; se alzaba un polvo tan denso que se sentía su sabor en la boca. Ella le pidió:

—Levántese.

Pero él ni siquiera se movió. Y la vieja se detuvo.

Entre los trapos de todos los colores, las matitas de cabellos, las latitas rotas, había una muñeca hecha con un trozo de tela blanca amarrado a un cucharón. Pietro sintió ganas de agarrarla, y se puso de pie. Pero la vieja, justo a tiempo, arrojó la basura fuera de la puerta. Y entonces esa muñeca, que cayó boca abajo, le pareció a Pietro que estaba viva. Y no la tocó. Ghìsola, que había regresado del campo, al verla entre la basura, permaneció en silencio porque su abuela desde hace mucho tiempo le había dicho que la tirara, pero hizo el gesto de llorar. Masa le gritó:

—¿Siempre piensas en esto?

Pietro, para burlarse, hundió la muñeca con el pie, en el fango; y luego acometió con más enojo, con el corazón palpitante, atemorizado por verla asomarse, pálido.

Ghìsola, viéndolo desde el umbral de la puerta, balbuceó:

—¡Estúpido!

Pietro sintió remordimiento, e intentó por todos los medios consolarla; pero ella le dio la espalda, mientras se comía un trozo de pan que había encontrado en la alacena. Entonces desenfundó una navajita que traía en el pantalón y se la clavó en el muslo. La jovencita, pálida, se esforzó por aguantar el dolor. Él, creyendo que no la había lastimado, con la navajita en mano, ofendido y afligido, intentó volverlo a hacer; pero ella, entonces, lo pateó, y corrió a su cuarto después de aventar el pan. La vieja, al escuchar el estruendo de las sillas, dejó de barrer y regresó a la casa; fue a buscar a Ghìsola que

sollozaba con ese llanto continuo y sin interrupciones, que cesa de inmediato.

Pietro, solo en la cocina, reía en voz baja por el susto, se acercó poco a poco para ver. Pero de repente Masa salió y le gritó enfurecida:

—¿Por qué le sacó sangre? No tiene que ser así de malvado. No me parece. Se lo voy a decir al patrón.

—No fue mi culpa.

Masa, fuera de sí, estuvo a punto de golpearlo con cualquier cosa en la cabeza.

Pietro, convencido de lo que decía, incluso juró con ciertos juramentos que le habían causado una gran impresión cuando los aprendió; muy contento de haber encontrado la ocasión para repetirlos.

Pero Domenico y Anna le dieron unos manotazos, frente a Masa y Ghìsola; y lo obligaron a disculparse. Entonces Pietro, a pesar de que el castigo casi le hubiera provocado placer, se sintió por mucho tiempo mortificado, creyendo por poco que sus bromas lo conducían a una atrocidad. Su superstición fue tal que dejó de jugar, pues creía que en cualquier momento le podía suceder algo muy grave. Y tenía la prueba de ello dos años atrás: al arrojar una piedra, había herido a otro muchacho que estaba, sin que él lo supiera, detrás de un matorral. Por esa razón sus charlas con Ghìsola adoptaron un aire de seriedad, casi como si hubieran tenido que ocultar un nuevo significado.

Después de algunos meses, al encontrarla sola en el campo, primero se alejó y luego volvió sobre sus pasos, y se arriesgó a preguntarle:

—¿Te lastimé mucho?

Sus pies, que se hundían en la tierra labrada, le provocaban un sentimiento de malestar. Pero ella lo volteó a ver con una sonrisa:

—¿Cuándo?

—Cuando te clavé, sin querer, la navajita en tu pierna.

Esa sonrisa, contrariándolo, le había hecho perder el hilo.

—¿Sigues recordándolo?

Él se sorprendió de encontrar en ella un sentimiento que ni siquiera se parecía a lo que había imaginado; y le preguntó:

—¿Se te había olvidado, quizás?

—Luego luego.

Parecía como si le hubiera querido decir: “Son malas experiencias y no hay que pensarlas”.

—Pero seguramente sí te dolió. Si ahora quieres hacerme lo mismo...

—¿Yo?

—Te lo prometo... Tú sabes que cuando hago una promesa es verdad. ¿No te lastimé?

Y le explicó que habría tenido, con esa navajita, que hacerle una herida igual; y ella, para darle a entender que se lo tomaba en serio, respondió:

—Cuando quiera...

Pero el consentimiento disminuyó sus ganas.

—Sería necesario que nadie se enterara.

—Voy a decir que fui yo.

Él agarró su mano, para que agarrara la navajita; pero ella se soltó enseguida, e hizo un gesto de incredulidad.

—¿Alguna vez he mentido? ¡Ni que fuera Agostino!

Pero le pareció tan disgustada por la insistencia que se fue, golpeando con las manos las espigas altas de avena; muy confundido y decidido a no volverla a buscar. Y sintió un desagradable disgusto de estar con ella. “Quizás”, pensaba él, “se rehusó a causa de la abuela y de la tía”.

Ghìsola, por el contrario, se convenció de que no hablaba en serio: fastidió al hijo del patrón, con ese hastío instintivo y malicioso, que tienen los que están obligados a obedecer.

Por lo demás, creyó con firmeza que no era sincero: ¡era una razón más para odiarlo! Cuando lo veía a lo lejos, y él por temor ni siquiera la volteaba a ver, se ponía a cantar.

*

En la escuela Pietro se burlaba de sus compañeros de salón con su alboroto nervioso; los obligaba a ponerle atención, les ponía apodosos chistosos, los ofendía si no le hacían caso. E incluso cuando todos guardaban silencio, ni siquiera escuchaba la voz del maestro; aunque escuchara alguna repuesta de los compañeros con un extraño pesar.

Estaba por terminar la primaria, y era el más grande y el menos inteligente; y los seminaristas se burlaban de él.

Algunas veces, después de haber intentado comprender, se esforzaba por poner atención a todo el resto de la clase; y casi sentía gusto por incrementar el desprecio

de todos, aunque lo lamentara. Cuando había estado atento, salía con la mente casi trastornada, con una pesadez dentro de las sienes, incapaz de ponerse a reparar; completamente exhausto; sin haber hecho nada: dejaba un libro y tomaba otro, también lo abandonaba y no leía; ni siquiera se percataba de que los tenía enfrente.

Entonces, se divertía con el movimiento y el estruendo de la fonda.

De todos modos, habría tenido que memorizar sus lecciones y escribir frente a los parroquianos más humildes que cenaban en un mesón largo, donde cada uno de ellos extendía un pequeño mantel: en los surcos de los tablones, se juntaban las migajas de pan, y Pietro se las comía a bocaditos.

Estos parroquianos, que se habían vuelto amigos de Domenico y Anna, lo hacían reír con sus chistecitos cuando le decían:

—¿Quieres que se te cansen los ojos? Échate una pestaña.

Pero Anna se levantaba de su asiento, colocado en el ángulo más oscuro de la habitación, detrás de un biombo de madera que tenía una abertura redonda desde la que podía vigilar a los meseros y a la cantinera para decirles:

—¡Déjenlo en paz!

Luego, también se reía ella.

En el verano, cuando hacía un poco de viento, se veía salir de la ventana abierta todo el humo de las pipas y de los cigarros; y entonces los parroquianos se quitaban

las chaquetas; mientras que, en el invierno, se turnaban un calentador.

Se molestaban entre sí, arrebatándose el pan y la fruta. Cuando uno maldecía mucho, Anna empalidecía y lo miraba a los ojos. Este no terminaba de decir la frase y los demás guardaban silencio; y cambiaban de tema.

—No está bien maldecir. ¡Cuando se vayan lo hacen!
¡En la calle!

El interpelado se sonrojaba:

—¡Ayer no me regañó a mí! ¿A caso no es verdad, patrona?

Se carcajaban espontáneamente. Y de inmediato Anna pensaba en otra cosa.

Entonces alguno proponía:

—Denos algo de beber. Pero no ese trago rebajado.
¡No nos castigue!

Quien aún tenía algo de vino, vaciaba su copa para colocarla junto a las demás en el centro de la mesa.

Anna, que había mandado traer una jarra, les preguntaba:

—¿Usted cuánto quiere?

—Una lira.

—Yo dos...

Adamo ponía su copa a contraluz:

—¡Hoy también llovió aquí!

Cuando pasaba uno de los parroquianos de los otros salones, se quedaban muy callados y lo seguían con la mirada.

—Es fulano.

Algunas veces, cantaban. Pero Domenico salía de la cocina con una cazuela de sopa. Todos levantaban las manos:

—¡Detente! ¡Detente! ¡Nos vamos de aquí!

Los altercados eran esporádicos; y, cuando sucedían, la amistad se rompía por poco tiempo. Con frecuencia, no se insultaban directamente; pero lo hacían uno a la vez, se turnaban, lo comentaban con otros para exponer la cuestión como un relato; al inicio en voz baja, luego con vehemencia y con groserías, golpeando con los puños, levantándose de su asiento.

Por poco chocaban los puños de los contendientes; entonces alguno decía:

—¡Qué vergüenza; incluso para los que nos escuchan!

Anna no se contenía más; y la retahíla de insultos se interrumpía, finalmente, por un gran bocado ingerido.

Adamo, con pequeñas conmociones de mujer chiqueada, cuando le pedía a Domenico que le sirviera bien, lo hacía casi encarecidamente. Después de verlo a los ojos, se hacía a un lado, esperando, siempre con la sospecha de que hablaran mal de él en la cocina; luego de que había probado dos o tres veces el platillo, si le gustaba respiraba mejor, escupía y se disponía a comer. Y, ya de buen humor de nuevo, era el primero en despertar a Giacomino, colocándole un poco de cáscara de manzana en el cuello. Viejo, chaparro y musculoso, siempre con los bigotes en la boca, cambiaba de humor como un niño. Es más, pedía disculpas por la descortesía de un momento antes, golpeando con todos los dedos el

mantel, tamborileando, con la cabeza hacia delante y gacha. Se restregaba las mejillas con el dorso de la mano, en silencio, con el cigarro en la boca, masticándolo y moviéndolo en círculos entre los labios. Era capaz de ponerse a escuchar una larga conversación de la habitación contigua; para dar, con una sola frase o con un suspiro, su punto de vista. Y, si acaso le respondían, se quedaba meditabundo, fumando bocanadas más prolongadas.

Giacomino, incluso cuando comía, apoyaba la cabeza en una mano, frotando con sus dedos los cabellos más cercanos a la nuca.

Bibe colocaba el mentón sobre su puño, en un extremo de la mesa, y permanecía con los ojos entrecerrados, divirtiéndose al escuchar, sin ver a nadie; y entonces levantaba, una a la vez y con delicadeza, las puntas de los pies, para moverlos rítmicamente; hasta que uno, sujetando su cabello rizado, lo hacía voltear la cabeza.

—¡Por Dios! ¡Me lastimas! ¿Qué tiene de divertido?

—¿Tienes sueño, cabrón?

—Algo.

Y contaba por qué no había tenido tiempo de dormir lo suficiente. Y sonreía, soñoliento.

Siempre querían ocupar el mismo lugar: Adamo en una esquina, porque así podía escupir a gusto; Giacomino bajo la ventana; Bibe, el más joven, en el diván: porque se recostaba como quería, incluso se quedaba dormido cuando no lo molestaban.

Se volvían a abrochar el pantalón, se ponían sus cinturones de cuero, escupían, se empujaban, se daban

golpes, se jalaban los bigotes y pagaban la cuenta al irse, uno por uno, frente al cubil de Anna.

¿Y Pino? Pino, el viejo carretero de Poggibonsi, era el más pobre. Gritaba, para divertirse:

—¿Me hacen una canchita?

Todos se hacían a un lado, no por cortesía, sino porque creían que estaba lleno de pulgas. Él se daba cuenta, pero no se atrevía a decir nada: gruñía un poco; y, como en todos lados lo trataban así, no se lo tomaba a pecho.

—Con un cachito me basta. ¡Ni que fuera un ricachón!
¡Ay, cómo me duele los huesos!

No podía abrir uno de sus ojos, y sus párpados se cerraban al mismo tiempo como las lechuzas. Con su otro ojo observaba toda la habitación, lentamente; siempre volvía a comenzar desde el inicio. Se miraba bien las manos, para darle a entender a los demás que había considerado lavárselas; y en efecto lo había hecho en el bebedero de su caballo medio cojo como los ejes de su carreta, reforzados con bastantes nudos de cuerda y alambre. ¡Cuánto tiempo había perdido en esa tarea que repetía diario!

Se frotaba los ojos con un dedo, con una sonrisa en el rostro sin saber por qué: su boca, con esa sonrisa, parecía el doble de grande.

—¡Te ríes, eh, pendejo! ¿Qué te robaste hoy? Se apaña las cosas de las comisiones y luego dice que se le perdieron en el camino.

—¿Yo? ¡Oh, pobrecito de mí! Antes sí lo hacía, pero ya no.

Arrastraba la voz con un acento, que parecía sincero, aunque malicioso. Y agregaba:

—¡Tengo dos hijas, en casa, en edad para casarse! De verdad que son guapas, si he de confesarlo. Pero mi esposa está acabada como un saco de trapos sucios, que nadie se llevaría. ¡Me preocupan mis dos hijas, pobres niñas! ¿Qué puedo hacer por ellas?

Toda su fisionomía adoptaba una bondad humilde pero obstinada; y, cosa rara, sus mejillas, entre los pelos de su barba rala, eran delicadas como las de una mujer.

Él no pedía, pero Domenico elegía para él las sobras del día y se las daba en un solo plato. Lo agarraba por el ala del sombrero, casi le estrellaba la nariz:

—¿Ya viste cuánto te puse?

—Sí, tiene razón, está rancia, pero no huele tan mal.

Adamo y Giacomino le lanzaban rebanadas de pan o trozos de fruta. Él, sin verlos a la cara, los acercaba, casi como si hubiera querido ponerlos al fondo del plato, con ambas manos.

—¡Ah, hoy me siento mejor!

Saludaba muy respetuosamente a Anna, esperando que le respondiera: y, ciertamente, no se habría sentado hasta que lo hiciera. Tan era así que Anna, cuando olvidaba hacerlo, le tenía que decir:

—¡Ya siéntese!

—¿Ah, en verdad puedo? ¡Pensaba que estaba enojada conmigo! ¡Hoy estoy tan cansado!

Y esperaba, con las manos juntas.

Le pedía a Pietro que le volviera a explicar, casi una vez al mes, de qué trataban los dos cuadros colgados en la pared. Pietro se subía a la banca, para no descolgarlos. Pero Pino le decía:

—¡Acérquemelos! ¡Si supiera, Pietrino, cómo me arden los ojos! A veces temo quedarme ciego.

En uno estaba la *Batalla de Adua* y en el otro, *Los padres de la unificación italiana*. Y sujetándolo, después, de una manga:

—No le haga caso a su padre: estudie. ¡Yo sé lo que le digo!

Pietro, entonces, sin saber por qué, lo acariciaba.

En el invierno, cuando todo estaba congelado y mojado, con el cuello de la chaqueta hasta las orejas, con el sombrero hasta los ojos, Pietro se acercaba a él; y, sin decir palabra, acercaba mucho su rostro, hasta que Domenico lo jalaba hacia atrás por los hombros.

Murió pronto; y nadie lo notó.

*

Pasó otro año; y ya estaban a finales de marzo, el día de San Juan.

Desde Poggio a' Meli se oían las campanadas, que se mezclaban ensordecedoramente con el cielo como un estruendo que iba en aumento, casi inmóvil, con un bramido agobiante. Y a Pietro le sobrevino una alegría insólita, una alegría similar a un bienestar demasiado fuerte, que lo inquietaba más.

Quisiera hablar de estas indefinibles perturbaciones de marzo, a las que casi siempre se une una sutil voluptuosidad, un deseo de belleza.

¡Esos soles ambiguos, esos trinos todavía ocultos y que pronto se olvidan, esas nubes blanquecinas que parecen llegar antes de tiempo! ¡Y las hojas secas, que todavía están en los granos que germinan, que mezclan la palidez de la muerte con la palidez de la vida! ¡Esas hojas de todos tipos, que todavía yacen sobre la yerba que está por reverdecer! ¡Esas plantas podadas, y sus ramas y sus sarmientos, desperdigados por la tierra, que se llevarán por siempre! ¡Y esas ramas secas de las que arrancaron la fruta, que todavía titubean en volver a florecer en las nuevas ramas! ¡La tierra un poco húmeda, que se queda pegada en la punta de las palas, y que los campesinos se ven obligados a limpiar con los pulgares! ¡Y ese césped que se queda atascado en los zapatos de madera! ¡Y ese amor casi matrimonial y desconocido para nosotros de todas las criaturas que se auxilian!; ¡y también su odio! ¡Y ese muérdago que brota en las ramas de los arces, arrancado con un golpe de hacha! Pero que volverá a brotar. ¡Y las gemas de los castaños!

Domenico fue al campo, seguido de sus trabajadores, para planear las labores del día siguiente.

Pietro estaba gordo, pero pálido y con un aspecto delicado: había cumplido quince años. Pensaba que era ridícula e inadecuada para su edad la camisa con su babero de marinero, hecha con una tela vieja para ahorrar dinero.

Entró con agilidad en la morada de Giacco; quien, como era costumbre, le puso una mano en los hombros: —¡Crece muy rápido! Le apuesto a que me trajo algo para fumar.

Pietro agarró sus bigotes y los jaló de un lado para el otro; Giacco con tal de no escuchar mal estaba listo para jalarlo del cuello.

El muchacho rio, observando a Masa, para decir:

—Más fuerte.

—No, no; ya basta.

Y lo alejó de sí poco a poco, pero con resolución. Luego preguntó:

—¿Entonces, ni una colilla?

Rebecca, mientras barría la fonda, reservaba las colillas que encontraba, y le encargaba llevárselas.

Masa intervino otra vez:

—¡Acaso el patroncito no fuma!

Y rio junto con él como de un chiste. Después de reír, torcía los labios y se los mordía. El viejo sacó de su bolsillo una pipa maltrecha, con una pajita tan corta como la palma de la mano.

—Gracias a Dios, todavía tengo del que su madre me dio la semana pasada. ¡Mire cómo no le miento!

Golpeó la pipa con la orilla de la mesa: salpicó una suerte de polvo cenizo. Él lo juntó, lo mezcló y lo volvió a meter. Luego tomó, de la estufa, una vara encendida. Con dificultad, exhaló un poco de humo, azul claro. Y él, mientras lo veía, dijo:

—¡Caray, hay poco tabaco, hoy!

Acto seguido, con el pulgar que tenía la uña rota por un navajazo que se hizo de joven, aplastó adentro el pedazo de braza que quedó en la pipa.

Pietro volvió a ver ese humo, e, imaginó, como algo real, que le provocó un malestar, a su madre que se dirigía a una cajonera, en la casa, y quería agarrar algo. ¡Pero todos se alejaban de ella! Y mientras ella se obstinaba, la cajonera desaparecía en la pared. Entonces le pareció sentir en su rostro sus manos, como un gran beso, como si las manos lo besaran.

Masa, maravillada por su expresión aturdida, le preguntó:

—¿En qué piensa?

El viejo se acercó a la puerta, y dijo:

—Tengo que ir a ver a las vacas. Pásame el fuate.

Pero Masa, preocupada de ver al patroncito así, respondió malhumorada:

—¿Dónde lo pusiste?

Y Giacco:

—Búscalos.

—Nunca sabes dónde dejas las cosas. Por eso necesitas que tu mujer esté cerca para darte lo que te falta.

—¡Cómo hablas! ¿Podrías buscar el fuate sin hablar? ¿No tienes nada mejor que hacer?

—Yo digo lo que se me da la gana; como tú.

Luego le preguntó a Pietro, para distraerlo; pues creía que sufría por algún regaño:

—¿Ha visto a Ghisola hoy?

Él le contestó con desenfado:

—¿No está aquí?

—Quiso ir a misa a Siena.

Dijo Giacco, con pinta de seguir discutiendo.

Pero Masa la defendió:

—Hizo bien. Aquí en Poggio a' Meli nadie va.

Y Pietro agregó:

—¡Creía haberla visto!

Los dos viejos se quedaron pensativos, se echaron unas miradas que Pietro no entendía. Masa exclamó con un suspiro:

—¡Será lo que Dios quiera!

—¿Qué? —preguntó Pietro—. Dime.

Una amarga curiosidad lo invadió:

—¿Dónde está? ¿Regresará pronto?

Se inquietó. De golpe sintió algo en sus ojos azules, siempre tan sinceros que todos lo notaban: los párpados le parecieron como agua caliente.

El caballo sujeto a una carreta, amarrado en la plaza del campanario de hierro, se apoyaba completamente de un lado, para reposar. Toppa estaba por terminarse un mendrugo lleno de tierra; lo sostenía con firmeza con las patas para roerlo mejor.

Pietro todavía no se sentía tranquilo cuando alcanzó a ver a Ghisola.

Se había convertido en una jovencita. Sus ojos negros parecían dos aceitunas que resaltan en la rama, porque son las más hermosas; casi esbelta, tenía los labios delicados.

Él se exaltó: ella caminaba despacio moviendo un poco la cabeza, con su cabellera azabache, alisada con

aceite de oliva, estaba peinada de forma diferente al resto de las ocasiones.

Quiso dejar de sonreír, agachó la cabeza; pero disminuyó más el paso, como si tuviera la indecisión de ocultar un secreto. Él se disgustó bastante, y se acercó a ella, como cuando eran más chicos, para hacerle alguna maldad o para esconder algo, con ganas de ofenderla.

¡Cómo se había puesto bonita desde que no la veía!

Notó, con celos, un listón rojo en su cabellera, los zapatos lustrosos y un vestido beige casi nuevo; y suspiró.

Pero ella, con un resentimiento que no imaginaba sentir, le gritó:

–Váyase, que está su padre. No se me acerque.

Él, por el contrario, no dejó de aproximarse; pero ella lo rodeó, para rozarlo sin que pudiera tocarla. Pietro no dijo más nada, ni siquiera la volteó a ver: ya se había ofendido y mortificado. ¿Por qué actuaba así? ¡Incluso habría ido a buscarla a la casa, donde ella entró deteniéndose antes con un pie en el escalón! Estaba ansioso; lo afligía algo que no alcanzaba a entender; tenía ganas de imponerse.

Pero, poco a poco, se calmó y se alegró de nuevo; como si no tuviera que reclamarle nada; mientras que un sentimiento delicioso se hacía cada vez más presente.

Ghìsola pronto volvió a salir de la casa: se había quitado el listón, se había cambiado de zapatos y se había puesto un mandil rojo deslavado. Miró a Pietro a los ojos, seria y callada; y se metió a la cabaña contoneándose toda. Colocó dentro un cesto de heno que había

cortado su abuelo; luego se detuvo, para quitarse una astilla del dedo. Él se sintió igual que esa mano. Y el silencio de ella, inexplicable, lo avergonzó; y no habría sido capaz de tomar primero la palabra. Por eso la empujó, con suavidad; y ella fingiendo que estaba por caer, le frunció el ceño.

Él dijo:

—¡A la próxima te tiro al suelo!

—¡Inténtelo!

Cuando ella quería, su voz se hacía dura y áspera, chillaba como una gallina. Entonces él la vio con temor, sintiendo que debía obedecerla.

Con frecuencia, mientras hablamos, no escuchamos la voz de la persona amada; o, al menos, no la podríamos describir.

Ella añadió:

—Váyase.

Él sintió lo mismo que cuando estamos bajo el agua y no podemos tener abiertos los ojos; pero respondió:

—Ghìsola, hace un mes me dijiste que me querías. ¿No te acuerdas? Yo sí, y te quiero.

Y se rio, terminando con un balbuceo. Ghìsola lo miró como si se divirtiera; y, de hecho, le gustó esa estrategia de inventar algo para decir la verdad.

Ella respondió:

—Lo sé, lo sé.

Él, en vez de poder continuar, notó que el bolsillo de su mandil era chistoso. Y en ese momento, con rapidez,

le quitó un pequeño pañuelo de encaje, como pudo, de estambre celeste.

—Regrésemelo.

Él, temiendo haber cometido una estupidez, se lo devolvió.

—¿Te lastimaste ese dedo?

Lograr pronunciar palabra, no le pareció poco.

—¿Qué le importa? Si usted ni trabaja. No hace nada.

Le respondió con soberbia burlona y descarada; pero él se lo tomó a pecho y dijo:

—Ghìsola, si tú quieres, te ayudo.

Ella fingió reclamarle que no era capaz; y lo alejó diciéndole que no quería ayudarla, sino manosearla.

Domenico regresó del campo.

Pietro recogió rápidamente una rama de olivo, que estaba en el suelo; y comenzó a golpear la puerta de la cabaña como para matar las hormigas que la atravesaban en fila.

Ghìsola se agachó para agarrar a puños el heno, con movimientos bruscos y rápidos; y, ya del lado de la pila, terminó de llenar el cesto. Luego se levantó para colocarlo en su espalda, pero no pudo ella sola: los huesos de los brazos parecía que se hundían en los codos.

Entonces Pietro la ayudó antes de que su padre lo notara. Ghìsola, auxiliada por el movimiento de él, miraba en dirección de Domenico con sus ojos agudos y negros, casi como si sus párpados los cortaran como los tallos de ciertas plantas. Pero Pietro se sonrojó y

tembló porque ella, antes de dar un paso, lo tomó de la mano. Se quedó perplejo, con una dulzura tal, que se volvió casi inconsciente; pensaba: “¡Así se debe de sentir!”.

Domenico, mientras verificaba que las riendas del caballo estaban bien amarradas, le gritó:

–Desátalo y voltéalo tú. Dobla la manta y ponla en el asiento.

El animal no se quería voltear; y la pica del poste estaba atravesada. También la mirada de Toppa, siempre enojado, molestaba y avergonzaba a Pietro.

–¡Jálalo hacia ti!

Ya no tenía fuerza. No lograba aferrar bien las riendas; y los dedos se metían en su hocico húmedo de baba vercosa y fétida. No obstante, hizo de todo, también porque sabía que Ghìsola, de regreso del establo, tenía que estar allí. Cada vez temblaba más. Y las patas del caballo lo rozaron, y luego lo pisaron.

Entonces Domenico agarró el fuate, se acercó a Pietro y se lo puso en las narices.

–Yo sé qué es lo que tienes. Pero yo te voy a enseñar a hacer las cosas.

Ghìsola fue hacia la carreta y lo ayudó; después de haber sacudido, con una esquina del pozo, un zueco que se había embarrado de estiércol en el establo.

Domenico, sin soltar el fuate, fue a hablar con Giacco que escuchaba con los brazos colgados y los pulgares entre los dedos, cuyas venas sobresalían de la piel, como largas lombrices quietas en el fango.

Pietro no se atrevía a ver el rostro de Ghìsola, cuyos ojos siempre lo seguían a todas partes. Las piernas se le doblaban, con una debilidad nueva; que ya aumentaba su confusión parecida a una enfermedad. Ghìsola lo ayudó más; y, al sostener la manta roja que habían colocado en el caballo, sus dedos se tocaron; al colocarla sobre el asiento, sus nudillos chocaron; y ambos se sintieron mal, pero habrían sentido ganas de reír.

Domenico se subió a la carreta, observó de reojo a Pietro y le siguió gritando:

—¡Pon atención! ¿Qué tienes en el labio inferior? Límpiate.

Él, atemorizado, respondió:

—No tengo nada.

Luego pensó que era una alusión sobre lo que le había dicho a Ghìsola. Pero de inmediato le disgustó ser tan tonto; mientras que el corazón se agitaba como si se fuera a salir.

Los trabajadores y Giacco se despidieron, quitándose el sombrero. Pietro apenas y tuvo tiempo de hacer con el ángulo de la boca una pequeña seña a Ghìsola; pero ella estaba tan atenta al patrón que rápidamente arqueó las cejas. Entonces Pietro miró la cabeza del caballo, que ya empujaba la carreta fuera del patio y que comenzó a trotar cuando llegó al sendero.

La luz del sol se había apagado detrás de la Montagnola, más roja que rosada, estaba encima de Siena. Pero los cipreses desperdigados por doquier, en fila o

en círculos en la cima de las colinas, le provocaron el pesar de separarse de algo inmenso.

Domenico, guiando, ya no hablaba; respondía asintiendo con la cabeza a quienes lo saludaban. Por el contrario, les sonreía a las muchachas que conocía; y, frenando al caballo, las tocaba con la punta del fuste en la mitad del mandil. Y Pietro, con los ojos entrecerrados, se volteaba para el otro lado, sonrojado; luego se distraía viendo las patas del caballo; y le parecía que su ruido variaba constantemente, según las ideas que pasaban por su mente. O intentaba no percibir el aroma particular, que emanaba la ropa de su padre.

*

Pietro se volvió tan holgazán, que para mayo el rector ya no lo quería en la escuela.

Domenico lo agarró a cinturonzos, hasta que provocó que también Anna llorara. Pero, al día siguiente, nadie mencionó el asunto.

Anna le explicó a Rebecca:

—Son habladurías de la gente que nos tiene mala voluntad.

Le rezó todos los días a un santo; pero nunca encontró la forma de hablarlo con su marido, que siempre le respondía:

—Hoy no puedo.

Si lo aferraba de la bata, él se soltaba con estas palabras:

—Preocúpate por él tú. También ahora...

Ella no se atrevía a decir más, temiendo que se desquitara con Pietro; aturdiéndolo a punta de puñetazos, con el pretexto de que había perdido toda la paciencia.

Ni siquiera en las noches era posible, porque apenas abordaba el tema, cerraba los puños y vociferaba:

—Déjame dormir. Tengo sueño; desde temprano trabajo. Tú también duérmete...

O respondía:

—¿Hiciste bien el corte de caja hoy? Antes de venir a la cama, tenías que hacer cuentas. Es necesario.

Si ella, al darle el cambio, permanecía callada, él le levantaba el rostro de la almohada:

—¡Respóndeme!

Esperaba un poco, intentando rebatirle; pero después se quedaba dormida.

Durante una de sus discusiones en el almacén, Pietro se atrevió a decir:

—Voy a aprender a dibujar.

El secretario de un notario, que apenas había terminado de comer, se carcajeó.

Pietro lo observó largo rato, atónito por sus ojos dulces y gozosos que lo compadecían.

Era un tipo gordo; con un rostro lustroso y rojizo, esparcido de verrugas. Llevaba un traje claro y una cadena de oro; la cabellera rubia, la frente corta. Le dijo a Domenico, con convicción tranquila:

—No le haga caso. Que aprenda su oficio. Ustedes los restauranteros ganan lo que quieren.

Todos rieron, porque aludía a la cuenta que tenía que pagar.

Pietro, mientras una suerte de hormiguelo leve atravesaba su rostro, desde el mentón hasta la frente, exclamó:

—¿A usted qué le importa?

El señor sacó de un estuche de cuero una boquilla de ámbar biselada con oro, y colocó la mitad de un cigarro. Luego contestó:

—Veme a comprar una caja de cerillos.

Y le aventó una moneda en la mesa.

Pietro también volteó a ver a su padre: todos lo observaban; los rostros y los ojos incendiaban su alma. Su corazón batía.

Domenico dijo:

—¡Ándale, ve!

Tomó la moneda, y fue de prisa a la tienda. Entonces el secretario rio tanto que se le congestionó la cara; y, entre los tosidos, agregó:

—Métalo en cintura.

Anna sufría por estas reprimendas; pero, temerosa de perder clientes, no se puso al tú por tú. Al contrario, Domenico se envalentonaba; le parecía que tenían aún más la razón. Y le comentaba a Pietro:

—Escúchame bien. No tienes la necesidad de estudiar. Basta con que sepas multiplicar. Deberían cerrar las escuelas, y mandar al diablo a todos los maestros. La tierra es el mejor regalo que Dios nos dio.

Anna, disgustada, respondía:

—Esas son ideas tuyas.

Doménico le preguntaba, con desdén:

–¿Cuánto tiempo fuiste tú?

¡Su esposa era el mejor ejemplo! Ella negaba con la cabeza.

–Nosotros, sin siquiera saber escribir nuestros nombres, nos hicimos ricos.

Los parroquianos se quedaron pensativos; luego exclamaron, para no hacer enojar más a Anna:

–Sigue chico. Todavía no saben qué ganancia les puede dar.

–Pero incluso cuando yo tenga sesenta años, y él más de veinte, siempre podré darle una paliza.

–¡Ah bueno! ¡Seguro no va a ser tan grande y fuerte como usted!

*

Por las mañanas, todos desayunaba cuando les daba tiempo, después de haber concluido con las tareas; pero en la noche, todos cenaban juntos. Domenico en la cabecera, Pietro entre él y Rebecca. Frente al patrón, el cocinero; y, en el otro extremo, los dos meseros; el lavaplatos se sentaba en una mesa pequeña, que también usaban para colocar los platos y los cubiertos: de lado, para no darle la espalda al resto. Anna permanecía en su diván, porque así podía ver mientras tanto si entraba algún cliente.

*

El cocinero se había asomado a la puerta de la cocina para fumarse una colilla, recargaba en el muro su espalda y su cabeza; la cantinera llevaba los platos; y el lavaplatos, saltando como un niño, corrió a decirle al caballero que amarrara al caballo.

Domenico se tomó otra copa de vino; luego se quitó la dentadura para limpiarla con la servilleta, a escondidas, manteniendo las manos bajo la mesa.

Anna, para ponerse a coser, agarró una camisa.

Finalmente, Domenico se sacudió con el mantel las migajas de pan que habían caído en su pantalón; le pidió a Rebecca que lo desempolvara y que le boleara los zapatos Tiburzi, mientras daba algunas órdenes. De puntillas se acercó detrás de su hijo que tamborileaba los dedos en un vidrio, acompañando el gemido de su voz con la boca cerrada; le dio un manotazo en el cuello, y dijo:

—Acompáñame al campo.

Pietro, sin responder nada, se subió a la carreta; y llegaron a Poggio a' Meli poco antes de que anocheciera.

Ghìsola, asomándose desde una esquina de la cabaña, lo vio a solas y quieto, con las manos en el pantalón, en medio del patio; y le reclamó, con seriedad:

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué no vino antes? Antes nunca faltaba. ¡Pero no me importa!

Y agregó:

—Sé lo que me quiere decir.

Él pensó: “Sí, lo sabe. Los demás saben todo sobre mí. Yo, no”.

¡Su vida interior que siempre se superponía! ¡Cómo le desesperaba poder disfrutar solamente un poco, y en el silencio de sí mismo, lo que sentía y no decía! Y por eso se consideraba inferior al resto. Solamente hablaba bien con Ghìsola en su imaginación, especialmente cuando se despertaba.

Y se volvió más penoso. El cuello de la camisa le molestaba en el mentón.

Ghìsola lo vio como si ella también se burlara de él; y entonces se puso a darle de golpes a un olivo, que estaba allí, para que ella se detuviera. Pero cuando levantó la mirada, Ghìsola aún seguía observándolo fijamente, con una sonrisa, burlona: ¡ya no había dudas!

El sol se ocultó del todo; y un escalofrío se apoderó de Pietro, que no pudo soportar esa sonrisa; incluso quería olvidarlo. Agachó de nuevo la cabeza, pensando que habría debido entender lo que le disgustaba.

Ghìsola se recortaba la cabellera, sosteniendo con las manos las tijeras para darle a entender que eran nuevas; y, antes de continuar, le pinchó las manos con las puntas. Pero él no se movió.

Se veían, en la espesura, doblarse los tallos de la yerba por los insectos que saltaban.

Mientras Ghìsola lo pinchaba, Pietro pensó: “Seguro sabe lo que quiero. Pero haría falta que se lo dijera: es necesario”.

Sus calcetas rojas lo envalentonaban; pero, no pudiendo pronunciar palabra, se acercó lo más que pudo a ella casi temblando.

Entre los olivos apenas si se veían; y la tierra ya estaba oscura.

—¿Qué quiere? Dígamelo. Ya no se acerque más.

Ghìsola se dio cuenta de que él no quitaba la mirada de sus calcetas; pero debido a que su falta era demasiado corta no podía ocultarlas.

—¿Lo sabes?

El rostro de ella denotó dulzura y pudor.

—¿Lo sabes? Dímelo.

Ella se sonrojó tanto que le cambió el semblante.

—Lo sé.

Y como cada vez se aproximaba más, lo alejó con sus manos delgadas y duras.

Pietro estaba tan extasiado que casi vacilaba. Los ojos de Ghìsola seguían fijos en él; solamente veía sus ojos; y creyó que toda la sombra detrás de ella y el campo se movían en conjunto al ritmo de sus gestos.

—¡Déjeme en paz! Ya hablaremos en otro momento... ¡En otro momento, le digo!

Sentía que la noche le arrancara la carne, lo hiciera desaparecer.

Ghìsola susurró:

—Lo quiero.

Y escapó en dirección opuesta a la cabaña: el patrón se encaminaba al patio, con sus botas enormes, respirando fuerte y moviendo de arriba abajo la cabeza. Pietro

permaneció allí, raspaba, con una piedra que encontró en su bolsillo, una esquina de la cabaña. Se raspaba los nudillos, pero no sentía nada.

Domenico lo observó; y rio con Enrico, el trabajador que lo seguía.

—¿Estás loco? ¿Qué haces allí, dañando la pared?

Y, luego, al trabajador:

—¡Esa mugrosa, al menos, se escapó a tiempo!

—¡Ay, pero si todavía están chicos! Yo creo que siempre dan lata.

Los defendía suponiendo que el patrón quisiera congraciarse con Giacco y Masa. Pero Domenico, contento de poder contradecirlo con su autoridad, respondió:

—Yo entiendo más que tú. Cállate.

Enrico estuvo de acuerdo, entonces:

—¡Ya se tardaron!

Y tragó saliva, como siempre hacía después de haber hablado.

Pietro se asustó por el regaño; y ya se había olvidado de Ghisola; aunque no pudiera dejar de intrigarlo demasiado. Se dirigió hacia su padre, que encaminaba el caballo en dirección del sendero, jalándolo de las riendas:

—Súbete.

Él obedeció, intentando limpiarse sus manos tierrosas; sin ver a nadie a los ojos.

El caballo no quería estar quieto frente a la reja abierta; y entonces Domenico comenzó a darle puntapiés con las rodillas. La bestia se echó hacia atrás, levantando las patas anteriores; la carreta chocó con un muro.

—¡Quédate quieto! Aprende. Y si no lo haces...

Y le dio un fuetazo.

—Si tú tampoco aprendes a hacer tus deberes...

Y le acomodó otro fuetazo.

—Yo te voy a enseñar. Quédate quieto.

Giró el fuate y lo golpeó con el mango en el hocico; el caballo sacudió la cabeza, y Pietro intentó apearse.

—Quédate donde estás. Si te bajas, también te pego.

Todos los trabajadores los miraban perplejos; y estaban impacientes de que el patrón se fuera porque temían que se desquitara con ellos, maltratándolos, pensando que quizás también podía pegarles.

El caballo se detuvo.

Domenico le dio un fuetazo a Pietro, se volvió a abrochar la chaqueta frente al animal:

—¡A mí se me obedece! ¿Ya viste cómo te estás quieto? Ahora haré lo que necesitaba, y luego me subiré.

Y, para comprobarlo, se desabotonaba y abrochaba la chaqueta, interrumpiendo el acto cuando el animal sacudía la cabeza. Sujetó con fuerza una de las riendas, y se subió; deteniendo uno de sus pies en la montura; luego, tomando impulso, con sus manos aferradas a la carreta, se acomodó al lado de Pietro, a quien le gritó:

—Hazte para allá.

Pietro estaba tan avergonzado que no se movió.

—¡Hazte para allá, pendejo!

Y, de inmediato, a los trabajadores;

—Hagan lo que les toca, si no los corro. Para mañana esas fosas tienen que estar listas.

–Sí, señor.

–No lo dude.

–¡Como si no pudiéramos con todos los que somos y en todo el día!

–¡A menos de que llueva!

El patrón miró a quien dijo lo último, con la pinta de abalanzársele; y dijo con una voz que parecía un cincel rompiendo una piedra:

–Si llueve, la convertirán en vino. Tú, Giacco, entregarás las llaves de la cava; para eso las tienes.

–Sí, señor. A la orden.

Finalmente, se acordó de la fonda; miró su reloj y vio que ya no podía demorarse más. Y entonces los dejó.

El atardecer fue rápido y estuvo lleno de esas nubes que anuncian la lluvia. Pietro tenía las manos en los bolsillos, pensando que habría chiflado si hubiera estado solo. Parecía, en la obscuridad, que las patas del caballo marcharan al mismo tiempo. Domenico manejaba, irritado porque no les había ordenado a los campesinos cavar las fosas para los olivos. Como dudaba de que sus órdenes no fueran acatadas con precisión, enfurecido, le parecía intuir lo que hacían; y le desesperaba no poder estar siempre detrás de ellos. A veces, por las ganas de sorprenderlos, se ponía ansioso y también más violento.

Pensó en regresar para asegurarse de que nadie se había quedado para perder el tiempo en el patio, quizás para chismosear sobre él. Miró las nubes, y tuvo ganas de agarrarlas a fuetazos, para que se alejaran.

Mientras tanto una ensoñación lúgubre invadió a Pietro: el caballo era arrastrado, hacia atrás, con la carreta, dentro de una barranca interminable de su alma.

De golpe, con un movimiento repentino e involuntario, después de advertir el sabor de su boca, suspiró; y movió la cabeza hacia delante, casi como si estuviera por caer.

Domenico vociferó:

—¿Qué tienes?

Creyó que tenía sueño y quería darle un puñetazo.

Los cipreses de Vico Alto cortaban el aire. La Porta Camollia se tornó rojiza y desde lejos se podía ver el primero de los postes de luz de la ciudad.

Los árboles de la avenida, al lado de las vías del tren, se agitaban silenciosamente con todo el follaje frente a los montes de un púrpura muy diáfano: la Basilica dell'Osservanza era exquisita.

Más allá de los techos de Via Camollia, la cima de la Torre del Mangia era blanca, casi resplandeciente, allá en el cielo; pero su campanario, forrado de hierro, más negro.

*

Cuando a Anna la aquejaban las convulsiones, permanecía todo el día recostada en el diván; dentro de la fonda. Su semblante empalidecía; y Rebecca, cuidándola, le desabrochaba el corsé. Pero como los cocineros y los meseros siempre tenían cuestiones que consultarle,

ella reabría los ojos, los miraba fijo; y luego, sacudiéndose toda, respondía. Para no inquietar más a su marido, se negaba a ir a la cama. Pero en esos momentos sentía una gran angustia, porque era incapaz de vigilar a Pietro.

Advertía que ya no pertenecía a la vida, que nunca había hecho nada por él. Y entonces esa suerte de quietud, que la tranquilizaba, siempre se estropeaba por el recuerdo de su miseria. Ella decía:

—¡Es imposible ser felices como queríamos!

Y la fatiga de vivir era tan amarga que le preocupaba ya no sentir bondad. El sentimiento de la muerte siempre estaba presente, y no le bastaba creer en Dios.

Y se ponía a ver a Pietro con esa sensación, y sentía una inconformidad que incluso la aterraba.

Sus nervios agitados por las convulsiones le prolongaban el sentimiento indefinible de dolor desolador; porque se había acostumbrado a tener que reponerse por sí misma, sin jamás sentir que los otros pudieran socorrerla.

Pero esperaba curarse, no porque le creyera al médico, sino porque estaba Pietro.

Ella no sabía cómo hablarle; entendía que él crecía sin que ella lo hiciera suyo, sin que pudiera dirigirle al menos una de esas palabras que habrían debido darle consuelo. También cuando lo tenía cerca, permanecían como dos seres imposibilitados para comprenderse.

Pietro evitaba siempre comunicarle su afecto, por temor a volverse demasiado obediente; y ella se desesperaba mucho y sin razón por sus evasiones. Y por eso

Pietro mostraba recelo cuando ella lo mimaba. Mientras ella, sin poder mimarlo, intentaba otra vez imponerle su afecto.

—¡Tú no respetas a tu madre!

Él, entonces, se exasperaba; se largaba sin siquiera escucharla.

Anna lloraba por eso, lo compartía con Rebecca; que le preguntaba, intentando sonreír:

—¿Pero por qué se lo toma a pecho?

Y como lo había amantado y deseaba que también sintiera afecto por ella, casi sentía placer. Pero Anna, sin darse cuenta de esto, respondía:

—¡No lo justifiques!

—¿Yo?

Y Rebecca estaba por ofenderse.

Cuando Pietro la veía llorar, convencido de que era malvada, le daban ganas de actuar peor.

Anna aconsejaba a Rebecca y a Masa sobre cómo educar a Ghìsola: era, sin embargo, una cordialidad de patrona; porque así también ella dependía más de su voluntad. Aunque en verdad le tenía consideraciones, como cuando le decía a Masa que no la pusiera a trabajar mucho; y como cuando, en Fin de Año, siempre se acordaba de regalarle un vestidito nuevo, comprado a esos vendedores ambulantes que se detenían en la entrada de la fonda.

Ghìsola, entonces, le llevaba un ramo de flores, que, para conseguirlo, quizás se ponía a robar; y le deseaba lo mejor.

*

Los paisanos de Domenico, cuando iban a Siena, siempre comían en su fonda; le pasaban los saludos y las noticias de sus familiares e incluso, un morral con fruta.

Uno de ellos, quería que su hijo Antonio aprendiera el oficio de albañil, ya que en Civitella no habría podido hacerlo, le pidió que lo introdujera y recomendara con un buen maestro. Domenico, los días de fiesta, lo invitaba a que conviviera con Pietro; y así fue como ambos muchachitos, que eran casi de la misma edad, tuvieron que hacerse amigos, a pesar de que no se entendieran; y Agostino, que se llevaba mal con Antonio, fue sustituido.

Y como, durante los paseos, a solas, casi siempre llegaban, por voluntad de Domenico, a Poggio a' Meli, después de algunos meses Antonio presumió haber platicado a escondidas con Ghìsola. Y era verdad; pero Pietro, al principio, supuso que mentía, con una desilusión violenta, con un disgusto que punzaba todo su amor propio. Un amigo no debía mentir. ¿Qué le había dicho a Ghìsola? ¿Y por qué le habló sin consultárselo?

¡Cuánta humillación experimentaba cuando los otros no respetaban sus sentimientos y forzaban a su alma a desbaratarse!

Los demás hacían con él lo que querían, y a él se le cerraba la garganta por el sentimiento. Se sonrojaba, se acongojaba; se desorientaba. Y nada era apto para él: las calles demasiado pesadas, el sol demasiado caliente, la ropa mal entallada, las manos demasiado gruesas;

esforzándose por no pensarlo, por convencerse de lo contrario; aturdiéndose; mientras los oídos le retumbaban, y creía tener que caer en cualquier momento.

Le parecía que su rostro no era capaz de ocultar la lealtad demasiado abierta y obstinada; experimentaba una violencia que le producía malestar. Se extenuaba bajo su espíritu agitado, que él mismo quería modificar.

Un domingo, como cualquier otro, regresó con Antonio a Poggio a' Meli; porque apostaba que descubriría su mentira frente a Ghisola. Pero le avergonzaba decirle que sufría en su interior; y se sentía tan inferior a su amigo que le parecía que fuera más alto de lo habitual.

Ya, mientras caminaban, habían reñido, golpeándose la espalda; y él sobre todo tenía ganas de detenerse y de llorar, desesperado porque el otro, por el contrario, se divertía.

Antonio, dándose cuenta con facilidad de la confusión de Pietro, le gritó:

—¡Verás si no es cierto!

Pietro ya no contestó; y el amigo agregó:

—También le hablé el otro día. Juró quererme a mí y a ti, no.

Y, para no estar con rodeos, le propinó un puñetazo; pero Pietro lo esquivó con una mano.

Antonio, muy seguro de sí, reiteró:

—Ni te le acerques.

—Tampoco tú.

—Haré lo que quiera.

Y fingiendo resentimiento, se le acercó con la saliva que brincaba de su boca. Incluso cuando no hablaba se veían todos sus dientes delanteros, sanos, pero chuecos: parecía que los tuviera sembrados en los labios. Y la nariz le pendía de un lado.

Pietro, buscando persuadirlo con su bondad, le dijo:

—Me voy a enojar contigo.

—¿Y a mí qué? Haz lo que quieras. Soy amigo de tu padre, y vendré cuando me dé la gana. Es más, tu padre, aquí a la finca, me trae con más gusto que a ti.

Pietro sintió una derrota definitiva: ¡era muy cierto lo que había dicho!

Y continuaron caminando juntos. Pero, más adelante, Antonio lo detuvo para mirarlo a la cara: aferrándolo de un brazo. Luego se burló con sarcasmo:

—¿Te puedes callar?

Después escupió sobre la yerba, secándose la boca con el dorso de la mano.

Pietro dijo:

—Me regreso.

—Yo no: quiero hablarle. Lárgate.

—Tú también regrésate.

Quería evitar que Antonio la viera. Pero él seguía caminando; y, entonces, Pietro tuvo que hacer lo mismo.

Cuando estaban frente al patio, Ghìsola en ese preciso momento estaba saliendo de la casa; y se dirigía al campo para buscar a su abuelo, pasaba al lado de un hermoso cerezo que estaba al inicio de una hilera de vides.

Antonio, para ganar, corrió hacia ella con rapidez. Pero Ghìsola le sonrió más a Pietro; y dio a entender que se detenía para encontrarlo a él.

Entonces Antonio se hizo a un lado para agarrar unas cerezas, dejándolos atrás; y Pietro le preguntó:

—¿Es cierto que solamente me quieres a mí? Dímelo. Si no fuera verdad...

Le respondió con dulzura:

—Solamente a usted... Sin embargo, a Antonio no le gustaría.

Entonces se sintió inseguro, y observó de espaldas al amigo.

Ghìsola, al darse cuenta, agregó:

—¿No me cree?

Y movió la cabeza. Ella hablaba, en esta ocasión, con una tranquilidad tan profunda, que de inmediato lo comprobó.

—Pero no se lo revele a él. ¿Por qué lo trae?

Le pareció que le reclamara no estar solamente con ella y creyó que sufría.

Pero su belleza lo distrajo y le hizo olvidar las palabras de Antonio.

Antonio, mientras tanto, se volvió a acercar; no sin haber tramado algo, escupiendo lejos las semillas de las cerezas ingeridas de un jalón; ayudándose con un dedo para sacárselas de la boca. Pietro, acompañado de un escalofrío que lo agitaba, le arrancó unas cerezas de la mano. Antonio replicó:

—¿Por qué me las quitas? Mejor dáselas a Ghìsola.

Pietro no supo qué responder; porque habría querido que no se lo hubiera sugerido; y se quedó con las cerezas en la mano. Pero Ghisola lo sacó del apuro:

–Yo puedo sola.

¡Cómo le pareció buena e inteligente!

Pero Antonio no se rindió:

–Si no las alcanzas, yo te acerco la rama.

Entonces, Pietro notó cómo él no perdía una oportunidad para quedar bien con ella; pero Ghisola, sospechando también esa frase, sonrió y dijo:

–No importa.

Pero con tal insolencia, que Pietro se sobresaltó sorprendido. Y pensó: “¿Por qué no se me ocurrió a mí primero? ¡Ahora ya es muy tarde! ¡Cómo le habría gustado que se lo hubiera dicho yo!”.

Se observaron los tres en silencio, en círculo; pero por un instante se consideraron amigos y sin rencillas. Y también tuvieron la necesidad de decirse más de lo que hasta ahora habían hecho.

Ghisola parecía más feliz, se acomodaba el cabello hacia atrás; tocaba el lazo del mandil, como si invitara a que se lo desamarraran. Pero Pietro creía que se quería ir, porque no lograba decirle nada.

El cerezo tenía el tronco negro y rojizo, abierto con grandes grietas como hendiduras, rellenas de resina dura y reluciente; una hilera de hormigas subía, y otra, al lado, bajaba, eran muchas; parecía como si te caminaran encima. Cerca, en la yerba pisoteada, se había quedado una charca de pesticida con cal. Sobre un fresal pendía

una higuera, sin ni siquiera una hoja, completamente pelona, con las ramas casi de todo enmarañadas; y su corteza era de un blanco rosado. Un sapo se escuchaba desde el fondo de la zanja, entre los sauces podados y rojizos. Parecía que no hubiera ni una sombra; pero la neblina, que estaba tan baja como las plantas, ascendía desde la tierra excavada.

Antonio, al ver a Pietro absorto, lo empujó. Para no caer dio un paso al frente, junto a Ghìsola; pero no se quejó para evitar que Antonio lo golpeará allí: le pareció que el olor de ella era fuerte, un olor extraño; que lo excitó. También le pareció que intentaba abrir los brazos; y se alteró por completo: “¿Si en verdad los hubiera abierto?”.

Pero Antonio le dijo a Ghìsola:

—¿Es posible que pienses en él? ¿No ves lo feo que está?

La campesina, sobre todo por respeto, respondió que no era cierto; pero de forma que Antonio no se enganchara mucho. Luego siguió defendiéndolo:

—¿Qué le importa?

Entonces Pietro estuvo casi seguro de no estar solo; pero no tuvo la fuerza de levantar la mirada, aunque Antonio ya no supiera qué objetar. Luego Pietro la observó; y ella le sonrió con una de esas sonrisas involuntariamente deliciosas.

Por eso Antonio, no encontrando qué pretextar, para que esos dos no permanecieran mucho juntos, dijo con toda su malicia:

—Me regreso a Siena.

Ghìsola le sugirió en voz baja a Pietro, sabiendo que Antonio la habría alcanzado a escuchar:

—Déjelo.

Y entonces Antonio, sin esperarlo, caminó; pero, volteándose colérico, preguntó:

—¿Y tú no vienes?

Ghìsola ya no hablaba: y su silencio no dejaba intuir nada. Era obvio, sin embargo, que quería poner a prueba a Pietro, que le dijo con la voz entrecortada:

—Me tengo que ir. Mi padre...

Toda la cara de ella se endureció, y ella empezó a ver a Antonio que ya se había alejado un tramo.

Pietro le suplicó:

—¡No se lo digas!

Ella agachó la cabeza, respondiendo:

—¡Pues ya váyase!

Pero Pietro creyó ser amado. Y alcanzó a Antonio, tomándolo del brazo. Se empezaron a reír.

Luego, Antonio le dijo con sinceridad, y también para que Pietro no pensara más en Ghìsola:

—¿Para qué venimos a Poggio a' Meli? No la pasamos bien.

Una cigarra cantó desde un olivo. El sorgo se mecía primero con lentitud y luego muy rápido; a veces un tallo parecía estremecerse por un escalofrío, abriendo momentáneamente sus flores claras.

Antonio sacó del bolsillo una navajita con la empuñadura de hueso en forma de pez, enterrándolo en la

corteza seca de una caña, que había recogido; cortando también los pliegues, con golpes que se asemejaban a su risa.

Pietro no se giró atrás para ver dónde estaba Ghìsola para que no hiciera lo mismo Antonio, ya que en ese momento fingía poner atención a lo que hacía. Antonio, de hecho, lo espiaba; pero estaba seguro de que no había necesidad.

Al llegar a Puerta Camollia, se desempolvieron, con el pañuelo, los zapatos, se secaron el sudor y se acomodaron el sombrero ayudándose a marcar el pliegue de en medio.

Antes de entrar en la fonda, prometieron que ninguno de los dos volvería a dirigirle la palabra a Ghìsola.

*

Ghìsola había retomado su camino hacia el campo, con una euforia que colmaba de felicidad todo su ser. El movimiento de las piernas contribuía a esa euforia; y su falda era tan ligera que ni siquiera la sentía.

Ella no confiaba en Antonio que era capaz de contarle todo al patrón; no le importaba un comino Pietro; y Agostino era el que más le gustaba de los tres.

Mientras tanto él, corriendo entre las hileras de vides, y saltando los campos apenas sembrados, la alcanzó como cuando con un palo en la mano desenterraba las calabazas. Iba en mangas de camisa, con las muñecas

gruesas y fuertes y las venas apretadas por la piel dura. No llevaba sombrero; y los ojos verduzcos, relucientes como el hielo, parecían carecer de párpados.

Se le abalanzó y la tiró al suelo; haciéndola llorar. Entonces le preguntó, burlonamente:

—¿Te dolió?

—¡No, cómo crees!

Y con agilidad, al levantarse, lo aferró de la cintura; para hacerle lo mismo. Pero Agostino la hizo a un lado. Ella sonrió, con el rostro bañado en lágrimas; quiso escapar; y apretó con fuerzas sus piernas. Seguro de su fuerza, el joven le gritaba en los oídos.

—¡Te hago lo que quiera! No bromeo. ¡Lo sabes!

Ella, entonces, le mordió un brazo. Agostino, jalando su brazo, le empujó la cabeza para atrás, obligándola a abrir los dientes. Luego, bastante enojado, le preguntó:

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Ghìsola contestó, después de escupir:

—Soy la más débil. ¿Estás orgulloso? ¡Qué salada está tu piel!

Él la vio a los ojos, para atemorizarla.

—¿Desde cuándo no ves a Pietro?

Ella le sacó la lengua:

—¡Ya no viene!

Él que, desde su casa, lo había reconocido por su ropa, y había venido para saludarlo, le insistió:

—¿De verdad?

—¡Es lo que sé!

—¿Yo que pensaba que querías ir a comer cerezas con él?

Y se abalanzó de nuevo, para aplastarle la punta de los zapatos muy rotos de las costuras remendadas.

—¿Por qué no me dijiste la verdad? A los demás miéntales; pero a mí no.

Y continuaba acorralándola. Pero ambos cayeron; los dos se pegaron en la frente. Entonces él deseó combatir de verdad: pero escuchó la campana de su mula:

—¡Es mi hermano que ya regresó!

Se puso de pie con las rodillas, para escuchar mejor. Luego terminó de levantarse y se fue replicando:

—¡Ya la cansó ¡Ya la cansó!... No sabe pastorearla.

Su fleco todo bañado en sudor caía sobre sus cejas; y, con esas orejas pequeñas, toda su cabeza, redonda por atrás, parecía una pelota.

Ghìsola se quedó allí, arrepentida de estar tirada en el suelo de esa manera. Se levantó con rapidez, limpiándose y observando los nudillos de sus manos cerradas en un puño; como cuando cortaba la yerba y descansaba.

Cuando cortaba la yerba clavaba la punta de la hoz en el tronco de un árbol, se acomodaba un poco la ropa, especialmente la camisa que siempre se desabotonaba; sujetando con los dientes los pasadores que uno a uno volvía a colocar en su cabello untado de aceite. Luego de tocar la punta de la hoz, humedecida por la madera, como si tuviera saliva, empezaba a cantar; interrumpiéndose, y permaneciendo de pie. Luego, escupía en sus manos y se volvía a agachar.

En ocasiones, le daban ganas de cubrirse todo el rostro; y de quedarse así; de no ser vista más que por el aire; de dejar de comer, de morir sin que nadie se diera cuenta.

Sentía ganas de gritar; y tenía miedo.

*

El poco tiempo que Anna estaba en la finca, cuando ya no tenía labores pendientes en casa, le pedía a Ghisola que trajera el agua; y luego, con una regadera, regaba los limoneros. En la noche Giacco arrancaba, con una pala, la yerba que crecía alrededor de la casa; la usaba como alimento para los conejos y las gallinas.

Anna bajaba hasta los huertos, y una de las mujeres tomaba la lechuga y la col.

Ella habría querido sembrar flores, también porque cerca de Poggio a' Meli había un jardín; que siempre iba a ver, con la ilusión de tener uno igual. Pero se tenía que conformar con los geranios y los claveles; cuando se los regalaban para que los sembrara. No se atrevía, sin embargo, a tener muchos, porque Domenico le habría reclamado si iba al campo a reponerse o para vacunarse. De todas formas, ella estaba feliz de tener más que cuando era muchacha.

También para comprar los pocos adornos que tenía en su casa de la ciudad, había sido necesario que se los vendieran casi a la fuerza. De hecho, un judío ropavejero, siempre que no tenía con qué pagar su cuenta en la fonda, le enseñaba todo tipo de baratijas y las aco-

modaba en la mesa; a pesar de que ella se negara con determinación. Y cuando, una semana más tarde, él regresaba, Domenico y Anna, después de comentarlo por media hora, y decirle que ésta habría sido la última vez, escogían lo mejorcito. El ropavejero juraba que de ahora en adelante siempre habría pagado con el dinero en la mano; y entonces se tomaban una copa de vino, porque incluso se habían quedado roncós de tanto alzar la voz e insultarse.

Pero Anna se alegraba; y así los cuadros, pintados sobre vidrio, de las *Cinco partes del mundo*, los floreros de alabastro amarillento, las ánforas de porcelana genuina entraban a su casa.

En la estancia, para ese entonces, ya no cabía ni un objeto más. Incluso había una pared cubierta con las fotografías de todos sus parientes; y, sobre un mueble con barniz color nogal, un par de bustos de campesinas del Lazio que sonreían. En la mesita de centro, una cristalería azul celeste, pero incompleta; circundada de cinco lámparas de latón con los mangos siempre adornados con listones porque ordenaban, con un frasco de aceite, que las encendieran cuando rezaban el Santo Sepulcro.

Ella trapeaba, al menos una vez al mes, con cinabrio los pisos; y entonces, se tenían que sacudir bien los zapatos antes de entrar.

Cuando, en el campo, le llevaban una flor, no se la quedaba en casa; y la ofrecía a la Virgen del Convento de Poggio al Vento. Si ya era tarde y la iglesia estaba

cerrada, la metía en agua, pero en la mesa de la estancia principal; y en la mañana lo primero que hacía era llevarla.

Para cubrirse del sol, que de inmediato le provocaba jaqueca, tenía una sombrillita roja con el mango de marfil; una sombrillita muy vieja. Ella, cuando se encontraba a las trabajadoras, sentía vergüenza; y, la cerraba, permanecía bajo un árbol. Por el contrario, de camino a misa, lo llevaba gustosa; e incluso le pedía a Ghìsola que lo sostuviera.

En la iglesia se sentaba en una banca, un poco alejada de las campesinas; que, de todas formas, por respeto, permanecían a esa distancia.

Se mandó hacer un vestido negro con una guarnición de seda amarilla en el cuello; y con un encaje que, bordado en los hombros y la cintura, llegaba hasta la mitad de las mangas. En la guarnición colocaba una cadena de oro. En cambio, para la fonda, tenía un vestido rojo con bolitas blancas y azul celeste.

Ella le insistía a Ghìsola que aprendiera a escribir, al menos un poco; pero como no confiaba en que Pietro le enseñara, porque de inmediato comenzaba a molestarla, ella misma lo hacía en algún momento del día, cuando se sentía mejor. Y Ghìsola preparaba su tinta con las moras de los setos. Pero nunca avanzó más allá de los primeros trazos.

A decir verdad, sin embargo, Ghìsola habría aprendido gustosa; y, cuando supo que Pietro iba a la escuela, se

impactó bastante. Ella habría querido por lo menos leer, porque muchas de sus amigas de las fincas vecinas hasta tenían misales, de los que los capuchinos regalaban en la primera comunión; y también porque, en Piazza del Campo, los domingos por las mañanas, tenía ganas de comprar los cancioneros que vendían por una lira con alguna historia de un milagro, donde siempre aparecía la Virgen con una gran aureola sobre su cabeza. Las cancioncitas eran bonitas porque también en estas, antes de la rima, siempre incluían alguna ilustración. Ella se detenía, con el resto de los campesinos, a escucharlas interpretadas con la guitarra por Cicciosodo, ese cuentacuentos capaz de mover el sombrero de copa arrugando la frente, de pie sobre un banquito. También había simios que escogían los números en la *Rueda de la fortuna*; había vendedores con caramelos de todos los colores, dispuestos sobre tiras de papel.

Cuando regresaba a Poggio a' Meli, ya había memorizado el aria de la melodía que más disfrutó; pero no recordaba toda la letra. En ocasiones, de todas formas, compraba el cancionero y lo guardaba doblado en el bolsillo para que Masa no lo descubriera, pedía que se lo leyera alguna de sus amigas que encontraba en el campo. En verdad había hermosuras, que la conmovían o la hacían reír.

*

Para que Pietro no estuviera de ocioso, Anna lo encaminó a las bellas artes; porque siempre había tenido una inclinación por el dibujo, que ella y algunos de los parroquianos consideraban que no debía descuidar.

Una mañana, en casa, copiando un feo retrato impreso, Pietro se preguntó por qué experimentaba ese sentimiento indefinible por Ghisola.

Alargaba y contraía el cuello para captar mejor los efectos; pero el dibujo, sin importar sus esfuerzos, era incierto y malogrado.

Se asombró de no conseguirlo; y apretaba arriba y abajo los labios, hasta tocar la punta de su nariz.

Los libros de cuando iba a la escuela, sucios y desencuadernados, estaban entre sus pies. Al patearlos sintió un ligero malestar, que lo distrajo. Incluso el dibujo lo irritó.

Una suerte de desazón familiar embistió su cerebro como agua helada, lo que no le permitía hacer nada. También le parecía extraño existir; por eso sintió miedo de sí mismo, y trató de ignorarlo, observando por mucho tiempo las palmas de sus manos hasta que logró ya no vislumbrarlas.

Entonces percibió un dolor detrás del omóplato izquierdo; que le parecía que subyugaba todo su ser.

Y luego de unos minutos, descubrió que la mesa en la que trabajaba, siendo muy baja, le había provocado ese adormecimiento.

Se levantó. El lápiz cayó, rompiéndose. Recogió los pedacitos con un fuerte disgusto casi supersticioso: “¿Por qué se cayó?”.

Examinó el retrato y luego la copia; y se sintió tan desalentado que casi se fatigó, como la culminación de la indecisión y de la duda que nunca le daban tregua.

Y mientras tanto, un rayo de sol, un rayo repleto de somnolencia, había invadido toda la hoja de papel. Y Pietro pensó: “Se acabó. Ya no voy a continuar”.

Rebecca, que había barrido todos los cuartos, pasó junto a él y le preguntó:

—¿Por qué está allí sin hacer nada?

Se abalanzó a ella, por su espalda, aferrando su rostro con las manos. Rebecca rio con la boca cerrada, llenándole de saliva los dedos. Él la hizo tambalear; luego, de un salto, se fue a otra habitación.

*

Esa misma mañana, Ghisola se empeñó en no levantarse.

Masa le preguntó, iracunda:

—¿Acaso te sientes mal, dormilona?

Pero no respondió; y la vieja, refunfuñando, fue a la cocina. Al poco rato, volvió a abrir la puerta; y asomándose, inquirió:

—¿Por qué no me respondes? ¿Quieres hacer berrinche esta mañana?

Ghìsola masculló y se envolvió en las cobijas, con el rostro del lado de la pared.

Masa no podía estar enojada por mucho tiempo; y, para justificarse, dijo:

–Vi que reías.

Y siguió sorbiendo la sopa fría, sujetando el plato en la mano.

Ghìsola estaba exhausta; tenía uno de esos cansancios que, por momentos, también son morales

Pero Masa, con una persistencia molesta, insistió:

–Yo no estoy para perder el tiempo. Y no saco nada quedándome contigo.

–¡Pues entonces váyase! ¿No puedo dormir? No quiero trabajar. ¿No tengo que regresar a Radda? ¿Por qué se queda allí parada?

Le parecía no haber dormido; y le asombró que Masa continuara:

–¿Si el patrón ya no te quiere aquí, te vas a poner de impertinente conmigo?

Y fingió pegarle con la cuchara en la cara, pero, en cambio, la lamió de ambos lados. En el fondo la compadecía, y le disgustaba que se separaran. Regresó a la cocina.

Ghìsola, de nuevo de buen humor por esas palabras, se levantó. En camisón, hizo una guirlanda con flores artificiales, con algunos pedazos de alambre; con los que, un año atrás, habían amarrado las uvas. Luego, la escondió en el buró junto con sus recortes de papeles de colores, con las latas del jabón, con una pila de listones y pedazos de

tela; que, a veces, se divertía en poner en fila en el marco de la ventana; donde el pichón y la pichona volaban batiendo el pico en los vidrios para pedirle semillas o las migajas de pan duro que ella siempre encontraba al fondo del bolsillo del mandil.

También se empeñó en no comer, a pesar de que Masa le hubiera rebanado un pedazo de pan.

—¿No piensas comer? Otros días, en cambio, te atiborras.

La muchachita levantó la tapa de la artesa y metió la cabeza, olfateando el olor amargo de la levadura que acababa levantar por la cruz hecha por Masa con el mago del cuchillo.

Luego se fue al campo, cantando en voz alta; y pensando en sus listones y en sus latas perfumadas.

Donde la yerba era abundante, permanecía más; donde estaba rala y baja, se apuraba, con un golpe de la hoz. Se secaba, de cuando en cuando, las manos llenas de rocío; restregándose las en la falda. El maíz, abundante, casi la alegraba; y apartaba las plantas más hermosas de las demás para dárselas a los terneros; que se las comían como una golosina, lamiéndole, después, las manos y las muñecas, agitando las cabezas y las cadenas amarradas a sus cuernos.

¡Ese rumiar en el silencio del establo! ¡Y luego bebían mucho en los bebederos colmados! ¡Un solo sorbo, que de inmediato disminuía el agua! Y, por último, algunas lamidas, moviendo la lengua, respirando mucho por

las fosas nasales, con el cuello estirado hacia arriba hasta tener que abrir el hocico; se apartó de los comederos, en diagonal.

Esta vez ella, de improviso, lloró; y azotó, con toda su fuerza, la puerta; corriendo en dirección a su abuela.

*

Ghìsola ya no era tan solícita como antes. Ambiciosa y terca, quería hacer su voluntad.

Todos los domingos, después del almuerzo, se escapaba de casa; y la volvían a ver al oscurecer. La abuela iba a buscarla por las fincas: había vagabundeado por Siena, en cambio; y, por las calles, le decían piropos obscenos y propuestas amorosas. Había quien la reconocía y la seguía para detenerla y platicar. Ella sonreía, un poco aturdida y halagada; porque no eran campesinos sino obreros bien vestidos. Cuando llegaba a Porta Camollia, tenía que apresurarse; porque los guardias aduaneros la rodeaban y le impedían el paso.

Y cuando tenía una flor, no debía pegarse a las paredes porque muchos, parados en las puertas de sus negocios, alargaban las manos para arrebatársela.

De regreso, para no escuchar regaños, se metía por la ventana de la recámara, agarrándose de las vigas del gallinero; se desvestía y se metía a la cama sin cenar; enfadándose por el estruendo de la cazuela de la sopa, en la que Giacco y Masa comían con sus cucharones de latón; y cuando chocaban, Giacco miraba con recelo a Masa.

Al final, la abuela comprendía que estaba en la casa; y, pensando que se habría enfermado, le llevaba de escondidas un pedazo de pan; pero, antes de dárselo, lo usaba para darle un sape.

Ghìsola masticaba, con la cara hacia la pared; maravillada de que el pan estuviera remojado en lágrimas, que no dejaban de caer, habiendo tenido, poco antes, más bien ganas de reír. ¿Así tenía que ser su vida?

Pero, al escuchar el ruido de los abuelos cuando entraban, cerraba los ojos; para hacerles creer que dormía y por la necesidad de no verlos.

El último día que estuvo en Poggio a' Meli, mientras estaba por quedarse dormida con un pasador en la boca, que mordisqueaba con los dientes, imaginó caer de una altura muy grande y azotar en el techo de la casa de Radda: gimiendo, se agitó toda. El abuelo, desde la otra cama, vociferó:

—¡Cállate! ¿Crees que no me molesta?

Temió que la regañaran. Luego reflexionó, y pensó hacerlo en voz alta: “Ya no les importa. Solo no quieren que dé lata”.

Pero la fastidiaba el olor de las sábanas sucias; y, para lo olerlo, se las envolvió en el cuello.

Su cabellera, suelta, acababa en punta; y, sobre la cabecera, se asemejaban a una hoz.

Imaginaba entrar a su casa: su madre llevaba un vestido nuevo, las dos hermanas habían engordado. Una voz le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Y ella respondió:

—No lo sé: no vine por mi voluntad. ¿Pero dónde se escondió mi padre?

—Es tu culpa.

Agregaba la voz.

La madre y las hermanas escuchaban y observaban, con un silencio tan horrible que ella se abalanzaba a ellas; para que se fueran a la otra habitación. Pero le parecía que no podía mover los brazos, y que su cabeza chocaba en una pared invisible. Entonces sentía que el corazón cambiaba de lugar, el vientre hacía lo mismo, la garganta se le desgarraba; y los rostros de la madre y las hermanas se volvían espantosos. Ella dijo:

—¡Hablen!

Ellas se dirigieron a una puerta; y el padre, cargando dos costales, con el rostro bañado en sangre, tanta sangre que llenaba la canaleta del molino, subió las escaleras.

Ella, sintiendo el peso de los costales encima, gritó.

*

Pietro prefería las flores del campo, las flores descoloridas de olores inciertos y casi iguales. Nunca había pensado en las del jardín sin sonrojarse y desconcertarse. Por costumbre, se llenaba los bolsillos: margaritas blancas y rosadas, dientes de león amarillos, algarrobas pálidas y rojizas, amapolas, retamas, violetas, rosales silvestres, espinos blancos, flores de chícharo silvestre. Más tarde las masticaba.

Ghìsola le había enseñado a preparar tinta con las moras y cómo chupar, por su sabor a miel insípida, ciertas flores rojizas parecidas a azucenas silvestres; que se encuentran entre los tallos del grano, más bajos que las espigas; y, cuando estaban maduras para ser comestibles, las bayas rojas de los setos. Se lo había enseñado, para que dejara de aventarle terrones de tierra; cuando se dio cuenta de que ella se paseaba de un lado al otro no ciertamente para trabajar.

Un día, mientras él desayunaba, se enteró de que Ghìsola había regresado a Radda: Rebecca se lo platicaba a Adamo. Levantó la cabeza para escuchar mejor, y siguió comiendo; pero se quedó casi escondido, hasta que anocheció, debajo de la mesa, con la cabeza entre los puños.

La lluvia comenzó a golpetear los vidrios de la ventana cerrada, como si hubiera querido ocupar toda la habitación. Era una de esas lluvias con viento que azotan un muro como para abatirlo; y, repentinamente, caen en abundancia, transparentes y cristalinas; luego se ve que cambian de dirección: y después se esfuman; hasta que, de cuando en cuando, llega al rostro solo alguna gotita como la punta de una aguja helada. Y todas las calles cambian de color; respiran; se llenan de sol, que luego se vuelve sombra y regresa a ser luz. Mientras desde la Montagnola, como desde un refugio, las nubes llegan en dirección a Siena, van en dirección del monte Amiata.

Calles que van en todas direcciones, se rozan entre sí, se alejan, se vuelven a encontrar dos o tres veces,

se detiene; como si supieran adónde ir; con las plazas pequeñas y chuecas, empinadas, hundidas, sin espacio, porque todos los palacios antiguos están encima de ellas.

Círculos y líneas sinuosas de casas, casi mezclándose como si todas las calles intentaran bloquearse el paso; pedazos de campo que se asoman desde las hendiduras de un callejón visto de reajo; desde las escalinatas de una iglesia, desde los pórticos olvidados y desiertos.

Entonces Pietro se imaginó que a Ghìsola, por malicia, la obligaban a caminar sola, decaída. Y, pensando en esto, por mucho tiempo, le dio sueño.

*

Ya había perdido un año de tiempo, en las bellas artes, sin que todavía estuviera decidido su porvenir; éste dependía de las distintas opiniones de los parroquianos más viejos, y de su padre que se acordaba muy de vez en cuando y con ira. Anna insistía con paciencia, incluso después de la fallida prueba de dibujo, persuadida de que él era inteligente. Pero era su destino que de ninguna manera ella lo pudiera favorecer.

Una mañana decidió llevarlo con el párroco, para que la aconsejara. Ya había elegido su vestido más hermoso, y se quería apurar para que su marido no se enterara: iba casi a escondidas. De golpe. Sintió que su corazón se estrujaba cada vez más; pero no podía gritar. Ni siquiera se percató de caer.

La encontraron boca abajo, cerca del armario que había abierto; completamente extendida; como esos animales que han golpeado en la cabeza; con los ojos medio cerrados y colmados todavía de vida, con el rostro algo contraído, casi como si lamentara su muerte solamente por el dolor de los demás, suplicando que no se lo reprocharan; con una preocupación indescriptible y dolorosa.

Rebecca, que había ido a buscarla para peinarla, fue la primera en verla. Ella destapó de inmediato los frascos que usaban cuando tenía las convulsiones, pero Anna ya no respiraba.

—¡Señora! ¡Patrona!

Aterrada y temblando toda, corrió a la cocina y se asomó para gritar desde la ventana que daba a la entrada de la fonda. La escuchó un mesero:

—¡El patrón! ¡Que venga rápido!

El mesero, creyendo que se trataba de un ataque de convulsiones más fuerte de lo usual, dejó el trapo que llevaba en la mano y fue a la cocina:

—¿Dónde está el patrón?

—Todavía no regresa: se entretuvo pagando la cuenta en la farmacia.

—¡Corran a buscarlo! ¡La patrona se siente mal!

El lavaplatos, que había respondido, dejó el cuchillo con el que limpiaba el pescado amontonado dentro de la tina y cuando lo sacó, se secó las manos, colgó su mandil en el gancho; y salió. Pero no pudo dar rápido con Domenico, que había ido a hacer otras compras.

Cuando lo vio, ambos regresaron trotando. Por las escaleras, Domenico chocó con el médico, amigo suyo y parroquiano, que bajaba para esperarlo:

—¡Querido Domenico... escúcheme un momento!

Él lo agarró con fuerza. El médico le alejó las manos, sujetándolo de las muñecas.

—¡Domenico, esta vez... Esa pobre mujer!

Él gritó:

—¡Suélteme! Es una convulsión.

Pero se heló por completo, con un frío que llegaba a oleadas, desde la punta de los pies y se detenía a la mitad del cráneo. Creyó, en ese momento, que se trataba de un ofuscamiento de la mente; pero la respiración entrecortada, en él que respiraba tan bien, le recordó que lo que casi había sentido ya había ocurrido. ¿Cómo afrontarlo? ¿Cómo contemplar a Anna muerta? ¿Tenía que ir forzosamente él?

Y cuando entró a la habitación, las paredes y las puertas tambaleaban y se abrían solas, creyó no ver nada. Luego tocó el rostro que ya estaba frío y un poco rígido; y entonces cerró los ojos, se dejó caer sobre su esposa y comenzó a llorar.

Sus propios gritos lo aterraban.

Poco a poco sintió su dolor. Toda su enorme violencia, ahora, le parecía que se transformaba en miedo; le parecía que Poggio a' Meli hubiera sido arrastrado lejos y él ya no tenía tiempo de hacer nada; le parecía que las puertas de su fonda se cerraran solas y no quisieran

volver a ser abiertas; y que Anna hubiera sufrido tanto por no poder hablar; y todo se derrumbaba en él.

¡Su dolor era tan profundo que todos habrían tenido que consolarlo! ¡Ahora se arrepentía de no haberla querido lo suficiente!

Anna se enfrió poco a poco; y, una vez con los párpados cerrados, por primera vez pareció insólitamente extraña a toda la gente que la rodeaba.

Alguien le tocó mentón, y la compadeció:

—¡Quién sabe qué habría querido decir! ¡Qué dolor! ¡Pobre mujer! ¡Era tan buena!

Pietro la vio cuando ya la habían llevado a la cama, sin saber qué tenía que pensar. Domenico le habló hasta que alguien se lo recordó. Pero sin ningún cariño; casi con la necesidad de rehuirlo. Y justo en ese momento, esperó aún más que se quedara con él en la fonda. Mientras tanto siguió gritando con tal fuerza que lo escuchaban incluso desde la calle.

—¡Parece que está por bajar de la cama! —dijo Rebecca.

De repente Domenico se volvió a acercar a la cama una vez más, le agarró el cabello, hizo un gesto de desesperación; y vociferó con más fuerza. Pietro, sin sentir nada, más allá de una vaga inquietud, se apoyó en las mejillas e intentó llorar: dentro de sí se preguntaba si también los demás sentían tan poco y se consoló indefiniblemente cuando alejaron a su padre de manera que él no vio ni escuchó su dolor; que le era antipático como sus enojos.

Rebecca le dijo:

—¡Pobre de tu mamá, te quería tanto!

A él le daba lo mismo, es más se tomó a mal estas palabras; y se alejó para distraerse, avergonzándose.

La mañana del funeral se había olvidado de todo, cuando entrevió desde la puerta medio abierta a su padre que se aproximaba. Tuvo, sin saber explicar el porqué, miedo de que lo azotara hasta sangrar.

Domenico le dijo:

—Vístete; dentro de poco se van a llevar a tu pobre madre.

Pietro se esforzó en obedecer. ¡Ahora sobre todo lo asustaba que alguna desgracia pudiera sucederle!

Bajó de la cama; y, engañándose a sí mismo, se vistió buscando imitar los gestos de dolor que había visto.

De esa manera sintió una alegría muda, mezclada con terror.

Pero, cuando lo obligaron a besar a su madre, antes de que la metieran en el ataúd, pensó: “¿Por qué no hay espacio para mí? Métanme”.

Luego le sobrevino un disgusto inaudito. “¿Creen que está muerta? Todos fingen. También esto es una ficción. Sabía que me habrían hecho enojar con violencia; y no lo merezco”.

Sollozó, invadido por una lúgubre desesperación. ¿Por qué no le informaron antes que estaba muerta?

Se quedó entre las personas que colocaban el cadáver en el ataúd; pero ni siquiera habría tocado el borde del vestido. Y se maravilló de que los demás hicieran todo como si se tratara de una tarea cualquiera, con las lágrimas

y con los signos de afecto que no parecían terminar jamás: enderezar la cabeza en el cojín elegido con figuras bordadas, juntar los pies, acomodar en el cabello una flor deslizada entre el cojín y el ataúd.

Él habría querido que nadie hubiera estado allí; y lo agobiaban todas esas manos, que se movían con rapidez. ¡Esas manos, esas manos!

Quería gritar: “¡Llévensela pronto! ¿Por qué no se la han llevado? Ya no la quiero en casa”. Y se maravilló de su padre, que no se impacientaba, un poco calmado por todas esas atenciones.

Quiso seguir a la comitiva al cementerio en una carreta cerrada, bajando con nervios las viejas cortinas de seda color turquesa para que nadie lo viera; mientras que Domenico, incluso para ahorrar dinero, habría querido ir a pie. Pero Pietro se angustiaba de la gente que se detenía para observar en la calle y hasta frente al portón de la casa. Notó que se ponían de pie y alargaban el cuello para ver mejor.

*

La muerte de Anna había sido un verdadero quebranto para Domenico. Sus trabajadores no eran tan eficientes como antes; y él, presa de un desconsuelo que lo enfurecía, se volvía más irascible; y no era infrecuente que se desquitara con quien fuera sin razón alguna. También se volvió más avaro, y tuvo que renunciar a

muchos proyectos de la fonda y de la finca. Tenía que trabajar más, y no podía soportar el cansancio. Y hasta fue incapaz de pensar en su hijo como habría debido. Lo dejó casi libre; pero con frecuencia, cuando se arrepentía, lo trataba sin piedad y con una violencia tan desproporcionada que incluso Rebecca lo defendía. Y, entonces, paraba; pero, a la primera oportunidad, era peor como si hubiera tenido que vengarse.

Anna había muerto en la segunda semana de enero; y, todos los domingos, antes de que amaneciera, Domenico iba con dos ramos de flores a su tumba. Habría querido llevar uno él y darle el otro a Pietro; pero no lo obedecía. Doblando las rodillas por los golpes, adolorido, le decía:

—¿Pero por qué? No me debes pegar.

¿Y si lo hubieran reconocido?

El cielo empezaba a clarear con rayos de luz, que vienen del alba todavía lejana; las calles estaban lúgubres y húmedas.

Usualmente, solo pocas personas pasaban, caminando deprisa; y se escuchaba bien lo que decían: las voces resonaban como los zapatos con clavos sobre las piedras. Y alguien, la mayor de las veces braceros que se iban a la llegada de los trenes, encendía la pipa, cubriendo con ambas manos el cerillo.

Domenico, casi a la mitad de la calle, entraba en un bar donde estaba una muchacha con un vestido tan escotado que Pietro tenía miedo de que se abriera completamente.

Ella reía con los clientes; y entonces sus mejillas maquilladas, duras y redondas, se inflaban hasta hacerle cerrar los ojos. Ponía esa sonrisa como las tacitas de porcelana biseladas en oro.

Pietro no quería entrar. Domenico regresaba afuera, metiéndolo a rastras.

La muchacha bromeaba con Domenico: pero Pietro permanecía con la cabeza gacha, cohibido por ella, por sus caricias, y por los espejos grandes como las paredes; ni siquiera sabía cómo tomarse el café. Y se quemaba los dedos y la boca.

Salía antes de que su padre hubiera tenido tiempo de beber; y, desde los vidrios velados por el vapor, que se disolvían en gotas largas y torcidas, lo veía reír con la muchacha.

Sobre la Torre del Palazzo Pubblico, durante el sereno, caía una luz más límpida, y el cielo estaba colmado de golondrinas, que chirriaban con su canto amplio como su vuelo. La Piazza del Campo estaba completamente rosada, con algunas franjas verdes de yerba y con las columnitas de piedra blanca.

“El próximo domingo, voy a entrar sin que él me obligue”.

Pero parecía que esa suerte de timidez aumentara cada semana; se volviera como una enfermedad; y, al recordarlo, sentía la frente cubierta de sudor frío. Después, las manos tías en el bolsillo, apretando el forro entre los dedos; y los pies se negaban a moverse.

También Domenico, por su parte, caminaba con lentitud; y cuando se resfriaba, al sacar el pañuelo y sonarse la nariz, se detenía.

Subiendo por Via di Città y luego por Via Stalloreghi, Pietro cada vez estaba más triste.

Llegados al cementerio, Domenico platicaba con Braciola, el sepulturero cuyo color era igual que la tierra, gordo como si estuviera repleto de lombrices, con los bigotes canosos; y, al colocar los ramos dentro de dos grandes floreros de porcelana, donde había quedado un poco de agua casi negra, siempre la misma, mirando alrededor exclamaba:

—¡Cómo se extiende con rapidez! Cuando tu madre murió, las tumbas llegaban hasta aquí.

Permanecía quieto, y luego preguntaba:

—¿La viuda no vino esta mañana?

—Antes que nosotros, quizás. Vámonos, es inútil esperarla.

—Es temprano. ¿Por qué no la quieres esperar? Todas las mañanas trae flores.

¡Pensaba mal de su hijo, que no se preocupaba nada por ella, la única persona que a esa hora siempre estaba con ellos en el cementerio!

Pero disminuyó la importancia que la viuda le daba a su fidelidad devota. ¿Por qué precisamente Rosi tenía que adoptar esa misma costumbre cuando era sabido por toda la ciudad que no había adorado a su esposa, como ahora quería pretender?

Lo veía de reojo desconfiada, respondiendo avergonzada a su saludo. ¡Y qué efecto le provocaba ese muchacho que ni siquiera miraba las tumbas, con las manos en los bolsillos, y un aire soñoliento o impertinente!

Pietro exclamaba:

—Yo me voy.

Y esta discusión cada vez era peor. Domenico, una vez, al final del invierno, lo amedrentó:

—Lárgate.

Pietro se sonrojó, pero dijo:

—¿A mí qué me importa ella?

El rocío había reblandecido la tierra de las tumbas nuevas. Un pájaro volaba transversalmente, inclinado por completo de un lado. Entre los cipreses se veían los montes, que solo parecían largas franjas de color todavía húmedas.

Las lápidas estaban cubiertas de pequeños caracoles grises. La Catedral cada vez estaba más blanca; y Pietro se percató, al verla, de que estaba lleno de ira.

Se toparon con la viuda en la entrada; y Domenico la saludó. Ella respondió sin siquiera voltear; pero prestando atención a Pietro con el rabillo del ojo. Domenico se detuvo, y dijo como el resto de las veces:

—Ahora va a la tumba de su marido.

Todos nada más la conocían de vista, y Domenico no sabía más que el resto. De regreso del cementerio, donde rezaba por lo menos media hora, iba de compras; y nadie, hasta la mañana siguiente, la volvía a ver.

Era baja y gorda; y, al caminar, le rebotaban los senos que casi se sostenían por la prominencia del vientre. Su sombrero, muy pequeño, se mantenía firme con una liga negra que estaba detrás de sus orejas y bajo la barbilla. A cada paso una de sus viejas plumas verduzcas se zarandeaba como si recibiera un golpe. Entre sus cabellos, escasos y amarrados con fuerza, con un pasador, se veía la nuca grasienta y rojiza como la piel de un ganso. Iba vestida, desde quién sabe cuándo, de la misma manera; quizás, no por pobreza.

Domenico, luego de seguirla con la mirada, le preguntó a su hijo:

—¿En qué piensas?

Pietro sonrió, y dijo:

—¿Yo?, en nada.

—¿Por qué, entonces, vas con la cabeza agachada?

—No me doy cuenta, ¿sabes?

—Eres tan feo, yo te habría traído al mundo guapo. ¿Y por qué quieres regresar a la escuela? ¿No hiciste que te corrieran?

Domenico le hablaba de la escuela con resentimiento y en los momentos que consideraba más oportunos buscaba que cambiara de parecer.

El muchachito permaneció en silencio, sintiendo que estaba por desmayarse: ¡su padre jamás se habría olvidado de reprochárselo, para usarlo en su contra!

Y, al verlo confundido y mortificado, continuó:

—Podrías darme una mano, y en unos años casarte.

Domenico pensaba que era conveniente casarlo pronto, ahora que ya no había una patrona en la fonda; y más de una vez había sopesado con la mirada su aspecto y estatura; para convencerse de que no era prematuro; aunque tuviera solo dieciséis años.

–Yo... no me voy a casar.

–Piénsalo bien: me vas a obligar a casarme. ¿Te molestaría?

Pietro dudó; pero, para que no lo disuadiera de regresar a la escuela, preguntó:

–¿Y con quién?

El padre, para demostrarle que era en serio, respondió:

–Pronto te lo voy a decir.

Y lo observó. Pero Pietro había hablado como si tratara de otra persona, y agregó:

–Me dijeron que esa señora... que tiene dos hijas. La señora... que vino a comer el otro día.

Era un chisme, y basta. Domenico retomó:

–Sería mejor si tú te casaras con una de ellas.

–¿Yo?

Volvió a sonrojarse, porque le parecía una carga demasiado grande; aunque lo inquietara un poco.

–Te gusta enseñar cuál me gusta para ti.

Él rio:

–Ya entendí: la más chica.

Pero Domenico no respondió, pensando que la noche anterior se había olvidado de mandarle a decir a sus trabajadores que llevaran a la monta a las vacas.

—¿Si no me vas a responder, qué sentido tenía hablarlo?

Se arriesgó a preguntar Pietro. Pero Domenico alzó la voz con furia:

—Tú no estás en condiciones para meterte en mis asuntos. ¿Incluso quieres que le dé de comer a tu mujer? ¿Si no dejas de molestar! ¡Mira: tendrías que ir a Poggio a' Meli!

Y, como hacía siempre, sacó de una bolsa del chaleco una pequeña corona negra, que guardaba allí junto con unas esterlinas de oro; y dijo la frase habitual, después de casi tocar su frente con la cruz:

—¿Ves? Este es el recuerdo de mi pobre madre, Gigella. Siempre la traigo conmigo. No me dejó otra cosa, cuando la dejé para venir a Siena. ¿Y tú con qué recuerdas a tu madre?

Pero, al darse cuenta de que ahora, a su vez, Pietro ni siquiera lo escuchaba, se inquietó: ¡le parecía imposible que un hijo hiciera eso! ¡Y pensar que había tenido la intención incluso de ponerle su apellido! ¡Tendría que parecerse a él, pertenecerle!

¡Habría tenido ganas de agarrarlo con las manos, para partirlo en dos como a una rama! ¿Precisamente su hijo escapaba a su voluntad? ¿En cambio, no debía ser más obediente que el resto?

Súbitamente, como la insinuación de una traición, entendió que también él era como cualquier otra persona.

Y, entonces, habría sido mejor que no hubiera nacido. ¿Por qué lo tuvo? Era mejor ya no dirigirle la palabra,

aguantando que caminara a su lado, en silencio, quizás con la cabeza tan gacha, hasta que chocara con el suelo.

Pietro les dio la llave de la bodega a los meseros que lo esperaban en la calle; y entró también con ellos; pero, sin ganas de quedarse, como habría debido, se fue a su casa. Domenico le había dado las llaves evitando que sus ojos se cruzaran; y, al terminar de hacer la compra, lo mandó llamar porque había dejado a los trabajadores solos.

–Tú nunca sabrás ser el dueño. ¿Cómo vas a aprender a dar órdenes si tú mismo no aprendes?

Ahora hablaba con su hijo para desahogarse; y su reproche estaba lleno de bondad. Luego, sosteniendo en sus manos los manojos de pájaros que iban a rostizar, le dijo:

–Este es un mirlo y esta, una alondra: ayúdame a desplumarlos.

Y se sentó frente a una gran cesta, donde echaba las plumas. Pero Pietro estaba tan distraído que canturreó un poco, en voz baja; y luego respondió:

–Si te parece, voy a leer un libro.

Domenico terminó de ensartar en un espetón las aves ya desplumadas, alistó el horno; luego le preguntó:

–¿Qué libro es?

–Si te lo digo, de todas formas, no vas a entender.

Domenico, con una mano alzada, sentenció con su tono de patrón:

–Yo entiendo más que todos los científicos, porque soy tu padre. Nadie sabe mejor que yo lo que tú necesitas.

Y puso la mano sobre el pecho, como para confirmar que decía la verdad; sobre mandil completamente ensangrentado y repleto de plumas. Luego se dirigió al horno, rompió con la pala las brasas más grandes; tomó por los hombros a Tiburzi, y lo agachó en la abertura del carbón, gritando:

—¿Acaso no ves que hay mucho fuego?

Domenico ya no pensaba en Pietro; pero, cuando lo volvió a ver allí, se abalanzó hacia él cerrando el puño:

—¡Lárgate!

Pietro permaneció quieto, agachó la cabeza; mirando de abajo hacia arriba.

La agitación de los cocineros, continuamente espoleados y reprendidos incluso con groserías y con empujones de Domenico, que siempre quería que todos los platillos estuvieran listos en una hora, no le permitía aislarse de todas esas distracciones.

La violencia de su padre hizo que todos guardaran silencio; nadie podía dejar de obedecer, quizás equivocándose aún más. Pero cuando él entró a un cuartucho oscuro para colgar en ganchos los trozos de carne que quería que se quedara cruda, Guerrino volteó a ver a Pietro, metiendo la lengua entre los dientes, para que recordara una broma que contó la noche anterior. Todos sonrieron, sin dejar de trabajar. Y Pietro dijo en voz baja:

—Cuéntame otra.

El cocinero, resbalándose con un trozo de tocino, le hizo una seña para darle a entender que esperara. Tiburzi,

con la chaqueta turquesa, que encima de la cinta del mandil se abultaba en muchos pliegues, vigilaba girando los ojos, sin mover la cabeza; contento y moviendo los pies de la alegría, con los brazos en el agua tibia de los baldes grasientos y repletos de platos sucios. Su papada era dura y amarillenta, como si se le hubiera quedado atorada una piedra, una papada como de gallina gorda.

Pero Domenico, que muchas veces justo fingía no escuchar y no ver para conocer mejor a sus trabajadores, regresó diciendo:

—¡Ghìsola también te malacostumbró a ti!

Pietro, asustado y sorprendido, preguntó:

—¿Por qué?

Todos lo observaron, con alegre curiosidad.

¿Por qué le echaba la culpa? ¿Seguramente alguien le dijo mentiras! ¿Por esa razón la mandó de regreso a Radda! Pero, al contrario, él sintió simpatía por ella; se oponía a la injusticia por la que la castigaron; y deseó volverla a ver. ¿Pero por qué todos lo veían con malicia, riendo y divirtiéndose a sus expensas? ¿Y por qué su padre estaba tan convencido de lo que había dicho? Permaneció con los dedos clavados en la mesa, afligido.

Ahora era un jovencito delgado y pálido, con la mala costumbre de subir más un hombro que el otro. Se vestía mal, con una cinta roja en el cuello de la camisa, arrugado y sucio; el cabello rubio, las orejas demasiado grandes y separadas de la cabeza; los ojos de un azul muy claro, celestes, y como si tuviera que defenderse de algo.

El rostro con una antipatía ingenua y melancólica, pero segura y decidida, casi embarazosa y molesta.

A veces, días enteros, parecía malhumorado; pero, si le hablaban; de inmediato se volvía tranquilo y afable. Tartamudeaba menos.

Lo que percibía frente a lo que lo rodeaba permanecía indefinible, él sufría por ello. La primavera era como una violencia. ¡Leer, entonces, un libro a la sombra de algún árbol! Interrumpía la lectura a la mitad de una página, al azar, para ponerse de pie y acercarse hasta su rostro una rama, casi para que lo acariciara. Pero habría querido pedirle permiso; mirando en dirección de los montes cubiertos de copas candidas y frondosas, almendros y duraznos, que pendían de un lado, como si tuvieran que esparcirse en la tierra. Y, asegurándose de que nadie lo hubiera visto, suspiraba y retomaba la lectura. No había encontrado el libro para su alma. A veces no leía más, porque le parecía ver a la lejanía páginas que se volvían transparentes e insondables.

Si un insecto subía desde su pantalón y escalaba hasta su libro, también en ese momento abandonaba la lectura.

Algunos pájaros se metían entre las ramas con flores, con el movimiento y la fuerza de una aguja con hilo; con si el follaje se hubiera abierto y vuelto a cerrar para él.

También antes de que Anna muriera, había dejado de ir a la iglesia; y ella no lograba casi nunca que rezara. Ya se sentía ateo. Blasfemaba, porque no quería tener los prejuicios de los sacerdotes. Y Domenico le echaba la culpa a los malditos libros de la escuela.

*

Domenico mandaba castrar a todos los animales de Poggio a' Meli; y los trabajadores se divertían, con una ironía que Giacco y Masa creía que iba dirigida a su nieta:

—¡Está bien: así no huirán de la casa! Y, además, van a engordar más.

A veces había diez o doce gallitos castrados, apesadumbrados, que picoteaban de mala gana, con las plumas ensangrentadas; en el establo, los terneros ofuscados por la castración, afligidos, con los ojos más oscuros y lúgubres.

El perro echado en el patio, los gatos silenciosos y mansos, arrinconados bajo las carretas o detrás de la leña, con los ojos siempre abiertos.

Ahora, a una gata, solamente le escogió un macho, para que se quedara en la fonda. El castrador lo agarró y lo metió boca abajo dentro de un costal, aferrado entre sus rodillas; y con un cuchillo cortó de tajo. El animal estuvo a punto de quedarse allí adentro, desfallecido; luego, maullando, saltó y desapareció quién sabe dónde.

—Allí está. ¡Se tardó en maullar!

—¡En verdad fue rápido!

Y rieron, admirados.

Domenico, permaneciendo muy alejado, también para acentuar el asco, dijo a ese hombre:

—¿Cuánto quieres?

—Una lira. ¿Es mucho?

—¿Una lira?

—Deme lo que guste. Así es con usted.

Se le quedó chueca la boca después de una parálisis; y siempre lagrimaban sus ojos legañosos.

—Te doy media lira; y vendrás a comer un plato de espagueti a la fonda.

Y contó el dinero.

El hombre sostuvo las monedas un momento en la palma de su mano, casi pesándolas; luego, haciendo una mueca de disgusto maliciosa, lo metió a su bolsillo después de ver que no estuviera rotas.

—¡Al menos que sea un plato abundante de espagueti!

Y observando a los trabajadores que estaban al rededor porque habían ido para desayunar, tocó el vientre de Domenico; diciendo:

—¡Así engordan los ricos!

Pero los trabajadores fingieron no escuchar; y Carlo puso una mano en los labios. Pietro preguntó:

—¿Adónde de habrá ido el gato? ¿Quieres que vaya a ver?

—Déjalo en paz, cuando le dé hambre regresa.

—¿Y si se muere? —le preguntó al castrador.

—Es imposible: se lame la herida hasta que cicatriza. ¡Para curarse son mejores que nosotros!

Y hablaron sobre las otras castraciones, en especial de la de Toppa; que andaba con la cola entre las patas y gruñía cuando los otros perros se le acercaba. Todos miraban al animal, que se apartó como si hubiera entendido. Pero regresó, porque los trabajadores comían,

charlando desde sus entradas, una frente a la otra, en el patio; mientras las mujeres terminaban el quehacer.

—¡Tráeme un balde de agua, Adele! —dijo Carlo mientras llegaba.

Ella obedeció; y apoyó el balde en el pozo mientras el resorte de la cadena seguía oscilando.

Todos la observaban fijamente; y luego, uno a la vez, bebieron y remojaron sus pedazos de pan duro.

Mientras andaban por el patio, intercambiaban opiniones sobre sus labores en el campo; atentos a que el patrón, que había ido a inspeccionar las vacas, regresara.

Pietro estaba en medio de ellos, divirtiéndose de verlos masticar: uno, para no desperdiciar las migajas, inclinaba la cabeza, y se metía el pan con la palma de la mano.

Carlo era un tipo grande y robusto, aunque en el invierno le dolieran las piernas. Su camisa de lino gruesa siempre estaba limpia. Pero apestaba a estiércol; y tenía el aliento a ajo y cebolla, que le encantaban: a cada mordida, miraba la marca de sus dientes en el pan.

El castrador, que lo quería más que los demás, antes de irse, le mostró todo el dinero que ganó:

—¿Las ves? Son como nosotros los hombres: unas están hechas de cierta manera y otras de otra. Esta moneda está forjada, y la reconoces de inmediato. Esta otra está doblada, como si estuviera coja; a esta otra la querían perforar, como si acuchillaras a alguien o te acuchillaran; y ésta está tan gastada que pesa la mitad; es pobre como yo; y con ésta me compraré algo de vino, para olvidarlo. Adiós.

Escupió y maldijo.

Carlo apenas le respondió. Luego dijo, cuando ya no lo alcanzaba a escuchar:

—Quería comerse mi pan. Pero no lo logró.

Y vio en dirección de la casa, donde la alacena todavía estaba abierta.

*

Pasaron tres años; y Pietro había tomado un diplomado técnico. De hecho, al volver a la escuela, después de muchas dificultades y no poca desconfianza, se empeñó en estudiar.

Pasaba todas las horas libres con sus compañeros; y Domenico incluso permitía que entraran para recogerlo en la fonda.

Pero fue la época en que él comenzó a conocer a las mujeres. Iba de escondidas; y, para conseguir el dinero, vendía sus libros o algún objeto que lograba hurtar de la casa sin que Domenico lo notara: una tetera de porcelana, algunos medallones con piedras decorativas e incluso un antiguo abanico de marfil y de seda. Luego volvía a poner las llaves bajo un tapetito de lana, donde colocaban la lámpara.

Uno de los trabajadores eventuales, que Domenico tenía en Poggio a' Meli, se enamoró de Rebecca; y dio a entender que se habría casado con ella gustoso. Rosi que desde hace algún tiempo había mandado traer, siempre

de Radda, a otra sobrina de Rebecca, prima de Ghìsola, pensó que podía dar su consentimiento; la sobrina sustituiría a su tía. Les dio la dote y muchas otras cosas; y, además, contrató como mesero al marido.

Después de la muerte de Anna, Rebecca había mantenido una buena relación con el patrón; pero esta sobrina, Rosaura, la había sustituido muy pronto; y tía y sobrina, hasta que no pasó la boda, discutían incluso en la fonda; con el temor de Giacco y Masa, que no querían ver comprometido el pan de su vejez.

Masa se escondía para que no la vieran descansar siempre; temiendo que la despidieran, ella también desconfiaba del patrón, lo conocía mejor que el resto. Se sentaba, se levantaba la falda, se quitaba sus calcetas de algodón blanco y se frotaba las piernas que le dolían con frecuencia.

Las otras mujeres, que ganaban lo mismo, se daban cuenta; y por eso le tenían envidia y la odiaban, incluso la llamaban ladrona; pero, en cambio, siempre la ayudaban para quedar bien con ella.

De hecho, Domenico seguía apreciándola, porque le informaba de todo lo que hacían en la finca.

Pero Giacco ya no le pedía las colillas a Pietro; es más, creyendo que él se había vuelto malo, hasta llegó a quejarse con el patrón, diciéndole que, si no hubiera sido por él, pobre viejo que todos despreciaban, en Poggio a' Meli quizás hasta se habrían robado los ladrillos del patio, con ayuda de su hijito.

—¡No tiene juicio! Me permita decírselo... ¡sinceramente, perdóneme! ¿Por qué él se ensaña conmigo?

Domenico lo tranquilizaba lo mejor que podía; pero no tanto, por cálculo. Y, entonces, él haciéndose el ofendido quejumbroso, y mostrando que había hablado en contra de su voluntad, callaba de inmediato.

Algunas ocasiones, quitándose el sombrero y batiéndolo en sus piernas, para que lo compadeciera, aludiendo a Pietro, gritaba:

—¡Yo no tengo suerte!

Pero ya no trabajaba con los demás, sólo se encargaba de las tareas que antes hacía su nieta; las piernas se le habían doblado hasta quedar pegadas; y parecían más cortas, como a veces las sogas de dos campanas juntas, se enredan entre sí.

Cuando tenía que hablar, su gran cabeza se esforzaba por permanecer derecha sobre los hombros caídos y contrahechos. Tenía un rostro indescriptible, con la cara paralizada, con arrugas, semejantes a pequeños cinturones de cuero, quemados por el sol; en las que se acumulaba el pringue. La boca no se veía bajo los bigotes desaliñados y largos, que se parecían al pelo de un animal. Los párpados, amarillentos, ahora eran gruesos.

Antes de hacer una tarea, se rascaba detrás de los oídos, sosteniendo con la otra mano su sombrero levantado; como si hubiera buscado reflexionar mejor.

Cuando el patroncito pasaba a su lado, lo aferraba de una manga; preguntándole:

—¿Ya no me habla?

En efecto Pietro lo evitaba porque no le gustaba su hipocresía, que dejaba entrever, sin discreción, que se sentía superior a él.

Deteniéndolo, le decía con desconfianza, que habría querido aparentar afecto:

—Pero si yo lo conozco desde que era niño, y hasta se sentaba en mis rodillas... ¿Acaso está enojado conmigo?

Procuraba hacer reír a Pietro, para no pensar que había hablado en balde. Pero agregaba, sombrío, casi para convencerlo, con resentimiento:

—¿Por qué no me quiere?

Pietro no sabía qué responderle, feliz de que casi le suplicara.

—Y sin embargo siempre he cumplido con mi deber; y su padre lo sabe. Y seguiré haciéndolo mientras Dios me dé vida.

Y entonces su voz se tornaba casi arrogante.

El jovencito tenía una suerte de repugnancia por su obstinación ciertamente exagerada.

El anciano lo observaba fijamente; Pietro lo miraba con timidez, soltándose.

Giacco procuraba sonreír; pero, al ver los gestos de Pietro, no lo lograba. Pero Pietro se sentía liberado, también porque podía marcharse sin más explicaciones.

Una ocasión le preguntó:

—¿Y Ghìsola?

El trabajador se envaneció por completo, intuyendo de qué manera podía caerle bien al patroncito; dudando, no obstante, si aprovecharse.

—¡Oh, hace tanto que no la mencionaba!

—Pero ¿dónde está?

Giacco, en vez de decírselo de inmediato, porque habría querido decir muchas cosas, se rascó el pecho. Por un agujero de la camisa se podían ver sus pezones, muy negros, con pelos gruesos, con los poros hinchados. Un cordón, con un manojito de escapularios, sucio por el sudor, estaba amarrado a su cuello; dejándole una marca.

—En Radda, yo creo.

Respondió en voz baja; y con la hoz señaló las colinas de Chianti.

—Escribió hace un par de meses... ¿Ve? Radda está por allá.

—¿Todavía tiene la carta?

—La tomó mi esposa. Yo creo que la guardó. ¡Eso creo, al menos! ¡Carajo, qué tal si la tiró!

Y, diciendo esto, daba a entender que no era así.

Pietro preguntó:

—¿Por qué la iba a tirar? Si la quieren, deben tener su carta. Quiero verla.

Él hablaba como si tuviera que defender un derecho. Y se exacerbó su hostilidad hacia el viejo; que, incierto y con curiosidad, dijo inmediatamente:

—También mandó otra cosa.

Y giñó un ojo:

—¿Qué? Apuesto que se trata de una fotografía.

Giacco preguntó, tocando con su mano uno de sus hombros y retirándola con rapidez:

—¿Quién le platicó?

—¿No la mandó? Respóndame.

Giacco, muy alegre, apoyándose en un olivo para continuar, exclamó:

—¡Es verdad!

Era como una tortuga, que comienza a moverse cuando confía en que ya no la van a molestar.

Pietro giró sobre sí mismo; y, sin decirle otra cosa, fue a la casa del viejo, con una felicidad inmensa. ¡Le parecía que Radda estaba a pocos kilómetros de distancia!

Las espigas del grano, curvadas por el viento y las lluvias, como muchos ganchos, tenían un tono dorado tenue; los tallos estaban enmarañados y algunos rotos.

Giacco lo llamó desde atrás:

—Escúcheme, escúcheme...

Masa secaba los trates, sentada en el escalón del cuarto.

—Su marido me dijo que tienen una carta de Ghìsola.
¿Es verdad?

La vieja, que tantas veces había considerado leérsela, le dijo la verdad; y, luego, preguntó:

—¿Eso le dijo?

—¿No quería que me dijera?

Y, sin esperar a que se pusiera de pie, entró en la habitación; sorteando a la mujer, que inclinó toda la espalda.

Masa le caía mejor; pero con su padre ella lo injuriaba, como Giacco.

—¡Voy yo! No hurgue en los cajones... No la encuentra.

Él solamente dijo, impaciente:

–Apúrese. Qué estúpida es. No entiende lo que ella significa para mí.

Temía que los alcanzara Giacco, frente a quien habría guardado silencio; porque en ocasiones desconfiaba de su mirada, tenía cautela.

Masa encontró la carta; pero, antes de dársela, dijo, sosteniéndola con la mano abierta entre sus pechos:

–No quiero que se entere de nada el patrón.

–¿Por qué? ¿Quién le va a decir?

Ella se sonrojó, y respondió:

–Usted sabe mejor que yo por qué.

Luego movió los labios, como cuando mordisqueaba el hilo para enfilarlo en la aguja.

El sobre, y eso le desagradó, estaba roto, a pellizcos, en las orillas; para sacar la carta, que con certeza le dictó a algún familiar, porque Ghisola no sabía escribir. Pietro, en voz alta, la leyó toda: a sus padres les había dado sarampión, la tía Giuseppina no podía amamantar a su niña.

Entonces, preguntó:

–¿Y dónde está la fotografía?

Masa reía, y su arrogancia la complacía mucho. Se apretó, varias veces, las caderas con los nudillos. Cuando reía, se veían sus dientes rectos y todavía blancos.

–Hace una semana se cayó atrás de la cómoda; mientras la quería desempolvar.

Él advirtió, de hecho, bajo una hilera de imágenes de santos, pegados al muro, en un cordón, un marco

de viejo terciopelo turquesa, pero vacío. Ese vacío, con una hoja blanca, lo enterneció.

—¿No se le ocurrió recogerla antes?

Tenía la certeza de verla. Y le parecía cumplir con un deber.

Pero Masa, evitando un reproche, dijo:

—¡Luego la sacamos! ¿A quién le importa? Nos levantamos mañana temprano; en la noche nos da flojera, porque estamos agotados.

—Yo muevo la cómoda.

¡Cuando quería obtener algo, también él cooperaba!

—¡No me haga enojar!

Pero sus ojos no eran maliciosos como las otras veces: había dulzura, aunque fuera turbia y ambigua.

—¿Por qué?

—La cómoda está pesada, y usted se podría lastimar. El patrón me echaría la culpa.

Cuando ella hablaba de su padre, Pietro pensaba que se metería en algún problema.

—No me ponga nerviosa.

—¡Mejor ayúdeme!

Podrían haber empezado a discutir; pero ella quitó, despacio, uno por uno, todos los adornos: un florero de porcelana agrietado, dentro del cual había quién sabe cuántas flores; una efigie de cera, de Santa Catarina, bajo una campana de hierro; un pedazo de espejo verduzco y estropeado.

—Tenga paciencia.

Él jaló al frente el mueble carcomido por las termitas; y entonces la fotografía, que se atascó entre éste y el muro, cayó. La recogió; y, sin dejar de verla, fue hacia la ventana, con el mismo temor de cuando un relámpago cae cerca.

—¿Ve cómo se puso bonita? ¡Ahora sí que le gustaría!

Pietro comprendió, instantáneamente, lo que quería decir bonita. El corazón comenzó a latir de prisa, con una felicidad dulce. No respondió, sintiendo que los labios le temblaban.

Masa no le quitó los ojos de encima, incierta de lo que le habría hecho o de lo que sentía: sus párpados no dejaban de moverse. Sujetándolo de un brazo, le preguntó:

—¿Qué piensa hacer?

Temía que se la llevara consigo; pero Pietro no se habría atrevido porque Ghìsola, quizás, no habría estado contenta. Respondió con la voz alterada:

—Quédesela, póngala en su marco. Eso quiero: ya no la tire.

Masa, satisfecha, asintió; y quitó con un trapo las telarañas pegadas a la pared. Pietro acomodó él mismo la fotografía en su lugar, y reacomodó el mueble.

—También guarde la carta.

—En verdad, si ella se hubiera portado mejor con nosotros... las cuidaría más.

Frente a un movimiento brusco de Pietro, como antes jamás lo había visto hacer, ella retomó:

—Aun así, la quiero.

—¿Qué daño les hizo? ¡Quisiera saber qué daño habría podido hacerles! ¡Inventos!

—No se lo puedo decir: tiene que ver conmigo; y basta.

¡La ofendió haber tenido que correr a su nieta! Se mordisqueó el labio inferior, con rapidez y muchas veces.

—Cállese. No le diga a nadie, ni siquiera a Rebecca, que se la enseñé. ¡Váyase de mi casa, y cuidadito con despertar sospechas!

Él salió. Y, de golpe, se percató de que estaba enamorado de Ghìsola; y no le extrañó ni se disgustó. Es más, si hubiera estado más seguro, se lo habría dicho de inmediato a Masa. Haciéndole entender que, sobre todo, se trataba de una reparación social, por ello él mismo se ofrecía gustoso a ese cometido. ¿Por qué ella también no debía ser rica?

Tres días después, regresó a Poggio a' Meli.

Sobre la asoleada cabaña caía la leve sombra de un peral; y estaba inmóvil. No obstante, esas líneas de sombras se asemejaban a signos de fiebre, y pulsaban como sus venas; como agua hirviendo.

En el techo del cobertizo, muy visible por su inclinación casi a un metro del suelo, había crecido, con dos metros de altura, la siempreviva, una planta casi metida dentro de la otra, con las hojas espinosas, con una flor que la rama no tenía la fuerza de sostener; allí había una canasta de paja para botellas y dos guadañas oxidadas. Y Carlo tenía allí, para que le diera el sol, entre dos piedras, una botella llena de aceite con un escorpión adentro, que usaba para curarse las heridas.

Pietro se dio cuenta de que, en la parte más alta del techo, se había quedado un trapo ahora ya percutido por el sol, seguramente a causa de las lluvias llegó allí: era la mitad de una falda de Ghisola.

Fue con Masa, y le dijo:

—Déjeme ver de nuevo la fotografía.

La vio de prisa, en la pared, para que la vieja no se ofendiera y no se lo fuera a contar a su nieta.

El monte Amiata, con un aspecto líquido, parecía estar por aplanarse.

*

Pietro, delgado y frecuentemente enfermo, siempre le había provocado a Domenico una sensación de aversión: ahora lo consideraba, flaco y pálido, inútil para el trabajo; ¡como un idiota cualquiera!

Palpaba su cuello exiguo, con un dedo sobre las venas demasiado visibles y lisas; y Pietro bajaba la mirada, creyendo tener que disculparse como si fuera culpable. Pero esta docilidad, que escapaba a su violencia, irritaba todavía más a Domenico. Y sentía ganas de regañarlo.

¡Esos libros! ¡Los habría destrozado a puntapiés! Al verlos en sus manos, a veces no podía contenerse y se los empujaba a la cara.

El que escribía un libro era un estafador, a quien no le habría dado de comer fiado.

¡Y mientras tanto Pietro lo había hecho gastar en colegiaturas tres años seguidos para la escuela técnica!

Después de observar, por largo rato, su oreja o la nuca débil y vacía, gesticulaba bestialmente, mordidiéndose el labio inferior, clavando imprevistamente un cuchillo en la mesa y dejando de comer.

Pietro se quedaba en silencio y sumiso; pero no lo obedecía. Permanecía lo menos posible en su casa; y, cuando necesitaba dinero para la escuela, esperaba a que llegara alguno de los parroquianos más distinguidos; frente a quienes Domenico no decía que no. Había encontrado la manera de resistir, aguantando todo sin nunca quejarse. Y la escuela entonces no le pareció más que un pretexto, para estar lejos de la fonda.

Notando en los ojos de su padre una hostilidad irónica, ni siquiera intentaba pedirle un poco de cariño.

¿Pero cómo habría podido desentenderse de él? Bastaba una mirada menos temerosa, para que le propinara un puñetazo en la cara, un puñetazo capaz de levantar un barril. Y como algunas ocasiones Pietro sonreía temblando y decía: “¡Vas a ver que seré tan fuerte como tú!”, Domenico gritaba con una voz, que nadie más tenía:

—¿Tú?

Pietro, agachando la cabeza, alejaba poco a poco ese puño, con hartazgo y sorpresa.

Desde que era niño esa voz lo asustaba, lo lastimaba; y entonces se escondía, sin llorar, para que lo dejaran solo. Ahora lo hacía sentir un descontento exasperante. Y, convencido de que no habría tenido que sufrir de esa manera, se exaltó cada vez más con las palabras de salva-

ción y de justicia; como las que encontraba en algunos opúsculos de propaganda que le prestaba su barbero.

Se inscribió en el partido socialista, e incluso fundó un círculo juvenil. Primero a escondidas, y luego ufanándose con todos los que llegaban a la fonda. Su ambición fue, entonces, escribir artículos en la revista *Lucha de clases*, que salía todas las semanas, y si la policía lo hubiera arrestado, se habría puesto contento. Soñaba con juicios, martirios, conferencias y también con la revolución. Cuando otro lo llamaba “compañero”, habría dado la vida por él; sin siquiera pensarlo.

Domenico, por el contrario, estaba cada vez más absorbido por el trabajo y la finca; ¡y no había nadie que lo ayudara!

En las horas que el calor era agobiante, cuando la fonda permanecía vacía, el lavaplatos y el cocinero dormían con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, cubriéndose con sus mandiles por las moscas que volaban en los trapos sucios; se detenían, todas juntas, alrededor de una gota de caldo que había caído en la mesa; caminaban de arriba para abajo en los trozos de carne, arrastrándose. El caldero de hierro seguía hirviendo; un gato, bajo la mesa, roía. Un grifo de latón, mal cerrado, goteaba con un rumor incesante. Los dos baldes reverberaban, en una pared, los reflejos transparentes de su agua; que, de cuando en cuando, estaban atravesados por la sombra de una mosca.

Si llegaba un cliente, el mesero tomaba el primer plato de la pila, luego llamaba al cocinero.

—Deja de dormir.

Entonces el sudor acumulado bajo la camisa se enfriaba de inmediato; y el cocinero se sobaba la oreja que le dolía, porque había quedado prensada entre el brazo y la cabeza.

La fonda reanudaba su movimiento.

Pietro pasaba estas horas de vacaciones, leyendo casi sin percatarse del tiempo. Domenico, entrando de puntillas, lograba sorprenderlo.

—¿Por qué no pones atención en lo que hacen los empleados?

Y el reproche se reanudaba.

Una vez le gritó, justo adentro del oído:

—¡Ven a pesar la paja!

—¿Yo?

—Tú.

Y lo levantó de su asiento, agarrándolo del cuello de la camisa. Pero luego, por la prisa, se dirigió hacia los vendedores de paja. Pietro no se movió, quedándose con la cabeza recargada en la esquina de la pared; sintiendo una gran repugnancia del llanto que lo invadía.

—¡Aquí tiene otra carreta de paja, patrón!

Dijo uno de los dos hombres que habían descargado la carga anterior.

—¡Es un pajar!

Vociferó el hombre que con la pala ayudaba a descargar la carreta.

—¡Diez quintales!

Agregó Palloccola que sostenía la barreta.

A Domenico le dieron gracia sus exageraciones. Se acercó a la pila de paja, la tocó y la olió. Luego, sin responder, miró a la cara a los dos hombres.

En la pequeña plazuela, donde estaba la puerta de la cocina, había otros dos hombres sudados por el cansancio; porque habían llevado sus bultos de paja, alzándolos hasta la parte superior de la cabaña. Ahora, ellos descansaban; recargados con la espalda apoyada en la pared en cuclillas. El sudor de la frente goteaba sobre los zapatos polvorientos; cuyo cuero estaba muy desgastado.

—¿Cuánto quieren?

Dijo Doménico, metiendo los pulgares en las bolsas del chaleco. Tenía el dorso de una mano arañado; y por eso, con frecuencia, se lamía la sangre.

—¿Cuánto nos da? También nosotros queremos comer.

Respondió Ceccaccio. Y Palloccola:

—Estos campesinitos ya no nos regalan nada. Estamos molidos.

Ellos habían ido de finca en finca, llegaban cuando era la trilla; de manera que todos los campesinos, para sacárselos de encima, les regalaban una pila de paja. Los campesinos nunca se negaban, temiendo que ellos por venganza les robaran mucha más.

De hecho, vivían más de robos que de trabajo; y nunca tenían un empleo estable.

Domenico se abastecía, comprando, con abundantes provisiones de paja, que luego le duraba hasta el próximo año para el establo contiguo a la fonda.

—¿La pesemos o a ojo de buen cubero?

Doménico preguntó, sacando las manos del chaleco.

—Como usted guste. Cualquiera de las dos está bien por nosotros.

Pipi y Nosse, a los que ya había contratado, interrumpieron:

—Ya nos queremos ir. Páguenos.

Eran dos muchachos. Pipi con una cabezota, ancha, con la frente amplia. Y los ojos cerúleos eran dulces, de una dulzura infantil. Nosse tenía los bigotes negros, y los pequeños ojos muy vivaces parecía que podían morder.

—Primero también me van a ayudar a llevar esta paja.

—¡Si nos da de beber!

Dijo, riendo, Pipi; que, luego, escupió en la pared.

—¡Tengo la garganta llena de polvo!

Dijo Nosse. Y se levantó, recargándose de nuevo en la pared.

Domenico sonrió, prometiendo.

Tenía más de cincuenta años. Sus manos empalidecieron: se veían sus venas de un rojo violáceo; con las uñas largas y estrechas, tiesas.

Incluso se rasuraba con menos frecuencia la barba rubia, casi blanca. Los ojos le brillaban como la concha de las ostras; pero los extremos de sus párpados estaban hinchados, con dos hilos purpúreos. Su cabello se había vuelto escaso, por más que se lo lavara con un jabón de su invención, hecho con bayas de enebro; el bigote, pegado a sus mejillas, se enmarañaba alrededor de la boca; que daba la impresión de bondad.

Se había encorvado bastante, con los hombros ensanchados; pero se consideraba fuerte como antes y que pesaba más de un quintal. Pensaba que sus muñecas y su cuello eran casi indomables; algo que debía de conservar, para usarlo si hacía falta.

Preguntó Ceccaccio:

—¿Entonces lo pesamos?

Dijo Domenico:

—No serán cien kilos.

Gritó Ceccaccio:

—¿Qué dice? Un quintal y medio.

Agregó Palloccola:

—¡Nosotros somos honestos!

Y maldijo. Pero corrieron a desatar las cuerdas, para bajar la paja de la carreta. Domenico se acercó, la tomó de los amarres y la levantó; ayudándose de las rodillas.

—Les doy cuatro liras. Incluso es demasiado.

—¿La robamos, no es verdad, Ceccaccio?

Todos rieron. Luego lanzaron insultos y gritaron, confusamente.

—Entonces, páguenos; nos vamos de aquí.

—¿No querían un trago?

Preguntó con fastidio Domenico, desde la puerta de la cabaña.

—No, no. Estamos cansados. No le podemos ayudar a subirla.

—¡Mira qué músculos!

Dijo Pipi, agarrando un brazo de Domenico; cuya camisa estaba arremangada hasta los codos.

Exclamó Nosse:

—¡Con esos brazos!

Dijo Ceccaccio:

—Vengan a ver, muchachos.

Desde la puerta entreabierta se veía la calle. Y pasó una joven. Ceccaccio la llamó, con un chiflido.

Dijo Pipi:

—Espera, a ver si se acerca.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Domenico—. ¿O nada más estamos tonteando?

—¿O qué quiere hacer?

Y el compañero de Ceccaccio se sentó sobre la paja, poniendo sus manos sobre las rodillas.

—¿Hace poco no estaban enojados?

—Es verdad. Páguenos.

—Aquí tienen seis liras. ¡Lárguense de aquí!

Pipi y Nosse se fueron en su carreta.

—Ahora nos toca a nosotros.

—¿Entonces cuánto nos quiere dar?

—Vamos a pesarla.

Los dos agarraron una barreta, y acomodaron el gancho de la balanza; a la que amarraron el extremo de la cuerda.

—¡Péselo bien, patrón!

—Y tú no te apoyes con las rodillas.

—¿Yo? Mire: hay un brazo de distancia.

Y sosteniendo con el hombro la barreta, Palloccola levantó los brazos; mientras el cuerpo le temblaba por el esfuerzo.

La paja era un quintal. Hicieron las cuentas; y la amarraron, para subirla con la polea.

—¿También usted trabaja, patrón?

—Más que tú, porque mis brazos son más fuertes.

Y todos sostuvieron la cuerda, que pendía arriba desde la polea. Domenico la amarró a una de sus muñecas. Como el bulto comenzó a elevarse, la madera de la carreta crujió; mientras que el polvo de la paja caía sobre ellos. El patrón estaba con la mano tensa, apoyándose del marco de la puerta. Los hombres se encorvaban con una misma respiración; y el bulto pendía sobre sus cabezas; luego, aferrado por Domenico, entró por la ventana y desapareció en la sombra.

—¡Ya estuvo!

Dijo Ceccaccio, desempolvándose alrededor del cuello, donde se había quedado pegada la paja. Pero los brazos le dolían, como si se los hubieran arrancado.

El patrón, que sintió sospechas, fue hacia una pila de ladrillos rotos y fierros. Dijo:

—Aquí falta una cerradura vieja. ¿Quién la agarró?

Los dos trabajadores se observaron, y continuaron a enrollar sus cuerdas.

—A ver, jovencitos ¿quién agarró la cerradura?

Volvió a preguntarles Domenico, que empalideció.

—La verdad, yo no.

Respondió Ceccaccio con calma.

—No dije que tú. Dije que quién la agarró.

—¿Nosotros qué?

Preguntó Palloccola con odio y resentimiento.

—¡Seguro se la llevó Pipi! ¡Él vende cosas así!

Dijo, riendo, Ceccaccio.

—Yo no sé. Pero, si lo supiera, la recuperaría. No es para enorgullecerse.

Los dos hombres se inquietaron, porque ambos sospechaban que el otro era el ladrón. Pero Palloccola gritó:

—¡Revísenos!

—¡Yo no reviso a nadie! Aquí tienen el dinero. ¡Pero no les vuelvo a comprar paja!

—¡Nosotros no sabemos nada!

Domenico se convenció de que era imposible encontrar al culpable; y creyó que los cuatro se habían puesto de acuerdo. Y, haciendo un gesto para invitarlos a que se marcharan, regresó a la fonda. Le dijo a Pietro, afe-rrándolo del cuello de la camisa:

—Si tú pusieras atención, como te ordeno, no se robarían las cosas.

Pietro alzó los hombros, pensando: “Robaron porque son pobres”. Y se alejó con ese estado de ansiedad, que lo invadía todas las veces que su padre estaba a punto de pegarle. De hecho, Domenico estuvo por írsele encima; pero Rosaura lo detuvo.

La cerradura se la había llevado el día anterior un vagabundo forastero.

En la noche estos hombres, aturdidos por el cansancio, saciada el hambre en algún convento, se durmieron borrachos en una taberna, y Pipi con su esposa.

*

Cuando Rosi se volvió el dueño de *El pez azul*, solamente había una entrada, la de Via dei Rossi, con un letrero de metal, en forma de bandera, empotrada a la pared y con un pez pintado por ambos lados. Encima de la puerta, una Virgen en bajorrelieve; del siglo XV. Todavía estaba empotrada una lámpara, pero la cuerda para levantarla faltaba.

Más tarde también abrieron dos ingresos en Via Cavour. Y en uno de estos, detrás del cristal de la puerta, una vitrina con dos estantes, forrada con un papel que cambiaban una vez a la semana; repleta de pollos desplumados, de carnes rostizadas, y de otras delicias.

Al entrar por Via dei Rossi se podía ver una gran puerta, que daba a un pequeño patio interior siempre lleno de carretas de todo tipo. Junto a este, el establo; que podía albergar hasta treinta animales. Encima del establo, la cabaña.

Todos los sábados, Domenico daba de limosna trozos de pan dejados por su clientela.

El callejón de Via dei Rossi, al inicio, donde estaba la antigua entrada de la fonda, se engentaba desde una hora antes de que abrieran, de mendigos; entre los que también estaba la esposa de Pipi, joven, pero tan demacrada y amarillenta que su boca era como un tajo sin labios: iba como si no hubiera podido agachar la cabeza en ninguna parte. Muchas ocasiones, de su vestido mal abotonado y sucio, se asomaba su pecho vacío y sin senos.

También había una vieja, con la nariz grande y ancha, con un sombrero de campesina, cuyo trenzado de paja se deshilachaba a los lados; y siempre se iba haciendo más corto. Esta pretendía obtener la primera limosna, y no se marchaba hasta que todos los trozos de pan hubieran sido distribuidos. A veces gritaba:

—A esa vieja le dieron más que a mí.

E incluso abría las orillas de su pañuelo lleno de pan duro, sosteniendo con la axila el bastoncito.

Había una mendiga, a la que Domenico daba limosna tres veces por semana; una mujer grande, con el rostro lívido y, al mismo tiempo, como una máscara frágil, que no se podía quitar, una máscara de piel roja. Llevaba, del verano al invierno, un chalecito de lana negro amarrado en la espalda. Siempre mantenía entrecruzadas las manos pálidas en el pecho. Su hijita, alta y grácil, nunca la dejaba sola, se agarraba de uno de sus brazos; era tonta y siempre sonreía; pero con una sonrisa dulce y apasionada.

Las dos caminaban rozando las paredes; con pasos largos, como si hubieran querido huir. Al cruzar las calles, apretaban aún más el paso.

Cuando comían sopa en algún convento, la hijita les daba la espalda a todos; y acercando la cuchara a la boca, se aguantaba en silencio las carcajadas.

Cuando murió su madre, la encerraron en un manicomio.

Había un ciego, que insultaba a su hijo; que tenía una mano seca y le faltaba un dedo:

—Eres un pendejo, y no me ayudas. Si te la pasas recargado en la pared, no encontrarás comida para nosotros. ¡Pendejo! ¡Pendejo!

Y alzaba una oreja, enroscando detrás de ésta una mano; para cachar cuánta limosna quedaba aún; mientras su voz era la misma de cuando rezaba las oraciones.

Todos los demás pobres se habían acercado a Rosaura como un grupo de pollos hacia el punto donde arrojaron un grano de maíz.

El hijito del ciego escuchaba, metiendo los dedos entre las juntas de los ladrillos: prefería ser el último porque, sin reñir, estaba seguro de que Rosaura le habría guardado algo.

Todas las mendigas observaban el pan obtenido; y una dejó un trozo demasiado seco en la grieta de la pared, que estaba al lado de la puerta. Entonces Rosaura, asomándose hacia afuera, exclamó:

—Mírenla nomás: ¡viene a pedir la limosna, y luego la desaprovecha!

Una mujer respondió, agarrándose con ambas manos firmemente la cintura:

—¡Si me lo hubieran dado a mí, me lo habría comido!

Otra reía, mordiendo el pan: después de haberlo girado entre sus manos sucias. De golpe, desde el murmullo quedó e incomprensible, comenzó un altercado:

—Viene a pedir pan, y es muy adinerada.

—¿A ti qué te importa? ¿Soy rica?... no le haga caso.

Rosaura interrumpió:

–Cállense, o ya no les damos nada.

Otra mujer, con el rostro maltratado por la dermatitis, vendado con un paliacate azul detrás de la cabeza, respondió:

–Tiene razón. Pero yo nunca me he quejado.

Solamente se veían sus ojos furiosos, como las llamas, que no podían permanecer abiertos; y estaba obligada, para ver, a levantar la cabeza de lado; mientras, hablando, la venda seguía los movimientos de la boca. ¡Y qué boca tenía!

Un viejo, que llegaba cuando se había terminado la limosna, buscaba que se apiadaran con ese tono que los mendigos usan:

–Por el amor de Dios... también a mí.

–Ya no hay nada. ¿Por qué no vino antes?

–¡Ya no me responden las piernas!

Y golpeaba con el bastón el escalón de la entrada. Rosaura se fue sin darle nada; después de haberle respondido:

–¡Pero para venir ahorita sí le responden!

Entonces él se quedó esperando por largo rato; con una obstinación rabiosa:

–¡Señora, no me haga sufrir más!

Había trabajado toda la vida; y pensaba, como algo magnífico, que si se hubiera enfermado habría podido internarse en un hospital, donde habría estado todo el día recostado en cama. ¡Y comer bien!

¡Su mujer al menos había muerto joven, y ya no sufría! Pero él terminó por creer que la limosna era una

obligación, como encontrar un escalón y sentarse sin que lo corrieran.

*

Domenico nunca se volvió a casar, a pesar de que continuamente lo pensara, rascándose fuerte con las uñas el mentón poco rasurado, jalándose la piel del cuello y luego golpeando los nudillos sobre cualquier cosa, pero sin lastimarse. Lo anunciaba con vehemencia, a propósito, después de cada vez que se enojaba. Y creyendo que Pietro habría actuado en beneficio propio, para no encontrar en casa a una madrastra, le decía:

—¡Ahora sería tu turno! ¡Pero tú, imbécil, juegas al socialista! ¿No te da vergüenza?

Compraba un sombrero al año, llevándolo puesto todos los días; hasta que el ala, que se recargaba en sus orejas, doblándolas hacia abajo, no estuviera grasienta. Le gustaba usar la misma camisa al menos durante dos semanas; y maldecía cuando se veía obligado a mandarse hacer otras. El instinto de conservarse en la posición que había alcanzado también lo obligaba a ahorros inútiles; de los que, de todas formas, se ufanaba con los demás; es más, queriendo que lo apreciaran, decía, y era la verdad:

—Yo soy un caballero: gané dinero con mi sudor; y quiero quedármelo.

En una caja de madera, tenía, junto con las monedas de cobre, por superstición, una medallita que encontró

mientras los trabajadores araban. Para verla mejor, lo que sucedía siempre que la agarraba, se ponía los lentes.

La medallita le gustaba, porque con las uñas lograba rascar el metal; que, entonces, parecía como nuevo. Cuando le llevaban los lentes, los limpiaba con el pañuelo rojo, sucio y hediondo:

—¡No la veo bien!

Y salía de casa, para que le echara un vistazo el boticario, luego el tendero y el barbero; que eran sus amigos más cercanos.

Pero tampoco ellos, naturalmente, sabían de qué medallita se trataba.

A veces se recargaba, sin sombrero, en la entrada de la bodega; saludando también a quienes apenas había conocido.

En el verano, mandaba traer una silla; dormitando, hasta que alguien, que pasaba, no lo despertara con un golpe en la pierna. Entonces con resentimiento, decía:

—Nomás me dormí tantito.

Y, para quitarse el sueño, impartía algunas órdenes.

Durante el día, se tragaba todas las frutas marchitas; y le decía al cocinero, cuyos negros cabellos casi tocaban sus cejas:

—¡Tráeme una cazuela!

Probaba y mandaba de regreso al cocinero, jaloneándolo del brazo:

—Le pusiste poca pimienta. ¿Cuándo vas a aprender a hacerlo solo?

El regañado se compungía y levantaba poco a poco los hombros.

–Vas, tráeme la otra cazuela.

Obedecía, permanecía quieto observándolo; con una mano sobre la mesa.

Domenico no esperaba haber deglutido el bocado, para gritarle:

–Quemaste el ajo.

Se limpiaba los bigotes, puliéndolos con la servilleta; y concluía:

–Hay de dos, o no te dejo solo en la cocina o te corro. Ya no hay hombres como los de antes.

Todas las mañanas comía lo que había sobrado del día anterior al fondo de los recipientes de la despensa.

Pero se bebía casi una botella de vino entera; y eructaba en el pañuelo, volteando hacia la pared. Los sabores lo exaltaban, lo ponían hablador; y fuera de la cocina le parecía que perdía el tiempo, a menos de que estuviera en Poggio a' Meli.

*

Pietro había logrado inscribirse en el instituto técnico de Florencia, después de haber concluido con clases particulares, casi autodidacta, el primer año en Siena. Pero fue la completa desaparición de todo vínculo entre el padre y el hijo. Se trataron cada vez más como desconocidos que estaban obligados a vivir juntos; y Domenico incluso había dejado de querer ejercer sobre

él cualquier tipo de autoridad; creyendo que, al comportarse de esa manera, le provocara remordimiento. Pero, de todas formas, nunca más lo habría perdonado. Quizás durante un mes, Domenico había sido capaz de tomarse todo a broma; y ambos decían tonterías, que en algunas ocasiones escalaban a discusiones.

Pietro seguía siendo socialista, pero iba con menos frecuencia con los obreros. Le daba vergüenza ya tener veinte años, y estar tan atrasado en sus estudios: la situación lo humillaba.

Rentó un cuarto en Via Cimabue, comía en una fonda, cerca de allí.

Permanecía muchas horas con el rostro entre las manos, imaginado que estudiaba; con un ansia atravesada y cercenada en todas partes por el malhumor y la melancolía, como líneas trazadas con una escuadra.

Se esforzaba por quedar satisfecho y por encariñarse con la escuela; pero como le parecía que los días estuvieran arrancados y separados entre sí sentía que lo afeurraba el desánimo. Al día siguiente ya no era capaz de recordar y comprender el anterior; y le costaba trabajo pensar en los días posteriores.

¡Y al no lograr lo que habría querido, ni siquiera ahora que se esforzaba por completo, cada vez estudiaba menos!

Bajo la ventana de su cuarto estaba la barda de un convento de monjas; en su jardín, casi inmediatamente después del mediodía, iban a cantar y jugar un centenar

de niñas. ¡Cuánta tristeza en ese alboroto! ¡Y además él odiaba a las monjas!

Cuando las niñas llegaban al ángulo más cercano, sonreía con amargura, esperando que lo hubieran visto. Pero ni se percataban; y, entonces, también ellas lo fastidiaban.

De la ciudad, por el contrario, ni siquiera escuchaba el ruido; porque la barda, perpendicular a la pared de la casa, era larga y terminaba en un terreno tan grande que le obstruía casi toda la Piazza Beccaria; aquí y allá, otras casas que, a pesar de ser más bajas, casi en semicírculo, tapaban toda la vista.

Siempre se sentía incómodo; y era algo que no lograba explicarse. No confiaba en sus amigos, y los extrañaba. Todo lo aburría, y la cúpula de Santa Maria del Fiore, casi siempre cubierta por la niebla al fondo de Via dei Servi, que él veía antes de volver a entrar a la escuela, cuando iba tomar cinco minutos el sol en Piazza dell'Annunziata, le despertaba un desánimo lánguido, que agrandaba si alguna campana sonaba.

Y entre todos los ruidos, hacia el anochecer, ligeros y lejanos, sentía ganas de huir; como si el aire lo escuchara; ese aire transparente, que casi le generaba timidez y miedo.

Cuando iba a cenar, empezaba a obscurecer; y, bajo los árboles de la Piazza Beccaria, las tiendas de un circo ecuestre deslumbraban con sus lámparas de aceite, mientras que un carrusel no dejaba de girar con la música de su órgano.

Él veía la Via Ghibellina y la Via dell'Agnolo tan estrechas que sus casas se cerraban juntas; mientras que las otras, desde la parte de la Barrera Aretina, al final estaban rectas frente a los árboles y el campo.

Al entrar a la casa, se encontraba con la dueña que tejía junto con otras mujeres; a las que nunca les hablaba.

Pero, mientras tanto, comenzaron a adensarse los días, en los que se sentía agotado por la escuela; un cansancio que le provocaba el mismo efecto de una culpa inexplicable.

¡También pensaba que no todos tenían el dinero para estudiar!

Entre sus compañeros, se sentía un joven que ya había vivido mucho más que ellos. Por esa razón, con simpatía y gustoso, los llamaba niños. Su manera de comportarse con los maestros le generaba un sentimiento de compasión. Pero no lograba reír con lo que lo divertía; y, muchas veces, se mostraba hartado y se los reclamaba.

Estaba bien en la cama, con los ojos cerrados.

Se dio cuenta de haber intentado en vano encariñarse de sus compañeros: la indiferencia hacia algunos se convirtió en hostilidad y enemistad; hacia el resto sentía aversión, especialmente hacia los más adinerados, que lo despreciaban un poco porque era socialista. La mayoría lo consideraban un loco; pero casi todos lo estimaban.

Finalmente, convencido de que tenía que ceder a su cansancio, dejó de ir a la escuela; y a sus compañeros, que se burlaban de él, les dijo que su padre ya no tenía dinero para mantenerlo en Florencia.

Los últimos días se había sentido, con angustia, pero también con placer, cada vez más diferente del resto; y no supo explicarse cómo es que los demás estudiaban sin estar obligados a hacerlo como él. Y tuvo más premura de alejarse de allí.

Después de solo cuatro meses de escuela, en lugar de pagarle a la dueña de la casa la renta de forma anticipada con el dinero que recibió de su padre, se regresó a Siena sin siquiera avisarle.

Fue recibido como si hubiera entrado en razón, aunque fuera con un poco de retraso. Y él no se atrevía a decir que quería estudiar por sí mismo para presentar los exámenes de todas maneras. Pero al enterarse, por casualidad, en una carta recibida por Rebecca, de que Ghìsola llevaba mucho tiempo viviendo en Florencia, y ya no en Radda, sin dudarlo tomó la decisión.

Domenico, que por el contrario de inmediato tuvo muchas expectativas, mirando con buenos ojos su regreso espontáneo a Siena, que se explicó como un cambio de conducta mandado por Dios, sobre todo intentaba tratarlo bien; y le preguntaba:

—¿Por qué prefieres estar lejos de mí, que soy tu padre? Dios te debe tocar el corazón. ¿No te das cuenta?

Pero, visto que tampoco ahora lograba que lo obedeciera, dejó de insistirle; seguro de que dejar pasar el tiempo habría ayudado.

Y Pietro, por escrúpulo de conciencia y por sentirse con el derecho de hacer lo contrario a la voluntad de su padre, se dedicó a estudiar con una satisfacción que antes ignoraba.

Al seminario se habían sumado los tres años de la escuela técnica, cambiando todo: definitivamente se sentía diferente, y en el punto de cambiar todavía.

Su socialismo se volvía, como decía él, y como estaba de moda, intelectual. Él ya no tenía la fe con la que en el pasado quería convertir a los demás; pero actuaba con la moralidad socialista por sus sentimientos.

Ahora esos tres años le parecían tan rápidos como un solo día, perdían toda consistencia, incluso mental; como si apenas le hubiera dado tiempo de respirar.

Los exámenes, incluso en contra de la determinación que quería tener, se volvieron cada vez más un pretexto; y no le parecía ni lícito ni leal. Pero su impaciencia por volver a ver a Ghìsola aumentaba; porque ponía en Ghìsola toda la confianza de su vida.

Permanecía días enteros, solo, en casa; observando, con la mirada en los vidrios, el sutil rectángulo azul entre los techos. Ese azul idiota, tan lejano, lo irritaba; pero no le quitaba la mirada. Las golondrinas, que desde ese lugar parecían negras, pasaban transversalmente. ¡Solamente allá arriba, en las ventanas más altas, alguien que ni siquiera conocía se asomaba! Y entonces sentía el vacío de esa soledad aprisionada en uno de esos antiguos palacios de Siena, completamente deshabitado, con la torre medio caída sobre el tétrico Arco dei Rossi; en medio de las casas oscuras y desiertas, una pegada a la otra; con escudos esculpidos que ya nadie conoce, de familias desaparecidas; casas con muros de dos metros de ancho, con arcos, los cuartos casi sin aire. Las

telarañas largas como trapos y el polvo en las ventanas siempre cerradas y los barandales que se asomaban en las fachadas.

En ocasiones, de repente, pensaba en Florencia y en Ghìsola que quizás, esperándolo, le habría hecho un reproche que lo exaltara; en el Arno estrepitoso; en todas las colinas siempre hermosas; en esa niebla que deja húmedas las paredes, ennegreciendo el empedrado de las calles que parece tela remendada.

Su padre, al hablar, le producía una melancolía envidiosa: y se alejaba para no escucharlo, para no verlo; con un estremecimiento. ¿Por qué no había palabras para él? ¿Por qué lo trataban como si lo toleraran, incluso ahora? ¿Por qué intentar en vano ser como los demás? ¿Cómo estaban hechos los demás?

Rememoraba a sus compañeros de Florencia, uno a la vez. ¿Y por qué ellos, quizás, tampoco se acordaban de él?

¿Cuánto tiempo llevaba muerta su madre? Le parecían cien años. Y todo se había desenvuelto sin necesidad de él; a sus espaldas.

Sus ojos, que tenían una sumisión mística, contrastaban con las líneas delgadas y huidizas del rostro; tanto así que de inmediato se notaba la diferencia.

Tenía esas indeterminaciones profundas y persistentes, sin nombre y sin propósito; que también dejan una marca cuando han pasado, como cuando se ve que ha pasado agua sobre la arena.

Considerándose inferior a sus amigos de Siena, ahora conocía la equivocación amarga; que podía tener con-

secuencias incluso en el porvenir semejante a una expiación árida.

¿Pero por qué había esperado poder convertirse en un pintor? ¿Qué significaba ese intento inútil, frente a su amor propio? ¿Podía no tomarlo en cuenta, para todavía creer en sí mismo?

Se consolaba, soñando una existencia nueva e insólita. ¿Pero cuándo? A veces, ésta se volvía a perder; y él ni siquiera lograba entender cómo la había soñado.

Aunque fuera una sinceridad fanática, nadie habría podido darse cuenta de ello. Sentía que ya no lo veían como antes quienes fueron sus amigos previamente a que se marchara a Florencia. Habría querido que le perdonaran dejar de ser su amigo; pero se avergonzaba y se arrepentía de haber sido demasiado sincero y expansivo con tanta facilidad. Reflexionaba sus actos de sumisión moral, de los que los demás se aprovecharon. En Siena había querido ser amigo incluso de los más cretinos y de los rufianes, creyéndolos dignos de sí mismo; como una obligación, hasta el punto de considerarse malo por pasear solo, sin alguno de ellos. ¡Pero, a su regreso de Florencia, había logrado ya no hablar con nadie, con la amarga inquietud de no volverlos a ver!

Él era el muchacho que, si bien débil, tiene ímpetu de energías; inclusive si se equivoca.

Muchas ocasiones, en sueños, pensaba cómo habrían debido desarrollarse sus sentimientos; se despertaba casi satisfecho, como si una existencia superior e indefinible le hubieran dado la razón.

¡Y con cuánta alegría confusa esperaba el día de su encuentro con ella, que ya ponía de cabeza todo su ser!

¡No sabía las palabras que le habría dirigido, aunque las imaginara luminosas de bondad; percatándose esta vez de haber pensado palabras sin significado, que le arrebataban la boca y el alma! Palabras arrojadas que no se vuelven a recuperar, como cuchillos ensartados con demasiada fuerza, con rabia. Palabras que vacían el ser con un placer frenético: a las que siguen temores dementes, días de tempestad, lluvias más calientes y secas que la misma aridez que deberían regar.

En ocasiones, tenía ganas de pedir que alguien lo asesinara; quizás por Ghìsola, que ya sentía suya; que regresaba como una tentación deliciosa desde el pasado.

*

Toppa había muerto de vejez. Lo encontraron una mañana de febrero, bajo la carreta; en el patio. El frío lo había incrustado en medio de los ladrillos y la panza, cuando Carlo la golpeó con la pala que iba a usar para enterrarlo junto a un olivo, sonó como un tambor; y despertó, por eso, las risas.

Había sido, luego de la castración, más bien violento: cuando no quería que lo tocaran, era el primero en apartarse; y después, si no paraban, soltaba una mordida gruñendo. Era mestizo y medía medio metro. Tenía el pelo blanco que cerca de la piel era amarillo, con una mancha negra en una oreja; y por eso parecía que traía un parche.

De cachorro, luego de ser destetado, Domenico lo amarró a la barra del pozo; y, cuando aullaba, los trabajadores tenían la orden de agarrarlo a patadas.

Más tarde le compró un collar con púas de latón; un collar que solamente le quitaban cuando lo rapaban.

Él escuchaba la campana del caballo de Domenico cuando todavía estaba en el pueblo a las afueras de Porta Camollia. Entonces, salía al sendero; y comenzaba a ladrar. Cuando el caballo se asomaba en una curva poco distante de la reja de la finca, se ponía a correr de un lado para el otro del sendero. Las personas se hacían a un lado; pero Toppa había investido a bastantes muchachos, que no se habían movido a tiempo.

Cuando había comido, por el contrario, iba a correr al campo, y orinaba por todas partes; especialmente donde estaban las espigas altas dejaba un charco que incluso se podía ver a lo lejos. Cuando sembraban, tenían que apedrearlo porque donde pasaba dando de brincos tenían que volver a hacer el trabajo. Le gustaba la uva madura y todavía más lo higos.

Solo obedecía a Domenico y a Giacco; del resto solamente tenía temor, cuando no le daban ganas de morder; como alguna vez mordió a Ghisola cuando intentó montarlo como caballo.

Ningún otro perro era más fuerte que él; y mató a más de uno luego de haberlos mordido en la espina dorsal. A dos los desmembró porque se habían comido la sopa de su traste.

Por otra parte, toleraba a los gatos, mientras que no se le acercaran. Pero cuando tomaba el sol, definitivamente no los quería cerca: mantenía, entonces, un ojo cerrado y el otro abierto: abría uno y cerraba el otro. De golpe, daba un brinco con un ladrido que aturdía.

Nunca tuvo ganas de jugar, ni cuando era cachorro. Y se comportaba dependiendo de quien se aproximaba: no fallaba. No habría obedecido a Pietro ni jamás él lo acarició.

Cuando lo enterraron, después de avisarle a Rosi, que recordó solamente haber pagado por él dos liras, dando la orden de conservar el collar, Giacco lloró. También él se sentía viejo; y, viendo el cadáver del animal, le dijo a los demás:

–Tendremos el mismo final.

Enrico respondió:

–Ya no podía vivir más. ¿Para qué sirven los viejos en el mundo?

Y le echó una mirada a Carlo, que reía.

Pero Giacco aventó la pala, y gritó:

–Yo voy a vivir más que tú: métetelo bien en la cabeza. ¿Ves a este pobre animal? ¡Tenía un corazón más grande que el tuyo!

–Yo no quise aludir a ti.

–¿Entonces a quién más? Mi mente es débil ahora, pero siempre conservo la razón.

Carlo, entonces, comenzó a insultar y a echarle la culpa al perro:

–¿No podía seguir vivo? No estaríamos agotados por hacer el hoyo; y tampoco tendría este problema. ¡Solo faltaba que por una carroña nos regañen!

Él fingía estar enojado; pero, por el contrario, sentía placer porque, sin verse comprometido, Giacco empalideciera de esa manera. Y Giacco observaba al perro, atento a que ellos no lo maltrataran por distracción o resentimiento.

Masa, que había venido para ver cómo lo enterraban, se detuvo un poco alejada del hoyo; sin dejar de comer, aunque estuviera agitada. Cuando terminaron, se golpeó el vientre con un puño, y dijo:

—Si como más, me van a doler las tripas.

Giacco levantó la cabeza y la miró:

—¡Eso me daría risa! Mejor deberías ir a terminar el quehacer. ¡Te morirías antes de dejar de tragar! ¿Sientes que me haces enojar?

Masa guardó el pan en el bolsillo, y respondió:

—¡Eres un pendejo! ¡El Señor lo sabe!

Suspiró; y, sin dejar de caminar frente a los demás, agregó para sí:

—¡Paciencia, paciencia!

Ella no sabía lo que le habían dicho a su esposo.

*

Corrieron a Ghìsola de Poggio a' Meli con una astuta precaución, por parte de Domenico; que, viendo su mal comportamiento, no quiso meterse en problemas.

Ella había llegado a Poggio a' Meli a los doce años y regresó a Radda a los diecisiete.

Conocía casi solo de nombre a sus familiares y no había vuelto a ver a sus dos hermanas, que no la querían, porque no vivían juntas; pero fueron a recogerla a la diligencia, poniéndose los zapatos nuevos y los chales para los días de fiesta.

Ella les llevó a las dos anillos de oro falso, como regalo. La saludaron de beso y luego las dos se cohibieron. No sabían si tenerla en medio; y, al caminar, no dejaban de cambiar de lugar. Es más, la menor se puso atrás; y, cuando Ghìsola la quiso acercar, se fue a la orilla del sendero donde estaba la yerba; agachaba la cabeza todas las veces que Ghìsola la volteaba a ver, porque no quería ver que la observaba. También la hermana mayor habló poco, es más, no dijo nada.

Cuando llegaron a la casa, donde las esperaban sus padres, Ghìsola se puso a llorar, pero, luego, fue una linda merienda, comieron un conejo frito y dos gallinas al sartén; dos gallinas que habrían debido seguir vivas, porque tenían los ovarios anchos y colmados. El pan había sido horneado esa misma mañana.

Borio di Sandro, un viudo amigo de la familia que también les ayudaba económicamente, había llevado un galón de su buen vino. Y, el primer día, la borrachera que se pusieron encantó a todos.

Pero Ghìsola no tenían ganas de trabajar como sus hermanas, que entre sí la llamaban la “señorita delicada”. Detestaba estar con ellas; y, cuando podía, se iba sola al campo. No la odiaban, pero ella siempre encontraba la manera de interrumpir de inmediato cualquier

plática que quisieran empezar. También a misa iba sola; no dejaba de pensar en Poggio a' Meli. El regreso a Radda ya era un pesar; y solamente Borio la entendía. ¡Ella le decía que no se habría quedado para sacrificarse!

Un año más tarde, durante la noche de una solemne fiesta religiosa, él la había acompañado a la procesión por las calles del pueblo.

Había sido una procesión con los campesinos de los alrededores tras una pequeña cruz, en parejas, con sus sombreros en mano. Las muchachas, todas juntas al fondo, cantaban leyendo de un libro que mantenían abierto con ambas manos, siempre con la cabeza agachada, como cuando se va al encuentro de un viento impetuoso. Luego otra cruz, grande y negra, polvorienta, con una corona de espinas y con los flagelos de cuerdas que pendían. Más atrás el cura.

El viudo acompañó a Ghìsola de regreso a casa, ella nunca había querido hacerle caso a ningún muchachito, porque se sentía muy superior a todos.

Bajaron por una calle empinada, cada vez más oscura, que llevaba fuera del pueblo; junto a las hileras de cipreses frondosos, entrando más adelante en el campo. Recorrieron un sendero escarpado, a la mitad de un cerrito cubierto de encinos altos.

Ghìsola, que a Borio le gustaba mucho, caminaba un paso adelante, un poco triste como le sucedía con frecuencia luego de la alegría insólita y casi involuntaria de un festejo.

“¿Por qué ella ya no me mira?”

Aventó el cigarro que ahora le sabía mal y le aumentaba la confusión. ¡Estaban solos! ¡Quién sabe dónde se había metido el resto de la gente! Es cierto que en ocasiones él escuchaba, antes que ella, el ruido de pasos; pero luego esas pisadas se alejaban.

Parecía que Ghìsola quisiera hacerse más pequeña, caminando casi sin ver; y de no haber estado Borio, a quien tenía cerca escuchando su respiración, habría chocado con cualquier cosa.

De cuando en cuando, tropezaba; sus piernas parecían congeladas y tan largas que a cada paso se le agarrotaban por completo. Y entonces pensó en detenerse. Creía haber bebido demasiado; y sentía que le arrancaban la cabeza; sin darse cuenta, suspiraba hinchando mucho el vientre.

La oscuridad, con la luna palpitante bajo un velo de nubes, cubría todo con sombras tenues y transparentes. Entonces él la tomó de la mano, y ella se lo permitió: le parecía que Ghìsola se había convertido en un ser débil, casi ridículo. Pero entendió. La besó; y ella se hizo a un lado, estremeciéndose. Siguió besándola, observando después fijamente su nuca y su dorso surcado entre los hombros. ¡Pero, quizás, no habría logrado besarla de nuevo! Y como no se volteaba, la sujetó de la cintura con el brazo.

¡Estaba en silencio! Ella tenía miedo tanto de hablar, como de las sombras de esos cipreses: que, de repente, inmediatamente fuera del pueblo, atravesando el sen-

dero, elevándose como si estuvieran vivos, con la parte más alta arriba del muro del lado opuesto.

De golpe se sentó a la mitad del sendero en una piedra, escondiendo el rostro con el chal que calló de su cabellera; y, encima, las manos: manos que parecían de hierro, como las puntas del azadón.

Él, queriendo hablar con ella, pero sin saber cómo, tuvo que encorvarse todo. No le parecía estar al lado de la Ghìsola que conocía desde hace tanto tiempo y que hasta hace poco estaba con él. Ella apretó sus piernas una contra la otra, tan juntas que se parecían a un terreno arado.

Entonces Borio, luego de forcejear en silencio, con las manos, pudo decir, sintiendo ya el remordimiento, sin disfrute alguno:

—Te digo que sí... te digo que sí...

Sus dedos, sudados, se resbalaban; él tenía ganas de rompérselos: se miraban como cuando se está a punto de discutir, porque ahora ya era imposible detenerse.

Ella apartó las piernas. Luego lloró.

*

Borio, más viejo, incluso le infundía una cierta obediencia. Tenía la cabeza ancha y con un chichón, el rostro completamente rasurado; su cabello, peinado hacia atrás, le cubría hasta sienes: las cejas como largas cerdas negras y unidas encima de la nariz.

Ella misma al día siguiente fue a buscarlo; se puso celosa.

Ahora sus ojos siempre parecían más suaves; y su cabellera más sedosa; con la frente demasiado pequeña.

Borio estaba loco por ella, y se habría casado con ella. Pero su peón también la poseyó; y ambos, por celos, hablaban mal de ella con todos: entonces muchos de esos muchachitos, que ella rechazaba, no la volvieron a dejar en paz.

La buscaban en el campo, bajo las higueras y los duraznos; la acechaban, cuando regresaba, entre los enebros. Se tenía que defender a mordidas y a rasguños, llorando y refugiándose en su casa a toda prisa. Y entonces sentía ganas de reír; y esperaba que pasaran bajo su ventana. Uno intentaba incluso treparse por la pared. Luego apedreaban la puerta.

El peón quería lanzar tiros de escopeta, como a las liebres.

Pero ella, para no pedirle ayuda diario a su familia, y para ser más independiente, encontró trabajo con una señora de Castellina, otro pueblo que estaba a pocos kilómetros de distancia de Radda.

El camino desde Siena, después de pasar por una pendiente hasta un riachuelo donde hay un molino, sube en medio de líneas torcidas y escarpadas de colinas parecidas e igual de cándidas, con las hileras de las vides entre los muros, de piedras, con las granjas detrás de los cipreses, con algún campanario tan lejano que después de una curva ya no se ve. Y conforme se merodea el camino,

casi atormentándose por su extensión, impaciente, se vuelve cada vez más silencioso; y los campos más áridos y solitarios.

Hay cerros con las cimas planas, tapizadas de piedras, maleza: alguna cruz, hecha con las ramas de las vides, a veces derrumbada, a la entrada de los atajos para los campesinos y los animales.

Bosques de encinos, pero pelones; y, entre las ramas, se alcanza a ver la prominencia y las hendiduras de más colinas, despeñaderos escarpados y de repente llanos, con tres o cuatro partes que se unen a las ondulaciones de los prados, en superficies de tierra rojiza, en barrancas.

Pasando Fonterutoli, un poblado como un ángulo de casas, con cuatro expendios, el camino se vuelve sumamente empinado; y logra ser más alto que en otras partes.

A veces toda una parte de bosque se asoma cuan grande es, y un pájaro lo sobrevuela; de una fuente, la única que hay en ese camino, vieja y ruinoso, cae agua dentro de un bebedero macizo.

¡El silencio de esos bosques, las largas horas del recorrido! Es igual al de las piedras incrustadas entre las raíces de los árboles. Pero cuando el viento sopla desde el punto donde los demás montes se vuelven casi diáfanos, las marañas de las frondas atemorizan, crujiendo y silbando: todas las frondas, estrechándose al juntar las hojas, cuando se vuelven a abrir hacia la totalidad del bosque tienen una vibración que se atenúa, acompañada

por algún sonido, que va de un punto a otro, débil y melodioso. Las ramitas se quiebran, las hojas se sacuden entre las piedras; los pájaros vuelan de aquí para allá elevados por el viento.

En las tormentas todos los encinos se arremojan, con esfuerzo, para inclinarse. Las nubes se detienen encima, casi como si los vigilaran; y parece que ni siquiera el viento pueda desplazarlas.

En ocasiones los encinos permanecen inmóviles, y entonces las nubes pasan.

El camino, pasando el poblado, da a una curva, en pendiente, como una franja entre dos pequeñas explanadas verdes; luego, de improviso y recto, precipita por más de un quilómetro, atajado entre los peñascos; y entonces se puede ver abajo toda Castellina.

Y en ese punto, a la derecha, hay otras colinas poco más altas. Mientras que, a la izquierda, se van haciendo más bajas hasta llegar a la llanura de Val d'Elsa; con pueblos que asemejan pequeñas pilas de piedra; luego comienza la Montagnola y Montemaggio; y detrás de estos se extienden otras hileras de montes, que al verlos desde arriba son iguales a las nubes lejanas.

Uno tropieza, casi siempre, con un rebaño de ovejas, que atraviesan el espacio con vegetación y se meten al bosque desde otra parte, trotando. O descienden por una vereda, una detrás de la otra; como si se aventaran con la cabeza por delante; y el peso de la primera jalara al resto.

¡Cuántas carretas barnizadas de rojo, con los bueyes; y encima de éstas, frecuentemente, los campesinos van arrejuntados para ir más cómodos!

Algún automóvil, precisamente de los primeros, reflejaba en sus vidrios y sus puertas a los que volteaban a tiempo, maravillados de que pasara entre ellos como si ellos no estuvieran allí; luego intercambiaban miradas de siempre y regresaban a sus tareas. ¡Qué prisa!

Las mujeres, que ponían a los niños a picar la tierra, casi a la mitad del camino, gritaban insultos.

Uno de los trabajadores más viejos que se hizo rico, se pegó a la pared más de lo que era necesario, iba a desahogarse con los amigos, sentado en un banco, con el bastón de madera colocado entre las piernas, apoyando la espalda maltrecha en las podadoras, los fuetes, las cuerdas colgadas en la tienda que también vendía azufre, las brochas y las tachuelas para los zapatos.

Quizás permanecía allí un par de horas, escupiendo siempre en la misma parte; pidiéndole a uno de los muchachos que le comprara un cigarro, para no moverse.

—Deberían meterlos a la cárcel, ¿a poco no? En nuestros tiempos, no había esas estupideces.

Y se carcajeaba abriendo tanto la boca que se veía toda la línea de la lengua puntiaguda; una lengua afilada con el cuchillo.

Al mediodía, cuando el sol demasiado intenso aumentaba el silencio, él, con el reloj en mano, esperaba a que repicaran las campanas:

—¿Tú qué hora tienes?

Las campanas se movían; todos se alzaban como sorprendidos: casi como si incluso las murallas tuvieran que cambiar de lugar. Los expendios cerraban de golpe. Y quienes vivían fuera del pueblo se dirigían a comer; demorándose, sin embargo, por el sol; como los perros que a todos les hacían fiestas.

La mitad superior de la torre estaba dentro de la luz, y parecía como si se tuviera que consumir como una vela.

Cuando dejaban de sonar las campanas, se llegaba a escuchar alguna perdida entre los bosques; que continuaba a sonar por su cuenta, mezclando su sonido con las campanas de los rebaños.

Una muchacha, venida de otro pueblo cercano y conocido, siempre lleva consigo todos los prejuicios con las simpatías y las hostilidades que allí se tienen. Ahora, a Ghìsola, se habían sumado muchas habladurías; que daban risa.

El cura, advertido por el cura de Radda, regañó a la señora que la había contratado. La joven percibió en él a un fanático perseguidor: lo intuía bien por su fisonomía alterada y pálida cuando él la observaba torciendo toda la boca de un lado; con los ojos castaños y miopes. Y ella entonces caminaba más altiva, con más lascivia, como un pato que mantiene alzado el pico.

¡Cómo detestaba Radda, ahora! ¡No, Borio no habría hecho lo mismo con otra; con una de sus hermanas, por ejemplo!

Volvía a ver toda la procesión: es más se divertía reconociendo a cada uno de los que cantaban sin prestar

atención a ella, diciendo mentalmente sus nombres, detrás de ese crucifijo desnudo y carcomido por las termitas; ¡con las gotas de barniz rojo como sangre verdadera, que caían al suelo, impactando en los zapatos de todo ese gentío! ¡Pensaba que la procesión entraba, vertiginosamente, adentro de sus ojos! El manto un poco doblado, y la música que resonaba, como si también resonara el valle tortuoso, cóncavo: esa música casi le hablaba; y el repicar de las campanas era tan fuerte que estaban a punto de caer.

Ghìsola había creído encontrar en Castellina a gente que se fijara menos en ella; pero no había esa indiferencia.

Todos sabían algo; quien no lo sabía, se lo inventaba.

El alcalde estaba preocupado, porque se estaba volviendo un verdadero escándalo; y decía que algunas mujeres está bien que vivan en las ciudades, pero no en los pueblos. ¡Y, luego, en Castellina! Pero le gustaba Ghìsola y, por el contrario, también le coqueteaba.

Ella, aunque hubiera muchos pretendientes, no encontró ni uno con el que pudiera entablar amistad; porque, apenas comenzaban a hablar, siempre había alguien que los descubría y que corría a decirlo. Así ya no había forma de volver a acercarse.

Para los señoritos, por su parte, se trataba de una diversión muy alegre; todos la tomaban como su amante.

La media docena de señoritas, en el fondo, envidiaban que gustara tanto y que los hombres la observaran, aunque hablaran mal de ella.

Para Ghìsola era demasiado; y también necesitaba irse de Castellina: “¿Para qué estaba en medio de todo ese chismerío?”.

Después de menos de un mes, con ayuda de algunas amistades, a través de una alcahueta, un comerciante de vajillas que se había separado de su esposa la llevó a vivir a su casa; que precisamente quería conocer una muchacha de ese tipo. Él, habiéndola considerado guapa y dispuesta, la llevó a vivir a una cabaña suya por los rumbos de Badia, en Ripoli; donde todos lo llamaban, gustosos, el señor Alberto.

Y Ghìsola, mandándoles su dirección a los familiares, escribió que allí había encontrado trabajo.

*

Ghìsola vivía muy contenta así, cuando Pietro, llegado el periodo de los exámenes, fue a buscarla.

Tocó la pequeña puerta, cuya pintura celeste se había descarapelado por el sol. La placa de porcelana, blanquísima, con los números de la casa, resplandecía en la luz; y los números, turquesas, danzaban y se enmarañaban.

Escuchó unos pasos; y luego la voz de una mujer le respondió cuando la puerta se abría. Él subió a prisa, respirando fuerte, como si el excesivo aliento tuviera dificultad de pasar por la nariz, y se hubiera hecho líquido.

—¿Está Ghìsola?

La mujer, con curiosidad y sonriendo por su vergüenza, le respondió como si le hablara a toda la casa:

—La llamo en seguida.

Él se percató de que su primera impresión no correspondía con lo que esperaba: había una suerte de hostilidad. No pensó en nada; pero intentó recordar, eso que había sentido al verla, la fotografía.

La mujer, arrastrando las sandalias, salió. Pietro se quedó demasiado solo en el silencio repentino; y no habría querido estar allí: le parecía que sus sentimientos no tuvieran relación alguna ni con ese lugar ni con Ghìsola. ¿Realmente estaba ella?

Un rayo de sol penetraba desde una rasgadura de la cortina hasta la mitad de la habitación; y ese rayo difundía una claridad tranquila. ¡Pero ese silencio parecía un abismo y una emboscada inexplicables! A pesar de ello, él estaba contento. Escuchó algunos pasos rápidos: era Ghìsola.

Al reconocerlo, rio y se sonrojó; luego, permaneció solamente la sonrisa. Y él creía, observándola, no ver su rostro; y no fue capaz de saludarla.

Entonces ella le tocó una mano, lo invitó a sentarse; y se apoyó en la mesa, esperando que hablara.

En ese instante, un poco aturdida, tuvo ganas de llorar; ansiando que considerara que se había puesto más guapa.

La franja de luz, al caer en su ropa, aumentaba la claridad.

¡Su bondadosa Ghìsola! ¡La había vuelto a encontrar!

Se levantó de golpe; y, entonces, pudo preguntarle, observando una pared:

—¿Desde cuándo estás aquí?

Ella se lo dijo con una desenvoltura, que a Pietro le disgustó; y, juntando las manos al frente, preguntó:

–¿Está comprometido?

–No.

Pero tuvo ganas, quién sabe por qué, de mentirle.

–Yo más bien me enteré de que se comprometió.

Hizo un gesto de astucia; y retomó, como si hablara de un tema que la pusiera de buen humor:

–¿Cree yo no me mantengo al tanto de su vida?

Pero Pietro, por la felicidad, era incapaz de hablar.

Ella se dio cuenta y lo consideró, entre los ojos y la boca, un signo de dulzura. Entonces Pietro, creyendo haber llegado un momento oportuno, le dijo sin verla:

–No he dejado de pensar en ti.

Ghìsola volteó hacia una de las puertas: fue como si la franja de luz, moviéndose en su ropa, quisiera marcharse; y Pietro preguntó, en voz baja:

–¿Crees que esa mujer nos está escuchando?

De hecho, Ghìsola había sospechado justo eso; pero la alegró, pensando en cómo se habrían reído juntas de la escena, dándose de empujones, por las carcajadas, en los brazos. Casi se olvidaba de responderle; pero, al ver su desconcierto, dijo:

–Podría escucharnos. ¡No importa!

–¿Quién es? ¿Por qué está contigo?

Ella no encontró con rapidez una mentira; y, luego de mover la lengua para decir: “¡Pues de qué se quiere enterar!”, le respondió:

–Es una amiga de mi patrona.

—¿Vive sola tu patrona?

—Sola: tiene a esta mujer para que le haga compañía. Porque no quiere meter a ningún hombre.

—¿Y estás por gusto? ¿Cómo te trata? ¿Te pone a trabajar mucho?

—¡Oh, me quiere mucho!

Él pensó: “¡Ya se encariñó con ella, como les pasó a Giacco y Masa!”. Y dijo, por temor y por consideración a ella:

—¿Pensaría mal de ti tu patrona si me viera aquí? ¿Dónde está ahorita?

—Regresará más tarde de lo usual, hoy. Le tendré que decir que usted vino.

—Díselo, no te va a regañar. No tienes que ser una mentirosa.

Él, así, quería aludir a su relación. Y mientras tanto se sorprendió de las costumbres en esa casa y de esa mujer, de la que Ghìsola se preocupaba tan poco. Pero también reflexionaba que ella tenía que trabajar para vivir. Entonces un escrúpulo lo asaltó: no debía prometerle su amor de inmediato, para no ofenderla: había sido su campesina, y habría podido no creerle. Pero, vencido por la impaciencia, preguntó:

—¿Y tú alguna vez pensaste en mí?

Sintió que con estas palabras se había vuelto a enganchar a su sentimiento; y creyó contener en éste también a Ghìsola. ¡Era necesario arrancarla de esa gente, que la tenía para sí y que él desconocía!

Se puso taciturno, y ella hizo uno de esos gestos que sin querer revelan los hábitos de una existencia. Pietro no comprendió, sin embargo, le preguntó:

—¿Y acaso nadie te ha querido?

Ella no respondió: él repitió la pregunta. Tampoco respondió: creyó que pretendía saber demasiado para la primera vez. ¡No obstante, de inmediato habría querido ser sincera! Entonces se cuestionó si podía hablar con la misma confianza de antes; y sintió una gran simpatía por ese súbito silencio que la acechaba, porque para él era insólito.

Ella esperó que volviera a levantar la cabeza, con una fisonomía entre bondadosa y astuta; y le preguntó, casi bromeando:

—¿Ahora le gusto?

Él no quiso responder, sintiendo una gran alegría.

¡Más allá de ellos y de esa habitación, no existía nada más!

Ghìsola prosiguió:

—¿Me amaría todavía?

Entonces respondió con esfuerzo, como si hubiera hablado con la voz de alguien más:

—¡Si tú nunca has amado!

Había un silencio tal que ambos creían escuchar los movimientos de sus articulaciones; y evitaban verse.

Él tuvo compasión de que fuera sirvienta y que la patrona, al enterarse de su visita, quizás la hubiera la humillado con reproches. Fue hacia la ventana, apartó la cortina verde; y vio, en un resplandor de sol, pedazos

del césped donde al centro había florecido un bambú. Ghìsola se acercó de prisa, de una sola zancada; lo empujó hacia atrás:

—¡No se asome!

Él temió que estuvieran por derrumbarse todos los ladrillos de la ventana, por culpa suya. Pero cuando Ghìsola lo tocó, sintió que empalidecía. ¡Como antes!

Ella, después de apartarse de inmediato, antes de que él se repusiera, dijo riendo:

—Todavía me quiere; es verdad.

Pietro rio para imitar a Ghìsola; sintió que todo giraba como después de algo peligroso. Ghìsola pretendió estar incrédula, agregando:

—¡Pero no solo a mí!

Él era incapaz de cualquier reflexión; y sus palabras proseguían con una continuidad inconsciente:

—¿Por qué me respondes así? Si te estoy diciendo...

Le parecía que incluso sus manos hablaran. Súbitamente percibió a Ghìsola lejana, fuera de toda ilusión, sintiendo como un presentimiento enemigo que habría debido combatir para atraerla a él. ¡Su sueño de amor todavía estaba remoto! ¡Con qué profundidad lo había soñado!

Que estaba guapa no se lo debía decir, para no hacerle un halago que quizás pareciera erróneo; y además su hermosura no habría valido nada si no hubiera tenido también un instinto profundo de honestidad, al igual que él.

Quería que tuviera la conciencia de la honestidad, y que la enorgulleciera. Esto era necesario; a causa de esos principios morales que en él se fundían con los

de redención y justicia en la vida. Por eso él, primero, tenía que darle el ejemplo. Y se propuso explicarle de una vez todo.

No sabía qué más decirle y le parecía que alguien le impusiera marcharse de allí. Se plantó a la mitad de la habitación, vio a Ghisola, le extendió la mano, y salió lentamente; sin saber cómo hacerlo, chochando un hombro con la puerta.

A ella le alegró que la visita se hubiera terminado así de rápido, porque habría podido llegar su amigo.

La escalera eran piedras desgastadas, cóncavas y suaves: al observarlas, le parecía que sus pies se hundieran.

Un gran estremecimiento lo sacudía. Cerrada de nuevo la puerta con un ruido sordo que le pareció demasiado fuerte, alzó la mirada y vio a Ghisola asomada en una reja de hierro: se despedía moviendo la cabeza. Pero él no tuvo la fuerza de responderle: se volteó dos veces deseando que no dejara de estar allí, muy conmovido por ella o pensando que seguía aumentando la imposibilidad de regresarle el saludo. Y entró a la ciudad sin siquiera percatarse.

Aunque caminaba en la banqueta junto al muro del río, no miró el Arno con poca agua verduzca donde había algunas franjas turquesas. Quietas sobre una suerte de pequeña península hecha desde el fondo el río, había algunas carretas colmadas de arena; y allí alrededor del agua, más baja que en otras partes, estaba llena de reflejos centelleantes.

A veces, el estruendo de la ciudad parecía más distante, desplazado hacia otro punto, para regresar un momento después; y como Pietro caminaba de prisa, de cuando en cuando tenía que detenerse porque se había equivocado de calle.

Llegó al Lungarno degli Archibusieri: el Ponte Vecchio con las dos pilastras que sostenían los locales de los orfebres como picas y junto con los demás que se agrupan sobre ménsulas en forma de arcos y sobre los andamios de madera pintada de rojo; las paredes están harapientas por las ventanas demasiado anchas y aglomeradas.

Más allá del Arno, casas muy pegadas, grises, sucias, viejas, casi como si temieran que las derrumbaran; casas como franjas sutiles, de todos los colores, unidas a los locales del puente; rectángulos de casas y rectángulos de agua: todas arrejuntadas, diferentes entre sí.

El Arno rozaba los arcos de las ménsulas: su silencio y el de los locales permitía oír los rumores lejanos, entonados casi siempre por alguna campana; y los cipreses de Torre al Gallo arriba en el aire con una inmovilidad muy suave.

De este lado del Arno los locales semicerrados, ardiendo por el sol, con la sombra demasiado caliente por sus cortinas cortas; con las calles que entraban, desiertas, a la ciudad.

Mientras desde la iglesia de San Miniato, y desde Belvedere, los árboles como un seto alto, esparcido de poblados blancos y que desciende detrás de los techos de Borgo San Iacopo.

El Poggio dell'Incontro tenía una claridad celeste.

Sobre el Ponte Vecchio el viento azotaba las cortinas descoloridas de los orfebres, llevaba el polvo de las calles encima del río. Y he allí las estatuas cándidas, con las sombras amarillas, del Ponte Santa Trinità; que termina entre el ábside de la iglesia de San Iacopo, a la orilla del río, y entre la iglesia de Cestello. Luego el campanario de Santo Spirito, frente a las casas más escasas y bajas; hasta las chimeneas de Pignone. Y, casi solitario, el Ponte della Carraia: al fondo, los primeros árboles de Cascine; bajo la luz y lejanos.

Regresó a casa muy tarde; movió de lugar los libros que trajo de Siena, sacó de la maleta toda la ropa. Durante la noche, se despertó dos o tres veces; y, antes de conciliar del sueño de nuevo, se dijo, sin que parara la alegría, en voz alta:

—¡Falta poco para mañana!

Estuvo indeciso toda la mañana, y por la noche le escribió; porque sentía que la amaba en verdad. No recordaba cómo era el rostro de Ghìsola; pero más bien, sin verlos con claridad, le parecía que se repetían sus movimientos alrededor de él. El color de su vestido se volvió una luz, que de cuando en cuando sobrevenía como un relámpago.

Ghìsola le pidió a su amigo que le leyera la carta; al que ya le había comunicado, a su manera, sobre la visita, porque no confiaba en la lengua de Beatriz, la empleada doméstica que vio a Pietro.

El señor Alberto le preguntó, riendo:

—¿Por qué te escribe? Parece que te ama desde hace mucho tiempo. Es una carta curiosa. Déjame releerla.

A cada frase, en esta ocasión, se detuvo para mirar a Ghìsola que estaba recargada en uno de sus hombros. Volvían a percibir los sentimientos que estaban plasmados, sabiendo que entre ellos no eran posibles. Al terminar la carta, él besó a su amante:

—Es tuya.

Ella rompió la hoja, y se puso, para hacerlo reír aún más, pero también por la alegría, a caminar con los tacones y a girar sobre sí misma. A él lo divirtió, pero preguntó:

—¿Cómo le haces para quererlo?

—Así.

E hizo de nuevo un gesto pasional, con todo su cuerpo.

—Sin embargo, no me estás diciendo todo.

Se acercó a su oído y le preguntó en voz baja.

—¿A él también?

Ella se incorporó del todo y empalideció, respondiendo lo más ágil que pudo:

—Te lo juro. Pero si se casa conmigo, ¿por qué no querrías?

¡Él, entonces, hasta le habría pedido una disculpa!

—Solamente quiero tener la certeza, por tu bien, que de verdad te ama y que es adinerado, como tantas veces has soñado encontrar a uno. De otra forma, pienso que puedes quedarte aquí.

—¿Que si es rico? Su padre es dueño de diez fincas y una gran fonda.

—¿Pero y qué con su consentimiento?

—Te apuesto que fue él quien lo mandó.

El señor Alberto le creyó a Ghìsola, se alegró por ella.

Mientras ella agarraba los platos de la alacena para ponerlos en la mesa, pensó que habría podido, de haber tenido ganas, ahora ser su amiga.

Pero sus negocios no iban bien y era necesario abandonar esa vida demasiado tranquila y demasiado ociosa.

Ghìsola lo espiaba cuando él, sin percatarse, agachaba la cabeza; esperando su más íntima resolución, quizás la que le habría ocultado. Temiendo que reflexionara de más, le dijo:

—¿Qué tienes hoy? ¿Andas con los nervios de punta?

Él sonrió y respondió:

—Tienes razón; yo estoy muy viejo para ti; y sería un sacrificio. Yo soy quien quiere que te cases.

—¿Pero por qué hablas del tema? ¿Hay necesidad? Me molesta.

—¡Querida, pero fuiste tú la que sacó el tema! ¡Tengo una buena idea!

—¡Dime!

—¡Debes comportarte de manera que le hagas creer que él fue quien te embarazó! No será difícil. ¿Te gusta el plan?

Ella se mordió los labios, de prisa, con la espalda hacia la vela. Luego se puso a girar un dedo en la orilla de su plato.

Él le preguntó:

—¿Y bien?

—Puedo simplemente no responderle. Si regresa, le echo un balde de agua encima.

Y tocó el timbre, para pedirle a Beatrice que trajera la cena. Pero el señor Alberto, como si concluyera sus reflexiones, exclamó:

—Tú te harás más rica que yo.

Y agregó, con una cierta seriedad:

—Solamente no lo traigas a mi casa...

Ella, sintiendo haberse equivocado, volteó la cabeza.

—... Para que se pongan cómodos.

Ella rio. Entonces él se entristeció:

—Y no quiero que se anden paseando por aquí en Badia. Me conocen.

Y mentalmente prosiguió: “También la pierdo a ella. Así tenía que ser, yo creo”. Procuró sonreír, y alisó los bigotes, la miró a los ojos, le dio un pellizco que la lastimó.

—¿Entendiste?

Ella rio para no llorar. Él no tenía ganas de enternecerse; y preguntó con una desconfianza burlona:

—¿No logras que te bese?

Y agregó con sorna:

—Es más listo que yo; porque tú, conmigo, hiciste lo que quisiste.

Ambos se carcajearon; y como la empleada entró, se sentaron a cenar.

*

Ghìsola, halagada porque de inmediato entendió cuánto la amaba Pietro, en vez de responderle con otra carta, fue ella misma a buscarlo. ¿Acaso en verdad se casaría con ella? Y entonces habría regresado a Siena no como campesina, sino como patrona.

Cuando ella llegó, Pietro estaba en su cuarto con un libro en la mano, pero sin estudiar; enrollaba con los dedos las orillas de las páginas. En vez de dos únicamente había presentado uno de los exámenes; y pensaba en Ghìsola. No; ¡él no se tenía que presentar a los exámenes! ¡Tenía que actuar de esa manera!

Cuando ella abrió la puerta sin siquiera tocar, su corazón se sobresaltó. Y exclamó:

—¡Pasa! ¡Te estaba esperando!

Ella, un poco seria, se sentó, levantando el velo encima del sombrero adornado de violetas artificiales; y él le dijo:

—¡Quítatelo!

¡Él nunca se había dirigido así a una mujer!

Ella, casi intuyéndolo o percibiéndolo por su voz, sonrió de buen humor; y después de haber examinado con afectada desconfianza toda la habitación, caminó hacia el espejo, sacó la aguja, se la metió a la boca, y la colocó junto con el sombrero en la superficie de mármol del escritorio.

¡Casarse de inmediato con ella! ¡Qué guapa era!

Se sentaron de frente, sintiendo un placer embarazoso por sonreírle, y ella cuidando comportarse como él. Luego juntaron sus manos en la mesita, y él le dobló uno a uno los dedos, en silencio; como para convencerla de que no tenía nada de malo.

El sol tornaba rojas las varillas de la persiana cerrada.

Él se levantó y la besó; y ella entrecerró los ojos. Pero al mismo tiempo habría querido reclamarle diciéndole: “Puedes confiar en mí; ¿crees que no te amo de verdad?”. Y seguía sujetando sus manos, para demostrarle que la amaba; gozando el aroma de su sudor.

Ghìsola bajaba los párpados cada vez que lo miraba a los ojos; pero le sonreía, casi invitándolo a darse cuenta y a dejar de amarla de ese modo, pretendiendo no haberse acostado con nadie. Luego tosió y apoyó el dorso en la silla para mantener la distancia.

¡Ella, por lo tanto, era suya! ¿Pero qué le daba a cambio de tanta felicidad? Y por eso le preguntó:

–¿Tú también me puedes amar?

Ghìsola calló, bajando la cabeza. Él insistió para que respondiera; con una dulzura que quería que fuera apreciada. Entonces ella lo besó por primera vez, como si no supiera besar; restregándose la boca con el pañuelo después, casi como si se hubiera arrepentido; y dijo con presteza:

–Tengo que regresar a la casa.

Pietro pensó: “De hecho es bueno que no se quede mucho tiempo”.

Y le pidió permiso para volverla a besar. Ghìsola entonces fingió reclamarle, por qué no se lo había con-

sultado también la primera ocasión; mortificándolo, sin que él supiera qué contestarle: la negrura de sus pupilas tenía esa tonalidad, que adquieren las cosas cuando están en el fondo del agua.

Pero al ponerse el sombrero, se pinchó con la aguja un dedo. ¡También podía lastimarse si él estaba allí! La aferró de una mano, observando la gota de sangre que continuaba ensanchándose; y cuando estaba por caer, la chupó.

Ella lo permitió, con curiosidad. Y le sonrió como a un niño; con una dulzura que mostraba más intimidad y más bondad.

Pietro extasiado, le dijo:

—¡Siempre lo recordaré!

En la Piazza Beccaria, y los árboles que se movieron por el viento parecía que tenían que entrar más, el pañuelo se le calló de las manos. Él lo recogió, y lo conservó mientras permanecieron juntos. El pañuelo era casi una extensión misma del vestido de ella.

—¿Cuándo vuelves?

Ghìsola ignoraba si su amigo la habría obligado a hacer en serio su voluntad.

—No lo sé...

Pietro se esforzó por entender si tenía que tomárselo a bien o a mal: ciertamente, le parecía imposible que ella se fuera.

—¿Mañana?

Pero le disgustó insistir, al no saber si se había equivocado.

–Es demasiado pronto. En cinco días.

Ella sonrió solamente para ganar tiempo.

–Ten en cuenta que te espero... ¿No me crees? Dime que me crees...

–Lo sé.

Y sonrió de nuevo.

–¿Te puedo escribir?... ¿Pero sabes leer?

–No.

Y en cambio habría querido mentir, observándolo gustosa con altivez; pero se sonrojó, bajando el rostro.

–¿Y quién te va a leer las cartas? Una mujer, ¿verdad?... Cuida que solamente una mujer te las lea.

–Por una mujer: ¿crees que es necesario que me lo digas?

Y enrollaba con una mano el labio inferior; Pietro la miraba absorto; luego, para asegurarse de que no estuviera obligada a mentirle, preguntó:

–¿La misma que vi cuando fui a visitarte?

Pero Ghìsola se dio cuenta y rio; respondiendo:

–Otra. No estés de metiche.

Él dijo:

–Regresa pronto.

Y tuvo esta reflexión instantánea: “¿Por qué la obedezco? ¡Pero eso me procura placer y orgullo!”.

Ella se marchó, sin nunca voltear. Y él se quedó viéndola desaparecer detrás de una esquina, donde había un ciprés pegado a un muro; como a una desconocida que ignorara del todo su amor; mientras que lo que había sentido le parecía más real que ella misma.

Una hoja, caída del árbol de algún jardín, le rozó la cara; de haber estado en Poggio a' Meli, la habría agarrado.

Ghìsola, apenas se alejó, pensó haber perdido el tiempo y basta.

*

Todos los días Pietro la esperó: la recordaba con los brazos sobre la mesa. Pero la sensación de solamente haberla encontrado y no amarla aumentaba. Y dejó de asistir a los exámenes, a pesar de pensar en eso continuamente y se imaginaba, como una alucinación que lo asustaba, que le hicieran una pregunta y que no respondiera.

En cambio, fue en busca de Ghìsola, con una impaciencia que hasta lo hacía llorar.

Ella misma abrió la puerta; y Pietro se sorprendió de amarla precisamente a ella en el momento que le preguntó:

—¿Me esperabas?

Ella, para refrenarlo, respondió:

—Quizás.

Entonces, a pesar de que sintiera una suerte de contradicción incluso al hablar, escuchó:

—¿No podríamos estar juntos en la calle? ¿Estás sola?

Ghìsola lo sopesó; y luego respondió:

—Espérame frente a Badia.

Pietro no sintió ningún placer, porque el desasosiego de una mentira indefinible lo oprimía. Solo la esperó para no incumplir con lo que él mismo le había solicitado.

Hacía viento; pero por todas partes estaba el sol ardiente y de julio. Por la calle Bisarno, algunos cipreses se movían al fondo de la esquina. Y parecía que la luz cambiara continuamente a causa del viento. Olivos, en hilera, asomaban sus ramas a lo largo de los muros. Y sus copas, de un verde tierno, chocaban encima de éstos. Y también sus sombras parecían copas; a penas se diferenciaban de las verdaderas.

Ella llegó con pasos rápidos. Iba sin sombrero y llevaba en el cuello una cadena con un corazoncito de oro.

Pietro temió hacer el ridículo diciéndole que tenía que regresar a Siena. Pero, en fin, ella le preguntó, después de caminar en silencio, mientras él no dejaba de observar sus manos:

—¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—¡Entonces, no nos volveremos a ver!

Él, sorprendido por esa calma un poco burlona, preguntó suspirando:

—¿Pensarás en mí siempre?

Entonces Ghìsola respondió, con convicción, casi con obediencia:

—Siempre.

Luego lo miró y al ver su alegría, repuso:

—Tú piensas que yo te amo poco.

Él, a pesar de que era verdad, respondió:

—Confío en ti.

Ghìsola, manteniendo la cabeza agachada, volvió a sonreír; pero esta vez detuvo su boca en un gesto de placer.

Esa calle, donde le viento elevaba aquí y allá polvaredas blancas, sin dejarse oír, estaba tan solitaria como si nunca hubiera sido atravesada por nadie. Ghìsola le parecía hermosa de otra manera, y más rolliza. “¡Sí, también así está bien vestida!”. Pero él no podía apartar la mirada de ese corazoncito: quería llevárselo, porque si no se habrían fijado más precisamente en sus pechos.

Ghìsola se percató y esperaba. Él, entonces, cuando se dio cuenta de que ella lo sabía, le dijo:

—¿Por qué te lo pusiste?

Ella se sonrojó y pareció que quisiera proteger el corazoncito.

—¿Te lo compraste o te lo regalaron?

—Es un regalo.

—Dime quién. Dímelo de inmediato.

Él se detuvo frente a ella, y la obligó a hacer lo mismo.

—Mi hermana Lucía.

—¿Hace cuánto?

—Hace un año, cuando me visitó.

—¿Y te quiere?

—Ella sí, pero yo no.

—¿Por qué?

—No lo sé...

—¿Por qué? Dime. ¡Te lo ordeno!

—No lo sé. No tenemos el mismo carácter.

Él pensó que podía ser verdad, porque tampoco se parecían físicamente; y sintió placer. Pero no obstante igual sentía celos de la hermana. Y le dijo:

—Yo te voy a comprar uno; y te pondrás el mío. Es decir, el que será tuyo, porque ya nada es mío. ¿Estás contenta?

Ella en verdad tenían ganas de reír; pero, ciertamente, no era el momento. En cambió volvió sobre sus pasos sin decir nada. Y como se puso a caminar a prisa, como si se le hubiera hecho tarde, él preguntó:

—¿Te espera esa mujer?

—Sí, fuimos imprudentes.

—¿Pero por qué dices eso, si yo en verdad te amo? Tú no tienes de qué preocuparte.

Ella sonrió, y alargó el paso sin responderle.

Pietro dejó que llegara sola a la plaza; luego, fingiendo esperar a alguien, caminó alrededor. ¡Pero no había nadie! Vio a un perro que escapaba con la espalda hue-suda, y arqueado.

Por la calle Grassina, observó una colinita de un verde pálido y descolorido, colmada de olivos; con cipreses por aquí y por allá, mezclados, sutiles.

Al llegar a la esquina del tranvía, él se subió. Cuando levantó la mirada ya estaba adentro de Florencia, un poco adelante de la Barrera, en el Lungarno resplandeciente, y vio desde ese punto todos los campanarios juntos.

*

Pietro se conmovía hasta pensar: “Incluso si fuera deshonesto por la necesidad de no pasar hambre, yo no me podría aprovechar. Lloraría. La ayudaría a que cambiara. Alguien, entonces, podría encariñarse y casarse con ella. Pero me lo habría dicho. ¿Por qué no me lo habría de decir?”.

Y, a diferencia de la duda, le parecía de una pureza admirable. Entonces se ponía celoso y lloraba. “¡Debe ser mía! ¡Yo la quiero amar! ¿Por qué no debería amarla?”. ¿Acaso no era también su obligación moral? ¿Pero cómo tenía que encontrar la forma de sentirse mejor que en casa de su padre? Ghìsola le había dicho:

–Es rico; todo depende de él. Pero seguro que él no querrá.

Domenico, cuando Pietro, a su regreso de Florencia, le dijo que estaba enamorado de Ghìsola y que, de estar de acuerdo él, había decidido casarse con ella, ni siquiera le respondió; pero se enfureció con él como el zorro cuando le prenden fuego a su guarida.

Sobre los exámenes ambos callaron. Pietro para no contrale la verdad, y Domenico para intentar que ya no pensara en ello, pero con ganas de azotarlo contra la pared como una almohada.



Pietro regresaba a solas de sus larguísimas caminatas por el campo, después de incluso pedirle consejo al aire. A veces le había parecido imposible que Ghìsola hubiera amado a alguien más, porque habría contaminado su belleza. ¡Ante todo él era un celoso!

En ocasiones se decía: “¿En serio estoy en Siena? No me parece la misma. Ciertamente, su cielo ahora es más azul que antes: en el pasado no era así”. Notó que en el verano, al anochecer, en la Piazza del Campo permanece una luz pálida y tibia, un resabio del mediodía; similar a la luz de una linterna, que ilumina solamente allá adentro; mientras las personas, que atraviesan ese espacio, parecen lejanas en el tiempo, con un silencio indefinible.

“Cuando también esté Ghíssola, le diré lo que siento”.

Todas las mañanas se despertaba con un suspiro. ¡Y cómo recordaba con claridad los sueños!

Pero sin Ghìsola no podía vivir; y, hacia la mitad de agosto, se decidió a ir por ella, para que regresara a Radda a esperar su boda; un año quizás, un año y medio a lo más. ¿Por qué no le habrían dado permiso? Mientras tanto, al mantenerla en Radda, se sentía más seguro en relación con ella.

A Rebecca le pidió prestado el dinero para el viaje.

Pero en Florencia, en esas pocas horas, le parecía seguir en Siena, en la cima de la Via di Camporeggio, donde había ido todos los días cuando estudiaba en la

escuela técnica. Es breve la distancia entre la cúpula tosca y rojiza de San Domenico y las casas que se trepan desordenadamente, una vez más, en todas direcciones alrededor de la Catedral, deteniéndose a sus faldas cuando están a punto de tocarla; pero, mirando desde allí la profundidad vacía de Fontebranda, se siente cortar la respiración.

El Hospital, de muros altos, rojo bermejo, lo veía tornarse del color de la tierra quemada; el turquesa del cielo, pardo. Y luego las primeras estrellas, aquí y allá, tan desperdigadas que le provocaban angustia.

Los callejones, similares a grietas y arcilla enormes, se ennegrecían.

Entre los jardines y los huertos, uno más alto que el otro, encerrados dentro de los muros rectangulares, que frecuentemente se parecen a las ensenadas o a los promontorios de las colinas, y continuando sus pendientes desiguales, el destello de la noche le parecía que cayera como cuando llueve a cántaros.

Un borracho comenzaba a cantar y luego paraba. La Costaccia como la valla de un abismo, y el Costone casi en picada; con su arco pesado y ancho que se mantiene fijo para que encima pase otra calle, ascienden transversalmente hacia las casas.

No hay dos techos de la misma altura, incluso si están pegados. Corazones pequeños y grandes de casas que se ensanchan paralelamente oblicuos y chuecos: algunas veces las casas están en dos o tres ángulos, uno adentro del otro, en círculos, en nudos, apretujadas juntas, mezcladas,

enmarañadas, con curvas rotas o hechas trizas, siempre con imprevistos cambios; obedeciendo a las formas de las colinas, en las pendientes y en las esquinas de las calles, en las plazas que desde lo alto parecen agujeros.

De golpe, una separación entre dos casas, y luego las demás que se aferran y todavía se sostienen, con fuerza, empujándose y descendiendo, y luego ascendiendo y girando para desaparecer con rapidez detrás de las que tienen un movimiento muy distinto y que se dirigen desde la parte opuesta; van en salida; pero también éstas se interrumpen casi de inmediato para volverse un conjunto de rayos más extenso, irregular, completamente plano o torcido; dentro del que se meten y se abalanzan casas, de costado, transversalmente, como lo logran y pueden; impulsadas por otras que tienen el efecto de querer acomodarse mejor y encajar, cada una por su cuenta.

Las casas, muy bajas, a punto de hundirse en el campo, desde Porta Oville, desde Fontebranda, desde Tufi, sostienen a las que tienen a sus costados, las contienen de sus ganas de desperdigarse; los puntos más altos son como llamados a las casas obligadas a obedecer para no quedarse demasiado solas.

En las partes más altas parece que hay un barullo impetuoso, en las más bajas las casas se precipitan una encima de la otra; como deslaves. O se pueden contar hasta diez hileras de techos, muy largas, cada vez más largas; al lado, otras hileras que van en sentido perpendicular en relación con las primeras.

La Torre del Mangia sobresale en las alturas plácida fuera de toda esa confusión.

Y alrededor de la ciudad, los olivos y los cipreses se acomodan entre las casas; como si, venidos del campo, ya no quisieran volver sobre sus pasos.

Pero le parecía que lo perseguía su padre, a pesar de que lo tranquilizara el campanario de Giotto, Santa Maria del Fiore, esas calles que conocía, ya recorridas en esa especie de perdición cada vez más encarnizada. Tenía ganas de volver a hablar con alguno de sus compañeros, de explicarle el equívoco sucedido, y como si estuviera perdido por una razón que no sabía explicar; por más que le disgustara mantener secretos también ahora que sentía la necesidad exquisita de tener algo que esconder; algo que quizás era como su propia alma.

Un vendedor de limones, bajo una sombrilla verde de varillas de madera, estaba sentado al inicio del Ponte alle Grazie. Algunos cargadores y personas indefinibles dormitaban apoyados en la barda de la orilla.

Una alondra voló desde los árboles de San Miniato, hacia Cascine, como una centella.

Yendo hacia la Piazza della Signoria, fresca y húmeda, se volvía a ver gente: más aglomerada en Via Calzaioli y en la Piazza del Duomo. Al fondo en Via Cavour, el monte Fiesole; alto y verde.

En Badia, cuando bajó del tranvía, Pietro se sonrojó en cuanto no hubo nadie. Y escrutó bajo las persianas, para distinguir un rostro que observaba la calle: solamente arbustos de geranios polvorientos.

Fue precisamente Ghìsola quien le abrió la puerta, sin embargo, no lo dejó entrar, a él de inmediato le dolió que no se hubiera ido a Radda; y ella respondió que lo esperaba a él y primero quería estar segura de que sus padres la habrían aceptado de nuevo gustosos en casa.

Le era inexplicable la sensación de conocerla desde hace tanto tiempo.

–¿Y por qué no? ¿Te tienen mala voluntad?

–Yo no me siento a gusto.

Le pareció congruente que respondiera de esa manera y no de otra. La acarició, suplicándole:

–No me lo puedes negar; tienes que esperarme en tu casa. Me harás feliz.

Luego pensó: “¿Por qué le pido que lo haga?”.

–Si tú quieres...

Visto que ella estaba por obedecer, solicitó:

–Entonces, ven conmigo a Siena.

Ella sonrió y le hizo un gesto de guardar silencio.

Estaba convencido de que tenía que sentir una gran dulzura obedeciéndolo; pero Ghìsola, que tenía ganas de bromear, sobre todo, le preguntó:

–¿Te gusto menos?

–¿Por qué me gustarías menos?

Y le acarició todo el rostro: ella se apartó y le miró la punta de los dedos.

–¿Por qué no quieres? Te espero en la calle, por el rumbo de Badia.

–Allá te veo. Ahora, vete.

Le besó ambas manos, sosteniéndolas al mismo tiempo, mientras ella retrocedía, casi cerrándole la puerta en la cara.

Y él pensaba, al bajar las escaleras: “Ha sufrido. Sufre porque tiene que estar en una casa que no es la suya. Sus padres, quizás, ya no le han escrito; sus familiares le tenían envidia. La veo más sensual; pero debo seguir respetándola, incluso más; después, la odiaría”.

Por el contrario, no le hizo caso sobre poder marcharse de allí como él le había dicho apenas.

El señor Alberto se había metido en una empresa fallida; y desde dos semanas atrás nadie lo había visto, ni siquiera ella, que iba a buscarlo, de vez en cuando, una media hora, en el despacho de uno de sus abogados donde de cualquier modo pasaba todo su tiempo. Él le había suplicado que se regresara a Radda, hasta que ese juicio hubiera concluido; también para que los familiares de su esposa, que estaban entre los testigos, no incrementaran la tensión.

Ya no le daba dinero; y, en más de una ocasión, Ghisola había tenido que empezar a conformarse a solo comer pan acompañado de alguna fruta. Pero, por no querer regresar a casa y no tener a dónde ir, esperaba antes de decidirse a algo.

Así, por lo tanto, después de la visita de Pietro, no le quedaba más que encargarle a Beatrice que la despidiera de su amigo, rogándole que no se olvidara de ella.

Sin embargo, para recordarle que Pietro la esperaba, necesitó que Beatrice usara otras persuasiones; a las

que, evidentemente, el patrón había recurrido para esta misma situación.

La mujer la abrazó llorando; con una ternura que la hizo sonreír, con lágrimas en los ojos.

*

Pietro, lejos de la puerta, a cada paso que escuchaba esperaba que estuviera Ghìsola; finalmente, la vio.

No pronunciaron palabra alguna: había entre ambos una especie de hostilidad respetuosa. Ella miraba a su alrededor; y él siempre seguía sus ojos que lo evitaban, a pesar de que parecía que de todas formas lo observarían. Sin embargo, por las pocas palabras que habían querido intercambiar, sintieron que desvanecía su reticencia.

Cuando el tranvía se detuvo, subieron.

Ella llevaba un sombrero de paja, con un solo listón de terciopelo negro; un velo claro en el rostro, los guantes de hilo blanco. Pietro se percató de esa elegancia vulgar; y porque eso lo conmovió, le tocó una mano. Él, ciertamente, casado con ella, la habría mandado vestir mejor. Pero todos la observaban; y él se alegraba por ella.

Fueron rápidamente desde la Piazza del Duomo a la estación, porque faltaba poco tiempo para la partida del tren. En las calles la multitud los hacía conscientes de sí mismos y de su decisión, como si se conmocionaran. Y, entonces, se miraban a los ojos. Pero tomaron el mismo tren a Siena; casi sin cruzar palabra. Solamente cuando su vagón se vació él le dijo:

—¿Por qué no te levantas el velo?

Y agregó en voz baja:

—Te veré mejor.

Ella obedeció; y se sentaron el uno enfrente del otro.

—Si quieres descansar, me acerco a ti. ¿Quieres apoyar tu cabeza en mi hombro?

—No importa.

Se sentían unidos por sus miradas, como por sus propias almas; que parecían pesadas.

¡Todo el campo se movía, se movía mucho! Parecía que Pietro lo rehuyera y ya no lo quisiera comprender; es más, que lo desaprobaba. Y entonces tenía más necesidad de amar a Ghìsola.

Pero el día languidecía como su exaltación: la mañana, en el sol claro, le pareció que los vagones estuvieran por incendiarse y consumirse en llamas; ahora, le parecía, en cada estación, que tuvieran miedo de permanecer en los andenes, completamente entrelazados, rectos y curvos; que reflejaban una triste luz muerta llevándola consigo a la obscuridad de las lejanías diáfanas. El campo cambiaba como sus estados mentales; pero no le pertenecía.

En Poggibonsi, un tren, alejándose, se hizo poco a poco más corto, hasta que no quedó sino el último vagón visto desde atrás; y ya no se sabía si estaba quieto o si estaba en marcha; como algunas de sus ilusiones. Los vagones que iban de arriba abajo, arrastrados, con las ruedas que giraban con un movimiento igual una después de la otra sobre los mismos rieles, y los vagones

de un tren comercial pintado de rojo, como los números blancos, sellados, pacientes, casi lo hicieron llorar. ¡Todos azotaban su alma, la despedazaban!

Él se sintió definitivamente solo y abandonado y no recordó más a Ghìsola que, sentada frente a él, lo observaba con aguda curiosidad; y entonces sus ojos tenían una inmovilidad fascinante.

Cuando él, después de haber suspirado, vio los de ella así, exclamó:

—¡Hoy me quieres más!

Ella lo contempló con desprecio; pero bajó con rapidez los párpados, para esconder la mirada: sentía que se la arrebatada con el alma.

El joven, sin entender, esperó a que hablara ella, ahora.

Entonces Ghìsola le pidió que se sentara a su lado; se tomaron de la mano.

La gente que subía y bajaba del tren, las señalizaciones de las estaciones aumentaban el tedio de ella.

En Siena, rechazó ir a la casa de su tía.

—¿Pero por qué no quieres?

—Me va a hacer muchas preguntas: yo a los demás no les quiero contar nada sobre mí.

¡Ella lograba vivir como quería! La percibía fuerte e independiente. Pero para asegurarse de que no lo hacía para ocultarle algo, le dijo:

—Haces mal: es tu tía.

—¿Y si me hospedara en un hotel?

—Viéndote sola pensarían mal de ti.

—¿Pero acaso no sabes que soy tuya?

E insistió con un tono de voz casi infantil, con algunas muecas; tocándolo con su abanico en un brazo:

—Sí: dame el gusto. Siempre quieres hacerlo a tu manera. ¿A poco hoy no le vas a dar el gusto a tu Ghìsola?

Querían decidirse, porque el camino a la fonda era breve y estaba oscureciendo.

Vieron, detrás de la basílica de San Francesco, una hilera baja de nubes como el fuego.

Alguien frenaba el paso para verlos mejor, y entonces caminaban más rápido.

Del lado izquierdo se descubrió una parte de Siena, con la iglesia de la Madonna di Provenzani. Todas las casas parecían muy juntas.

Ambos, sin darse cuenta, dejaron de hablar. La Via Vallerozzi parecía una escalinata de techos anchos hasta la antigua Rocca dei Salimbeni; cuyo espolón estaba cubierto por la sombra negra de un abeto enorme. Más allá, quién sabe dónde, la punta de la Torre del Magia; y, más lejos, la cúpula de la Madonna di Provenzano, casi encerrada dentro de otro conjunto de casas. Mientras los techos de las tres calles, que se unían junto a Porta Oville, descendían, pendiendo todas del mismo lado; como si las casas no pudieran estar rectas. Un tramo de una de las calles asemejaba un abismo pedregoso; y una mujer, quieta, parecía atrapada allí.

Todos esos techos, en un ángulo, se aplanaban; y en la casa más baja, la última, se apoyaba la hilera con las demás.

Pietro, interrumpiendo la distracción, le sacudió una mano y retomó:

–Disculpa si no quiero... pero hazme caso.

Ella se impacientó y se detuvo de nuevo.

–Escúchame... pensé en llevarte a comer con mi padre. Yo le dije que iba a Poggibonsi, donde tengo un amigo; y le voy a inventar que te encontré en el tren.

Ella esperó a que alguien dejara de observarla, y luego respondió:

–¿Nos va a creer?

La curiosidad de los transeúntes la avergonzaba con molestia, con tedio penoso.

–¡Claro que sí!

Ghìsola permaneció mucho tiempo con la cabeza agachada, no para reflexionar, sino para forzarse en no pensar en otra cosa; y luego respondió:

–No me gusta la idea.

Guardaron silencio porque se sintieron a punto de discutir; luego él, después de uno de esos silencios donde se escuchan todas las cosas, la tomó del brazo hasta la entrada de la fonda.

Domenico, cuando los vio entrar, saludó a Ghìsola pero sin acercarse; y creyó por completo la historia de Pietro; que, por otra parte, nunca había mentido.

El marido de Rebecca, con un plato en mano, se detuvo y le dijo:

–En cuanto les haya servido a estos señores, le aviso a tu tía.

Ghìsola, al ver que su tía podía servirle de excusa sobre su visita a Siena, se lo agradeció.

Domenico, que estaba de buen humor, después de verla sonriendo, tan irreconocible de cuando vivía en Poggio a' Meli, fue a la cocina; y como si se hubiera tratado de comensales, ordenó en voz alta la cena para Pietro y para ella. Pero también agregó para que lo entendieran de inmediato:

—¡Ellos no pagan!

Ghìsola, desenvuelta, se puso a reír; y le disgustó solo por orgullo que Domenico la tratara por lo que era; pero Pietro la hizo enfurecer. ¡Para nada era astuto, y no contaba nada en su propia casa!

Para dar a entender que no tenía necesidad de comer en la fonda, no quería sentarse a la mesa; pero Pietro le suplicó, en voz baja, no insistir; y le dijo que mañana habría aclarado la situación.

Domenico, que iba y venía de la cocina a la habitación donde estaban ellos, con las manos en los bolsillos y cabizbajo, sin nunca verlos, salió y fue a desahogarse con su amigo el boticario; un hijito no debía llevar a la casa a las amantes, aunque le hiciera bien hacer su voluntad ahora que estaba joven. Pero el boticario se rio de su enojo y le dijo que lo dejara divertirse, ya que se trataba de una muchacha guapa.

Ghìsola, al comer, nunca alzó la cabeza; parecía que tenía poco apetito. Pero Pietro le pisaba ligeramente los pies y le decía cualquier cosa para que se esfumara

su malhumor. Luego dejó que hablara en la fonda con su prima Rosaura, junto a la bodega, donde había menos luz. Y Ghìsola acompañada por ella fue a buscar a su tía, contándole una retahíla de hábiles mentiras, con la apariencia más ingenua que había. Rebecca le dijo:

—Esta noche, no tengo dónde acomodarte para que duermas. Dormirás con tu prima, si al patrón le parece.

¡Ghìsola volvió a bajar y entró en la bodega, con curiosidad de ver cómo iba terminar el asunto!

Ya estaba próxima la medianoche; y las mesas de la fonda escombradas. Los cocineros dormitaban apoyados en el tronco del carnicero. Los hornos se apagaban: como si también las brasas de adormentaran. Todas las luces estaban tenues; y la fonda colmada de ese hedor repugnante de tantos alimentos juntos.

En un bote cerca de la tinaja, las cáscaras de las frutas y las sobras.

De repente la noche se hizo más oscura y llovió algunos minutos: una de esas lluvias que evidencian nuestro malhumor, como las que remueven las inmundicias acumuladas en medio del campo.

A Ghìsola, presa del cansancio y del sueño, le pareció que lloviera en su alma, pero no lograba separar todo lo que había. Aun así, sentía que se sofocaba.

Un relámpago, silencioso, se encendió entre las nubes.

Entonces, ella sintió que habría vuelto a percibir esa lluvia en algún sueño. Evitaba pensarlo, para estar atenta de lo que ocurría a su alrededor y de lo que decían.

Domenico, al despertarse en el canapé donde desde hace un tiempo dormía un par de horas antes de irse a la cama, ordenó:

–Cierren la puerta.

Era evidente su enojo; tanto que Rosaura no le dijo de buena gana:

–Yo voy a la casa para traerle unas sábanas a Ghìsola.

Domenico no asintió ni negó; y se volteó del lado contrario cuando Ghìsola pasando con rapidez cerca de él, casi por provocación, se despidió.

El cuarto de Rosaura estaba tan estrecho que, al recostarse en una de sus camas, se podía tocar una viga. Una ventana pequeñísima, en la pared con más de un metro de anchura, daba hacia un patio angosto y húmedo incluso durante el verano.

Tendió la cama, Ghìsola quitándose la chaqueta preguntó:

–¿Dónde duerme Pietro?

–En el mismo cuarto de siempre desde que era niño. ¿Pero quieres ir a verlo? ¡Qué brazos tan gruesos tienes!

–¡Tienta cómo he engordado!

Se dejó pellizcar de una cadera, y luego se fue.

Reconociendo bien la casa, avanzó casi de puntillas, atravesando la estancia principal y luego la sala menos oscura porque entraba la luz eléctrica de la calle.

La puerta del cuarto de Pietro estaba abierta porque tenía que pasar Domenico para ir a la suya. Ella vio la mesita con los libros, la cómoda con el espejo que

brillaba. Y siguió hasta la cama acomodada junto a una pared: Pietro dormía.

Entonces se inclinó y comenzó a besarlo en la boca. Él, sin terminar de despertar, se agitó; y exclamó en voz alta:
—¡Eres tú, Ghìsola!

*

Pietro no comprendía algunos rencores de Ghìsola, que parecían caprichos, en contra de sus familiares. Y se quejó con Rebecca, aconsejándole regañar a su sobrina. También le dijo:

—Es necesario que aprenda a leer, al menos; me lo prometió.

Pero Ghìsola sabía que algo se podía olvidar hablando de otro tema.

Se imaginó que estaba ofendida a causa de Domenico, por la fonda y por todo lo demás; y que quería encontrar la forma de alejarse de inmediato. Ya le había dicho a la mañana siguiente de su llegada:

—¿Y tú piensas que voy a querer vivir con tu padre, aunque me quisiera?

Pietro sintió que no tenía nada que prometerle y dijo:

—Cuando termine por convencerse, como yo, de que todo lo que dicen es falso, te respetaré. ¿Por qué no habría de respetarte, por qué impediría que me case contigo?

Y la sujetaba de un brazo; pero ella sabiendo que cada vez era más imposible, respondió:

—Me odia. Y no quiere que nos amemos. ¿No recuerdas que me corrió de Poggio a' Meli cuando se dio cuenta de que ya en ese momento nos queríamos?

Todos sus proyectos se tornaron ridículos, al igual que antes le habían parecido serios, uno más que otro; y Pietro convino que hubiera dejado que se fuera adonde quisiera: ¡sentía remordimiento por mandarla a Radda! Y ni si quiera osó agarrarla del brazo.

Ghìsola, sabiendo que no podía quedarse más de dos o tres días, ya no se tomaba nada en serio; y en seguida le hizo saber a Domenico que se habría marchado. En compañía de Pietro, fue a Poggio a' Meli, con sus abuelos; y fue así como no volvió a poner un pie en la fonda.

*

Los olivos habían adquirido un hermoso velo blanco, que se iluminaba por las luciérnagas. Mientras que, en los montes negros de Chianti, los relámpagos aparecían y desaparecían como una luz líquida pero densa.

Ghìsola estaba sola en la barda del patio. Masa y las otras esposas de los trabajadores, en el claro de luna, aumentaban su enojo. Y le parecía que el claro de luna permaneciera pegado en sus ropas y lo arrastraran a cuestras al moverse. ¡Lejos de ellas, sin que siquiera recordaran que vivía, esas desgraciadas sucias como también había estado ella!

Se recostó en la barda; con un estremecimiento convulso. Miró una estrella más grande que el resto; y le

pareció que girara en círculos y luego saltara de aquí para allá; sintiendo que, al ritmo de ese movimiento, le arrancara las sienes.

Creyendo enloquecer, sacudió con fuerza la cabeza y se restregó los ojos.

Luego las mujeres volvieron a entrar a la casa; y entonces se volvió a sentar y observó las puertas: en la sombra estaba casi la mitad del patio hasta el pozo, y un pórtico en forma de arco bajo el que estaba una carreta; pero le parecía que solamente fueran colores de otras sombras.

La barda era la misma de cuando, con alguna compañera, días enteros, aplastaba moscas en sus rodillas. ¡Cómo se reían juntas, cuando por la calle pasaba alguien!

El pozo la atemorizó; como si jalara hacia abajo, dentro del agua, a ella y a toda la luna. Luego pensando que esa luz también estaba sobre su rostro, lo cubrió con sus manos y permaneció así.

Poco después escuchó que alguien caminaba por el patio en dirección a ella: ciertamente, iba descalzo. Pero ella no se movió; imaginaba no poder moverse; aunque sabía que no era verdad. Entonces, Carlo se sentó a su lado; primero tosió, y un segundo después colocó una de sus manos en sus pechos.

Ella levantó la cara sin mirarlo, se rio y entró en la casa.

Carlo tuvo la impresión de haber visto esa risa, y no a la muchacha.

*

Pietro llegó poco después a la reja abierta; y, antes de entrar a la casa de Giacco, se detuvo a mirar la luna que parecía que había salido en ese momento de las ventanas que estaban en la parte trasera de la casa.

Pensó que también los trabajadores habrían admirado su amor por una campesina, por una que era de ellos.

Él y Ghìsola se pasearon por el camino del campo, que desde el patio llevaba a ese cerezo cerca del que habían cruzado palabra muchos años atrás. El recuerdo parecía todavía estar allí, bajo el follaje.

Ghìsola estaba nerviosa y pronta a entregarse por completo. Estaba por decirle: “¿Por qué no te das cuenta?”. Pero Pietro estaba en un éxtasis que aumentaba. Casi le parecía caminar soñando. Decía:

—¿Por qué dejas de mirarme?

De hecho, ella solamente lo observaba de reojo, y lo habría dejado allí solo gustosa. Pero, dominándose como cuando se había recostado en la barda, arremedando su voz, se detuvo para mirar el cielo. Él, creyéndole, exclamó:

—¡Una noche así jamás la volveremos a ver! ¡Las estrellas incluso brillan dentro de tus ojos! ¡Las puedo ver!

Y la besó pausadamente. Ella movió su cabeza, apartándose. ¿Estaba loco? Hacía que otra vez se detuviera; gritaba de alegría. Ghìsola, fuera de sí por el goce, era como un ánfora que al final se abre del todo por una abertura. Y no se contuvo de decirle:

—¡Ojalá fueras un hombre!

Pietro le respondió como si lo hiciera a sí mismo:

—¡Yo te quiero!

Y como también su éxtasis se tornaba sensual, quiso retroceder: ¡Ghìsola ni siquiera se había percatado!

Masa esperaba en la cima del camino, con las manos en las caderas, inquieta por todas las insinuaciones alegres de los trabajadores sentados alrededor del patio. Giacco se había metido a la casa, disgustado de tener que dejar encendido por mucho tiempo la lámpara de aceite, contra la que se aventaba una mariposa cuyo cuerpo era tan grande como un dedo. El rumor de sus alas, que de cuando en cuando se debatían, le hacía alzar la cabeza y luego mirar hacia la puerta entreabierta.

Pietro y Ghìsola se separaron de su abrazo, al rozar el patio; mientras Masa dijo en voz baja:

—No vayan lejos.

Los trabajadores guardaron silencio a propósito; también por consideración con el hijo del patrón; y se veían sus rostros que parecían líneas en el claro de luna.

El andamio del pajar había permanecido recargado en un tilo.

¡En Poggio a' Meli había diversión!

Fuera de la reja, los dos jóvenes se tomaron de nuevo de las manos.

Las luciérnagas, innumerables entre las copas pálidas de los olivos, parecían aumentar continuamente: las luciérnagas que, a veces, se quedaban pegadas en las manos como si estuvieran pegajosas.

Comenzaron a besarse, ella apoyándose en la barda de madera, y él apretándose a ella; escondidos en la sombra de los arbustos. Pero, de golpe, Pietro se percató de que movía con demasiada voluptuosidad los muslos: se separó y se lo reprochó.

Masa, que cada vez era más intolerante, después de permanecer en medio del patio, tapándose la boca para no responderle a los trabajadores que la escuchaban a su pesar, los llamó en ese instante; y Pietro y Ghisola fueron a la casa.

Uno de los trabajadores, invadido por un jolgorio desenfrenado, se rascaba fuerte la cabeza. Carlo, inclinado con las manos en las rodillas, se botaba de la risa todas las veces que veía de reojo a Masa; y dentro de una mano le parecía sostener lo que había tocado.

Las habladurías, que dijeron, duraron más de un mes.

Carlo permaneció un poco de tiempo espiando desde su puerta el regreso de ambos, porque se negaba a irse a la cama sin haberle hablado a Ghisola.

Pero Ghisola le propuso a la hija de un trabajador que los acompañara hasta el poblado; así, después, a su regreso, no habría tenido que emprender el camino sola.

Caminaron agarrados del brazo; mientras la otra muchacha, no osando acercarse demasiado, se mantenía distante. Pero, al voltear, la veían sonreír atenta y agitada; y, luego, casi conmovida.

Antes de separarse, se dieron más besos. Entonces la muchacha, que se había tapado la cara con ambas

manos, mirándolos a través de los dedos, se tiró medio del camino y rodó en la tierra. Luego gritó, como si hubiera estado sola:

—¡Ay, pero qué hago!

*

—Vístete.

La encontró en la habitación con los brazos desnudos, quería que se apresurara a ponerse de nuevo la chaqueta rosa; y esperaba besarla. Luego le dijo:

—Así me gustas más. De otra forma, no te podía besar. ¡Lo sabes!

Ella habría tomado una diligencia para Radda.

Las cosas se habían quedado en el mismo punto: Domenico había pretendido no hacerles caso a Pietro y a Ghìsola, sabiéndose contener, seguro de que el tiempo estaría a su favor; y las pláticas sobre el tema no las había refutado: Pietro no había encontrado ninguna manera de apresurar la boda.

Masa salía y entraba, echándoles un vistazo a ellos y al patio; para ver si los trabajadores estaban allí curioseando. Temía más que nunca sus habladurías; no veía la hora de que Ghìsola se marchara, por consideración al patrón.

Ella no se sentía digna de que su nieta se convirtiera en la esposa de Pietro: ¡era algo que superaba todas sus expectativas! Ni siquiera se atrevía a darle las gracias

a Dios, porque temía que la castigara por su enorme felicidad; y ¡además, primero quería estar segura! En otras ocasiones había dicho:

—No se le puede pedir a Dios algo, de lo que no somos dignos.

Pietro le acercó a Ghìsola el peine, luego le abotonó el vestido por la espalda. Ella, después del último botón, se volteó, y pidió que la besara de nuevo.

Y como todavía había tiempo, se recostó en la cama donde había dormido de chica. Su rostro se endureció, hasta adoptar un aire de angustia siniestra. Rechazó todas las caricias de Pietro; ya no quiso que la besara, ni siquiera le respondió; no importando lo que él quisiera decir; frunciendo el ceño confundida, con la boca llena de furia.

Masa dijo:

—¿Te sientes mal? ¿Qué tienes?

Ella aventó la cabeza hacia atrás, casi como si su cuello se endureciera. Pietro la tomó de las manos:

—No es nada. Se te va a pasar. ¿Pero qué tienes? Déjala en paz, Masa.

Ghìsola los observaba a ambos, ora a uno ora a la otra. Pietro le besó los pies: ella los escondió bajo la falda. ¿Era el disgusto de marcharse? Pero era igual que otras veces; desde que se había acostumbrado a tocar sus pertenencias; un listón, un alfiler; y también su brazalete de plata. ¡Y le parecía imposible que hubiera podido intercambiar con alguien una de sus alhajas!

Ghìsola habría querido dejar de moverse; creía poder permanecer en esa postura un tiempo indefinible, quizás para siempre.

Pietro y Masa, así alrededor de ella, le producían un escalofrío. Y los hubiera agarrado a patadas.

Cuando Pietro la obligó a levantarse, diciéndole que de lo contrario habría perdido la diligencia, ella volvió a sentir unas ganas inmensas de hablar con ternura; y su boca hizo una mueca maldosa, pero con gracia.

Se calmó mientras se acercaban al lugar donde tenía que pasar la diligencia. Caminaba con las piernas que le temblaban, haciendo que chocara a cada paso su sombrillita en una de sus rodillas. Recargándose en Masa y Pietro, adquirió un aire infantil.

Masa seguía pensando en los trabajadores y en que la casa se había quedado abierta; miraba hacia atrás, torciendo los labios.

La diligencia se demoraba. Entonces la vieja, poniendo las manos en el vientre, se fue, después de decir:

—¡Esperemos que todo vaya bien!

Pero Ghìsola ni siquiera se despidió de ella. Y se apartó de Pietro, que nunca dejaba de observarla.

En los ventanales del Palazzo dei Diavoli no había nadie. Antes de llegar, había visto el patio de un campesino completamente ocupado por un montón de pilas de grano. Y le parecía que desde el techo de la casa chorreara hacia abajo la luz del sol y rebotara en la tierra en un círculo de flamas.

Pero, desde donde se habían detenido, vieron, encima de una colina alta, Vico Bello entre sus árboles circundados por un muro: toda la colina estaba verde por el maíz, mientras que los olivos parecían incoloros y transparentes. Las hileras de vides engrandecidas por sus propias sombras.

Un mendigo se sentó en las escaleras de la capilla; ellos también estaban en el atrio: se lo señalaron, sonriendo por haber pensado lo mismo; y esperaron a que comenzara a comer el pan que aferraba con ambas manos.

La diligencia llegó. Dentro, estaba una mujer y un campesino con el rostro demacrado y la barba crecida: un enfermo que la esposa había recogido del hospital. Ella sostenía a su lado un pañuelo rojo, lleno de medicinas; la mujer sostenía en sus rodillas un chal gris que se habría puesto en la noche. El hombre tenía la mirada nublada, y parecía estar incómodo; como si hubiera querido que la diligencia no se detuviera, esperando que algo los molestara.

Las cortinas, abajo para tapar el sol, ondeaban.

El caballo se había detenido con un movimiento brusco, replegando las patas hacia atrás. Era largo y esbelto: uno de esos caballos con la cabeza alta y las mandíbulas enormes. Entre las correas, en las que brillaban los botones de latón, todas sus costillas se dilataban al respirar. Un hilo de avena se quedó entre sus labios arrugados, ensartado entre las comisuras. Se sostenía, apoyándose en los postes. Apeataba a sudor.

Pietro abrió la puerta de la diligencia, en la que estaba grabado el escudo de correos. Ghìsola subió, cabizbaja. Luego le dio a entender que quería que la besara; y Pietro la besó; pero le habría dicho: “¡Aquí no!”. Ella sonrió, para sí, de él; mientras la diligencia se movía.

Después de darle un vistazo a los dos que estaban sentados frente a ella, como si al inicio ni siquiera los hubiera notado, agachó de nuevo la cabeza y empalideció: se había sentido quebrantada por la maternidad.

Pietro, con una angustia casi mortal, esperó en vano que volteara a verlo.

*

Por septiembre, fue a buscarla a Radda.

Este pueblo, cuyo cúmulo de casas todavía se puede ver, antes de llegar, por muchos kilómetros al fondo de un bosque, encima de una colinita, es tan silencioso que se escuchan las voces dentro de las casas desde la calle.

Pietro había ido, hasta Castellina, con la carreta de uno de sus conocidos que lo habría esperado hasta la noche para regresarlo a Siena.

De allí a Radda, fue a pie. Atravesó todo el bosque: entre las piedras y los arbustos de enebro, en los encinos, percibía de cuando en cuando el olor dejado por algún rebaño de ovejas.

Vio el tabernáculo pintado de azul, a la orilla del viejo camino abandonado; detrás de tres cipreses pelones, con

los troncos repletos de chipotes. Y en los escombros del muro, que empezaba en ese tabernáculo, pocos metros más adelante estaba completamente caído, hiedra junto a un enorme espino blanco.

Alrededor, los hermosos bosques de las otras colinas; cada vez más tupidos y espesos, de un color que se desvanece hasta volverse transparente.

Encontró Poggiarofani, un lugar donde se detenían los pastores cuando estaban allá arriba. Allí el camino es más alto que en otras partes, muy chueco, hecho de curvas, pendientes y bajadas; entre el Appennino aretino y el monte di Santa Fiora, pero tan distantes que parecen de aire como el horizonte.

Los pájaros, alzándose de repente desde los valles, que se abren por ambas partes, lo rozaban. Y, casi como si no supieran adónde dirigir el vuelo, después de una pirueta, volvían a desaparecer en la profundidad.

Cuando llegó al pueblo, exhausto e irritado, tenía una exaltación que de cuando en cuando disminuía; y entonces las adversidades se asomaban en su alma. Sabía que el padre lo habría reprendido y que casi todos habrían pensado que iba a buscar a Ghisola porque se entregaba a él.

Después de las primeras casas, dejó que pasara una carreta tan polvosa que se había tornado blanca.

A una mujer que, al distinguirlo, ya no le había quitado los ojos de encima, mientras que su tinaja, bajo el murmullo de la fuente, rebosaba, preguntó por Ghisola.

Y supo que estaba en casa de Lucia, la hermana mayor que se había casado. Pidió que le mostrara la casa; y, al encontrarla abierta, entró; pero volvió a bajar para tocar.

Ya otras tres mujeres, en el caminito, se habían juntado por la curiosidad de saber quién era. Y, entonces, para evitar sus miradas, se metió sin esperar a que le hubieran respondido.

Lucia, que tiempo atrás lo había conocido en Poggio a' Meli, lo alcanzó en la parte superior de las escaleras. Y él, sin siquiera saludarla, preguntó:

—¿Dónde está Ghìsola?

Si Lucia no hubiera sido su hermana, él se habría enfadado porque de inmediato, casi como si ignorara todo lo que la quería, no se lo había dicho todavía.

Entonces Lucia, al ver su deseo, respondió:

—Está arriba.

Él le contestó enojado:

—Llámala... es más, lo hago yo.

Pero Ghìsola se asomó, después de que primero escuchó sus palabras.

En pocos días se había bronceado; y llevaba una falda andrajosa que tocaba el piso.

Y como ambos permanecían en silencio mirándose, Lucia regresó a la cocina para hacer la comida.

—¿Por qué no estás en casa de tus padres?

Ella lo miró una vez más, sin responder. Luego le preguntó con una sorpresa sincera:

—¿Sigues queriéndome?

Pero él se inquietó y le dijo:

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Por qué habría dejado de amarte?

E intentó asirla de la muñeca: ella con los ojos fijos en el suelo, dejó que lo hiciera, sin preocuparse.

—No te tienes que vestir así... ¿Qué tal que un tipo te ve?

Y lo repitió, para saber cómo iba a responder ella:

—¿Y si te ve un tipo?

Y como Ghìsola guardaba silencio ofendida, Pietro se arrepintió, como cuando le pegan a un animal y luego se dan cuenta de que no había razón para hacerlo.

—Se te ven las piernas... la falda también está abierta.

Esas palabras que no habría querido pronunciar, casi lo hacían llorar. Y para evitar la tentación sensual, la agarró de un brazo para llevarla a su cuarto. Ghìsola se retrajo, para que la soltara: entonces su falda terminó por romperse; y él le vio una cadera. Ella se sonrojó. ¡Él ocultó el rostro abrazándola, para que no se avergonzara de él!

—Te vi... pero no era mi intención.

Ella cerró con una mano la abertura, lista en cambio para quitarse la falda; y le dijo:

—Déjame.

—¿Ahora por qué estás así?

Preguntó Pietro, arrepentido de haberla acariciado en ese momento.

—Yo hago lo que se me da la gana. ¿Por qué viniste a Radda? ¿Viniste a verme a mí? ¡Hay otras muchachas! ¿Tú también te la traes conmigo?

—¡Me estás escondiendo algo!

—Yo siempre, según tú, te oculto algo.

—¿A poco no es verdad? ¿Alguna vez te he hecho un reclamo sin razón?

Se le cerraba la garganta, y él mismo tenía ganas de parar.

—Pero si no te gusta lo que hago, por qué...

—Porque te quiero, ¿no es verdad?

Ella, entonces, se puso a reír, cada vez con más lascivia. Él retomó, con los labios que se iban poniendo más secos:

—¿Si dejara de quererte, quizás no te disgustaría?

Y sorprendido por su silencio, agregó:

—Te perdono. Dame un beso.

Ella volteó hacia él con un movimiento lento y púdico, casi como si temiera conceder demasiado. Luego, cuando estaban por besarse, se retrajo. Pietro le levantó la cara que agachó con más fuerza, con toda su voluntad; y le dijo:

—No llores.

Él temía ver ese temblor interno de los labios, por el cual parece que el llanto llegue como una fuente profunda. Sujetándole todavía con las manos las sienes, dijo, más sumiso, casi encarecidamente, con desesperación:

—Escucha.

Ella lo miró.

—¿Acaso no te quieres casar conmigo?

Ella lo miró todavía; luego, como pudo, hizo el intento por tragarse sus lágrimas. Y como no lloró le pareció tan bondadosa que se conmovió.

Entonces se inclinó y le besó todo el cuello, la obligó a verlo, fascinándose por su mirada.

—¿Por qué tendrías la necesidad de traicionarme?

Y dijo la frase con la garganta destrozada por la repugnancia, con toda su aversión moral.

Ella, sospechando, calló.

Pietro entonces volvió a agarrar su cara con ambas manos, su rostro rígido como el adoquín, lo acomodó de forma que ella tuvo que mirarlo: se retorció como la lagartija cuando se desenrolla y escapa.

—¡Tú pensaste en desaparecer!

Ella le dijo que había adivinado; se liberó de sus manos, le dio la espalda.

Él la examinó por mucho tiempo, cohibido.

Pero ella temerosa de que él fuera capaz de vengarse, se puso dócil; y le sonrió. Él la abrazó y la besó. Y ella le dijo:

—Pero tú no me amas en serio.

Él no comprendió; se abalanzó sobre ella, cuestionándola:

—¿Por qué siempre dices lo mismo?

Sintió un sudor frío; pero procuró calmarse, acariciándola y diciéndole:

—¿Qué yo no te amo?

Entonces ella dijo con calma, sin sentimiento alguno:

—Te vas a casar con otra.

Él empalideció, pero tuvo la fuerza de dar algunos pasos hacia la puerta. Ghìsola, entonces, gritó para ofenderlo:

—¿Me quieres así?

Primero le ofreció sus labios; él dudó, luego dejó que lo inundara esa sensación que lo embriagaba.

Y Ghìsola, que quería entregarse a él para después hacerle creer que la había embarazado, le preguntó:

—¿Por qué me acariciabas hace un momento?

Pietro no quería decírselo. Pero Ghìsola exclamó:

—Lo sé. Adiviné... ¡Ahora me acaricias de otra manera! Tú también me deseas. Es imposible que lo evites. De todas formas, si tú quieres, soy tuya.

Pero Lucia la llamó desde la cocina, y comieron los tres juntos: el marido de su hermana estaba fuera de Radda.

Dos horas después del mediodía, Pietro ya había pensado en marcharse; y se lo dijo a Ghìsola. Pero ella, que lo había olvidado, exclamó con toda la alegría:

—Te quedas a dormir aquí.

—Mi padre me espera. Tú sabes que se ensañaría más contigo.

Ghìsola insistió:

—Duerme aquí. Yo iré a besarte como lo hice la vez pasada en Siena.

Él temió, entonces, que incluso habrían podido dormir juntos; y rechazó. Ghìsola, advirtiéndolo, preguntó:

—¿Convivimos de día, sin hacer nada de malo?

—Te juro que me respetarás, porque tú no quieres...

—No, primero debes de ser mi esposa. Soy yo quien te lo dice, porque te quiero.

Pero ella, con la carne embebida de deseo, como una esponja de aceite, entró en otra habitación, cerrando la

puerta detrás de sí. Apareció casi en seguida, mientras él ya no sabía si esperarla o marcharse. Él le dijo, con una voz casi llorosa, imitando la suya:

—Pronto estaremos juntos. Ahora hagamos este sacrificio. Debemos.

La sacudió, sujetándola de la cintura:

—Respóndeme.

Ghìsola escondió su rostro en el vestido, fingiendo un candor tan natural que habría engañado a cualquiera.

—¿Por qué escondes la cara? No lo hagas. No quiero.

Bajaron, agarrando con fuerza sus manos; y como ella adoptó un aire tímido y pudoroso, él sintió compasión de ella, y le pareció imposible haber sido capaz de reclamarle.

Al fondo de las escaleras, Ghìsola se apoyó en la puerta. Él puso un pie en la calle, y esperó alguna palabra; pero como parecía que ya no pensaba ni siquiera en él, no dijo más, y se dirigió con pasos lentos fuera del pueblo; y más de una vez habría querido regresarse.

Ghìsola se abrazó, y miró el lugar donde él había estado; y con las manos, que tenía juntas apoyadas en la orilla de la puerta, empujó hacia delante todo su cuerpo, separándose. Luego, volvió a entrar en la casa.

A su hermana ni siquiera le dijo una palabra sobre Pietro.

*

El amor de Pietro había sido para Ghisola el regreso de la conciencia. Ella sentía que tenía que engañarlo, para que él no la humillara. Entre más grande y descabellado era ese amor, ella más necesidad tenía de defenderse; no porque lo deseara o porque quisiera rehabilitarse, sino porque tenía que impedir que Pietro lo supiera todo. Quería ser la más fuerte, haciendo que la aceptara como era; para sentirlo también a él en esa culpabilidad moral, que ella no había sabido rehuir.

Si luego de dar a luz, hubiera logrado casarse, estaba segura de tener una ventaja absoluta sobre su carácter; ¡estaba segura de hacerle creer lo que quisiera!

Pero, en el fondo, se consideraba muy superior y más deseable de cuando solamente era una campesina tonta y mal vestida. También se sentía más inteligente y astuta; y el orgullo no le permitía reconocer la desilusión dolorosa que habría sentido Pietro.

Ella solo quería aprovecharse de él porque era lo suficientemente rico y podía sacarla de su condición de permanente inseguridad. Temía envejecer antes de haber encontrado un verdadero afecto. Y por eso la hostilidad en contra de la exigencia de Pietro de que se mantuviera honesta, casi se convertía en odio; cuando tenía miedo de que la descubrieran.

También sentía que la ingenuidad de él en verdad contrastaba; no era una debilidad de la que pudiera

burlarse con calma. Y cada día sentía que le faltaba más el terreno, porque Pietro siempre era el mismo; predisuelto a su afición por ofenderla, sin que él se percatara.

Lo consideraba egoísta; justificadamente desde un cierto punto; porque no le habría perdonado si se hubiera filtrado algo. Por lo que no se tenía que sentir feliz de que él la amara de esa manera; pero, para reponerse de la continua humillación, en realidad no consideraba cambiar su vida hasta que no se viera obligada. Solo sentía una suerte de remordimiento, que hacía simpático a Pietro.

¡Es cierto, sin embargo, que nunca pensó que habría tenido que hablarle desde el primer día con más claridad, hasta que lo hubiera entendido!

¡Pensó, por el contrario, que no lo había engañado hasta el punto de hacerle creer que estaba embarazada por su culpa!

Pero también deseaba vengarse de Domenico: hacerle perder la cabeza de esa manera a su hijito era un placer maligno.

Además, la pretensión de Pietro le daba risa como una insípida tontería; que un joven no habría ni siquiera debido tener.

¿Pero qué andaba buscando? ¿Por qué, entonces, la amaba a ella y no a alguna señorita de Siena, una señorita de su misma condición?

Es verdad, sin embargo, que esto era una revancha de ella sobre sus abuelos y el resto de sus familiares.

Era capaz de convertirse en una patrona, y de vivir sin trabajar; por lo tanto, la deberían tener en gran estima. Y, luego, ella no había hecho nada para gustarle de esa manera a Pietro y para que él la recordara: Domenico, por tanto, debía cerrar el pico. Sobre todo, era su hijito el que se aprovechaba de ella, porque había sido una de sus empleadas; ¡era ella la que tenía que confiar en su hijito!

Y, al mismo tiempo, recordaba muchas cosas del tiempo que vivió en Poggio a' Meli. Se había encariñado; y, a su regreso, le gustó sentir los halagos que las trabajadoras le hicieron; halagos, es verdad, un poco ambiguos porque le dejaban entender que no sentían por ella la confianza de Pietro; y ni siquiera la alegría de Giacco y Masa.

En Radda sus padres no habían osado decirle nada; porque ella, la primera noche, al entrar a la casa, dijo que se habría regresado de inmediato y que a ellos no les tenían que importar un comino las habladurías sobre ella, también porque no eran verdaderas.

Pero sus propios padres consideraban que estaba mejor vestida que la hija del alcalde, que era muy adinerado. Las hermanas la envidiaban, y dentro de sí pensaban que era mucho más astuta que ellas. Y como la querían, sus familiares eran los primeros en defenderla.

Borio había muerto de una pulmonía; y su peón, quien había sido su rival, había envejecido antes de tiempo; y, a Ghisola, cuando la vio dos o tres ocasiones, le habló de usted sonrojado y quitándose el sombrero.

También en el pueblo, no la juzgaban tan mal; y, por otra parte, se difundió la noticia de que se iba a casar con el hijito del dueño de *El pez azul*.

Todos recordaban los tiempos pasados, pero se burlaban de estos sin malas intenciones; considerando incluso que siempre había sido una buena muchacha, aunque estuviera involucrada en uno que otro escándalo. Y, además, respetaban a sus padres que eran muy pobres.

Pero Ghisola, después de que su amigo de Badia en Ripoli la dejó, sintió algo de miedo de sí misma.

Los meses de Badia en Ripoli regresaban con frecuencia a su mente; porque allá había disfrutado la libertad y la soledad, y contaba con la seguridad de que el señor Alberto regresaba a la casa todas las noches.

Era cierto que se tenía que mantener alejada de Florencia, permanecer más bien en el campo; pero nunca le faltaba nada. Y en Florencia, aunque la acompañaran, podía ir cuando hubiera querido.

Tenía la recámara frente a ese jardín, que a Pietro le había provocado miedo; y el comedor daba a la calle, sin que hubiera otras casas enfrente.

En cambio, había una bardita que era más baja que las espigas del grano, y un ciprés que en el verano se cubría de enredaderas. Sobre la bardita, cubierta y repleta de yeso, crecían primulas y esa yerba que da flores amarillas.

Más apartado, un riachuelo claro que resplandecía, donde lavaban la ropa y luego la tendían sobre el prado del campo; junto a un cancel entre dos columnas cuadradas, sobre las que dos perros de terracota se miraban.

El grano se empolvaba, y los trapos que debían enjuagar volaban por el aire; como los papalotes que los niños traían desde el Campo di Marte.

Desde un balcón de la cocina, se asomaba para llamar a la vendedora de fruta; y desde allí ordenaba lo que quería, porque las cestas con la fruta estaban a la vista justo abajo. Un poco más allá, estaba la tienda de abarrotes que también vendía vino; y cuando soplaban el viento desde esa parte, se alcanzaban a oler sus productos. En las casas más cercanas, había familias de trabajadores bastante adinerados, y algún verdulero. Y como ella trabajaba por su cuenta, nadie había pensado en escandalizarse.

Ahora tenía que trabajar todos los días; pero, entre más se hundía y corrompía su vida, era más capaz de apreciar a Pietro; justamente porque incluso se sentía incapaz de ser al menos por una hora como él quería. Por eso cada vez le importaba menos; y ya no tenía ese disgusto moral, que la fastidiaba los primeros meses.

Era, de todas maneras, así; y cada día se resignaba más; también porque era inútil detenerse.

Las cartas de Pietro le provocaban la impresión de que él la considerara una prometida ingenua y bondadosa. Y lo compadecía, sonriendo.

*

En septiembre él regresó a Florencia con el pretexto de los exámenes extraordinarios; aunque le doliera

perder inevitablemente el tiempo, considerando justo, como un castigo, permanecer lejos de sus libros, de sus compañeros que ya ni siquiera lo saludaban. Sentía que se estaba escondiendo, y que se comprometía con todos. Pero esa voluntad de hundirse, que nacía de la angustia, le hinchaba el corazón: ¡el corazón le latía de otra manera!

Desde su casa en Via Cimabue, no salía más que a comer. Pero no podía ser de otra forma, a pesar de que lo lamentara y estuviera a punto de sucumbir.

Ghìsola, instalada en Florencia antes que él, estaba en una de esas casas que eran burdeles; donde ganaba bastante bien. Y, al enterarse por una carta de Pietro, que rechazó en Radda, fue de inmediato a donde él estaba: también para alejar cualquier sospecha.

Cuando la patrona, que la había dejado entrar, se acercó para llamarlo, ella le dijo que no; y, caminando sin hacer ruido, tocó con la punta de los dedos la puerta de la habitación. Él, adivinando que se trataba de ella, dio un brinco para abrirle.

Ghìsola fingió no querer entrar. Él la llevó adentro: y la besó, temblando por completo. Ella dijo, sonriendo y ofendiéndolo:

—¡Ya no quiero!

Luego se sentó; después de quitarse el sombrero, que colocó en sus rodillas. Pero él percibió un hervor en el corazón, y sintió que se le sonrojó el rostro porque no pudo evitar preguntarle:

—¿Por qué te fuiste de Radda sin avisarme?

Y ella, con su hermoso rostro que a veces adquiría una pureza absoluta, respondió sin considerar lo que decía:

–Llegué apenas. Mi jefa quiso, por fuerza, que regresara de Badia en Ripoli. Y en Radda no pude encontrar a nadie para dictarle una carta para ti, porque no quería que se enteraran que nos frecuentamos. ¿No hice bien?

–Sí fue lo correcto. Ella te va a recontratar, ¿no?

–Sí.

–Pues estoy contento. ¿Pero hoy no te puedes quedar conmigo?

–Ya pensé en pedirle permiso.

Él, creyéndole, la abrazó con un ímpetu de reconocimiento.

En seguida ambos salieron; y pasaron por Florencia. Comieron; y, luego, se detuvieron a hablar en una de las bancas del jardincito de Piazza San Marco, donde venden golosinas y pepitas a los soldados y a los desocupados.

En la noche ella le dijo, riendo:

–Me tengo que ir, porque, si se me hace muy tarde, no me van a dejar salir la próxima vez.

Y se despidieron: él ni siquiera pensó en preocuparse adónde iba.

La esperó tres días sin salir de casa; imaginando poder contarle todo sobre los exámenes; y no sabía si a Ghisola le importaba o no. Y este plan le producía un gozo casi voluptuoso.

Odiaba el estruendo, incluso si era leve; encontraba sosiego permaneciendo en cama. Y entonces le parecía que las sienes le dolían menos; y que el corazón se

hinchaba sin que él lo notara. Pero sus manos frías le provocaban pena y miedo, porque le recordaban su vida en Siena.

Si no hubiera sospechado hacer enojar a Ghìsola, le habría suplicado, con toda la dulzura que sentía, que se suicidara junto con él.

Pero cuando Ghìsola regresó para verlo, todo cambió. ¡Lo habría tratado como a un loco, burlándose en su cara, con esa risa que a él lo atemorizaba, aunque la hiciera ver más guapa!

Estuvieron juntos otro día entero, como la vez pasada; y, luego, ya no se vieron.

*

En Siena, Pietro inventó que le había ido pésimo en los exámenes.

Él cada vez se sentía más víctima de esas injusticias, en contra de las cuales todos le habrían debido dar la razón.

Domenico gritó:

—Qué hiciste. Si hubieras estudiado... ¿Estás seguro de que no puedes con la escuela?

Su enojo le parecía legítimo, pero le bastaba con que él no hiciera alusión a Ghìsola.

Su malhumor y su ansia se reanudaron; y, esta ocasión, peor, porque el amor por Ghìsola incrementaba más. Todo lo demás no dejaba huella, como si ni siquiera lo involucrara.

Sentía que había caído en el vacío, del que ya no habría salido. ¿Pero le tenía que echar la culpa a Ghisola? No: solo a sí mismo; es más, se consideró perdido frente a ella. Pero pensaba, todas las mañanas, al despertar: “¡De no estar Ghisola, yo me mataría!”. Y veía desaparecer toda la tranquilidad moral, a la que solamente se había aproximado.

*

Domenico no expresó en seguida la impaciencia que le provocaba ver a Pietro ocupándose de los negocios. Pero como las conversaciones adquirían esa afabilidad afectada, que oculta los arranques de ira, también por eso evitaron cruzar palabra. Todos le daban la razón a Rosi, y esperaban que discutiera. Pietro lo entendió, fingiendo no percatarse de lo que pensaba su padre cuando lo miraba casi de reojo.

Domenico ocasionalmente se consideraba un hombre sencillo y tosco frente a quienes son elegantes o malvados. Y entonces temía llevarse la peor parte.

¿De qué valían los grandes esfuerzos, con los que había colmado su vida? ¿Al morir, no le habría entregado a su hijo lo que había podido arrebatar con el trabajo y la astucia? ¿Y aun así su hijo no lo apreciaba? ¿Acaso su hijo quería dilapidar su patrimonio?

Entonces se percató de la equivocación que había cometido, concediéndole demasiada atención, también en lo que se refería a Ghisola. ¡Él mismo la había aco-

gido en su hogar! ¡Y ahora, la deshonesto, lo ponía en su contra, enseñándole a odiarlo!

Le pareció una traición buscada: ¡el seminario, la escuela de artes, la escuela técnica, el instituto técnico, los profesores particulares, todo!

Estos pensamientos los había tenido con tanta frecuencia, que consideró que era el momento de no dejarse vencer.

Sentado en su silla que usaba desde hace más de veinte años, lo seguía con la mirada, manteniendo las manos en los bolsillos del pantalón y apoyando en la pared su cabeza ya calva. Pero no decía nada, procurando distraerse con los meseros y con algunos de los clientes que iban a saludarlo.

Pietro pensaba en todos los bienes familiares que habría podido poseer para él y para Ghisola.

Pensaba en la lámpara tan quieta y siempre igual, con la base de latón. Pensaba en el diván de su madre, donde abajo del cojín había una suerte de cajón de madera, donde ella había guardado los estambres de lana y sus únicos dos libros, dos novelas comerciales con ilustraciones. Pensaba en los cuatro cojines en los que ella se recargaba; que estaban deformados cada uno de modo particular. Pensaba en el olor del perfume, en las botellitas de alcohol, y en una crucecita de oro oxidada.

Antes de quedarse dormido en su cama dura, recordaba todos los objetos más conocidos; a los que se había encariñado con un afecto intenso a pesar de ser inconsciente. Le parecía que tenía que darles otra impronta

y otro significado a esos objetos. Ghìsola habría sido la renovadora. Y él sentía la misma dulzura que había sentido estando junto a ella.

Al apagar la vela, se volteaba hacia la pared y se quedaba dormido.

Domenico, hacia la media noche, atravesaba la recámara, trayendo en la mano una lámpara de latón. Y entonces Pietro se despertaba y tenía ganas de alzar la cabeza. Pero la otra puerta se volvía a cerrar; y él permanecía con ese disgusto de cuando se interrumpió una disposición del ánimo.

Por la mañana, Domenico salía muy temprano sin decirle nada a él, que intentaba darle otra entonación a los sueños que se dan durante el duermevela cuando parece que están al punto de detener o de continuar el sueño.

Se sentaba en su mesita, sin hacer nada, con las rodillas pegadas bajo el cajón. Le parecía imposible que todos los objetos se desinteresaran de él; mientras su memoria sensual le producía una sobre excitación embriagante.

Se conmovía, por tanto, por estar destinado solamente a sufrir: “¿Por qué yo no puedo ver a Ghìsola? Nadie como yo se ve obligado a renunciar a todo. Y nadie interviene. No sé explicarme cómo es que para los demás es posible tener alguna ocupación que yo nunca tendré: el cochero le da fuetazos al caballo para que acelere; los barrenderos barren”.

Pero evitaba entrar en la bodega, hasta la hora de la comida. Y tenía que esperar el momento oportuno, para que incluso el cocinero no le respondiera mal; confor-

mándose con lo que le daban, y tomando él mismo el pan y los cubiertos en la alacena.

Él que había amado idealmente a los demás, sentía ahora un estremecimiento amargo. Pero su padre no perdía la oportunidad de comentarle:

—No estés estorbando, mientras pasan los meseros. ¡Tú no trabajas!

Luego salía de la bodega, para que no lo obligaran a trabajar: “¿Es posible que me fuercen a ir con el tendero, para comprar queso? ¿O para que agarre una canasta y la llene de pan? ¿O para discutir con alguien que no quiere pagar la cuenta? Ghìsola, de todas formas, ya no aceptaría casarse conmigo”.

Un día, recibió una carta. La caligrafía en el sobre en seguida le advirtió sobre algo inevitable. No quería abrirla. Y leyó: “Ghìsola lo traiciona. Si quiere tener la prueba, vaya a Via della Pergola...”.

Estaba la dirección de la casa, y un nombre de mujer; quizás, falso.

Le pareció que estas palabras resolvían algo inexplicable. Él pensó: “Debe haber un verdadero motivo”.

Y todas las adversidades dolorosas se le presentaron una tras otra, sorprendido de la compasión que una persona desconocida había tenido de él.

Luego reflexionó sobre la manera de hacerse del dinero para ir a darle una sorpresa a Ghìsola. Rebecca no quería prestárselo, reclamándole que no le había pagado lo de las veces anteriores. Pero Pietro insistió:

—¿Cómo quieres que se lo pida a mi padre?

—Que se lo preste un amigo.

Mientras tanto se dirigió al escritorio, determinada en prestárselo para que resarciera la inocencia de su sobrina. Pero antes tomó una manta limpia para su niño, que estaba cargando. La acomodó en la cama, aventó la sucia bajo el armario; y parecía que el niño, llorando, hiciera que se olvidara del dinero.

Siguió manteniendo agachada la cabeza, como para reflexionar; de ser necesario, habría ido en vez de él con Domenico; pero para ese propósito no había que entrometerse. Le dijo:

—¿Deveras no puedes ir mañana temprano?

Él respondió:

—¿Es posible cuando recibí esta carta?

Ella comprendió y suspiró. Él, esperando un poco, dijo:

—Dámelo.

—¿Cuánto necesitas?

—Más que la vez pasada.

—Dios mío, ¡cómo le hago para sacarlos! ¿Por qué no ha pensado en ahorrar un poco cada semana?

Él se arrepintió de nunca haberlo pensado; y le pareció inexplicable:

—De ahora en adelante lo voy a hacer. Hoy... dame tú el dinero.

Si hubiera tenido que esperar más, no habría tenido el ánimo de insistir; pero Rebecca, creyendo en su promesa, cedió.

Pietro contó él mismo el dinero; mientras ella, apoyándose en el cajón abierto, lo miraba a la cara. Le sonrió y se lo agradeció.

Rebecca, acompañándolo a las escaleras, le encomendó de nuevo:

—Tenga en cuenta que me lo debe regresar.

Era verdad que Ghìsola hacía que le mandaran las cartas a Badia en Ripoli; ¿pero no era posible que se hubiera cambiado de casa recientemente? ¿De qué se podía tratar?

Se esforzó en definir todas sus dudas; pero ya que no tenía antecedentes, le fue imposible darse una respuesta. Por la primera vez, todo el cúmulo de las cosas tristes le parecieron lejanas a él y que fueran capaces de destruirlo. Todos los sufrimientos le parecieron externos, sintiendo una pequeña felicidad que no se asemejaba a ninguna otra. Pensó: “¿Por qué creí sin dudarle en la carta?”.

Durante el viaje, le pareció estar en un estado de inconsciencia y con fiebre. Pero tenía prisa por llegar.

El tren corría cerca del Arno, cuyas aguas relumbraban como si miles de espejos se despedazaran al mismo tiempo; dejó atrás los pinos puntiagudos, afilados, todavía esparcidos de sombras violáceas, entre álamos blancos y trémulos, detrás de los postes del telégrafo; los cipreses en franjas, cipreses que parecían estar encerrados entre otros cipreses. Iba hacia la ciudad donde se acumulaba una dulzura azulada, entre las colinas, una más suave que la otra. Esa belleza maravillosa lo humillaba. Mientras el amor, que hasta ese momento sentía por

Ghìsola, le parecía indigno, abominable, sin saber por qué: “¿Es posible que no la deba amar?”.

*

Entró en la puerta que estaba indicada en la carta, pasando entre algunas mujeres que no se movieron. La escalera estaba a oscuras y sucia, con un fuerte hedor y polvo.

En el primer piso, desde una puerta entreabierta, distinguió, con un vestido rosa, a una prostituta, que lo miró casi con ironía.

En el segundo piso había otra recámara abierta. Se detuvo para escuchar: escuchaba algunas voces alegres de mujeres; una tarareaba. Se dio la peor explicación y luego la mejor. Pero se estremeció: “¿Es posible que Ghìsola viva en medio de esta gente?”. Y, como para huir, subió a prisa los escalones que le faltaban.

Se detuvo, con el aliento entrecortado, en el último piso. Había un salón con una mesa ovalada al centro: la vista se le nubló. Entonces entrevió, confusamente, a una mujer recostada en un canapé, que charlaba con un soldado, cuyo sombrero estaba lejos de ellos, sobre una silla.

Esta mujer se asustó al ver a Pietro, que la miraba alterado. Tocó con su mano la rodilla del soldado, y los dos posaron la mirada en él. Él dio un paso más, pero sentía que ya no tenía piernas: estaba como frente a una pesadilla inesperada; en la que no quería creer.

Balbuceó algo, pero la mujer no contestó. Entonces se convenció de que la había ofendido y estaba por marcharse. Pero en ese momento, Ghìsola se acercó desde una puerta abierta. Al reconocerlo, se detuvo de golpe; empalideció casi al punto del desmayo; pero luego regresó sobre sus pasos, sosteniéndose con un codo en la pared, como cuando retrocede un ratón medio muerto a causa de un trancazo.

Para no sucumbir a la sensación que Pietro tenía de perder el equilibrio, después de que sintió que una fuerza lo zarandeaba, la siguió sin pensar en una habitación de la que solo vio la ventana.

Ella ya se había quitado la chaqueta muy sucia, cuando él entró; pero había tenido que sentarse, para que fuera menos evidente su vientre de embarazada.

Él se inclinó para besarla, casi llorando:

—¿Por qué estás así?

Ella no sabía qué decir: “¿Se dio cuenta de que estoy embarazada? ¿Cuándo se lo debo decir? Esperaba que sucediera esto”. Luego habló:

—Todas son mujeres aquí.

Él, instantáneamente, ya no le creyó, y respondió:

—Pero me niego. Vuélvete a vestir. ¿Por qué tienes ese moretón en el brazo?

Ella temió contradecirse, pero respondió:

—Me mordí.

Él pensó que podía ser verdad. Luego, después de una pausa, en la que esperó que todo se disipara, le dijo:

–Vámonos de aquí. Quiero hablar contigo.

–Quedémonos. Yo hoy no pienso salir.

Hubo otro silencio, que lo hizo pensar: “¿Por qué quise enterarme de qué manera me había traicionado? De esta manera nunca estaré seguro. ¿Qué le puedo decir?”.

–No me gusta esta casa. ¿Qué es aquí?

–Te lo voy a decir; no tiene nada de malo.

Ella había deliberado más de una vez confesarle su embarazo; pero ahora le pareció imposible; y quería ocultarlo precisamente por la sorpresa. Él decidió hablar más rápido:

–Levántate.

Entró la dueña de la habitación: una mujer robusta y corpulenta, con un cinturón de cuero blanco en la cintura; una partera que cuidaba de las embarazadas.

Pietro volteó a verla atemorizado por el efecto que sus sospechas podían producirle. Intentó explicarle qué hacía allí. La mujer, que lo sabía todo, no pensó que Ghìsola se pudiera librar de esto; y temió que él la hubiera matado.

Ghìsola veía la ventana, para aventarse; con un impulso histérico, incrementado por su embarazo.

La mujer se demoró, acomodando el lavabo, doblando una toalla, vigilando a Pietro con el rabillo del ojo e intentando preguntarle a Ghìsola qué hacer.

Pietro esperaba a que ella se fuera, mientras todos sus movimientos lo impacientaban. En fin, con gran esfuerzo, le dijo:

–Quiero un momento a solas con Ghìsola.

Y Ghìsola, habiéndose puesto mientras tanto otra blusa, sin levantarse del canapé y sin que él lo notara, respondió:

—Si quiere, váyase... Yo me encargo.

Pero su terror no disminuía; y le pareció que habría debido arrodillarse de inmediato.

La mujer salió con circunspección; y no cerró la puerta, acomodándose para espiar. Pietro, al percatarse, antes de pedir una explicación, quiso cerrarla; pero no logró darle vuelta al cerrojo. No obstante, no habría querido ofender a Ghìsola, con las preguntas que tenía que hacer, más propenso a esperar un poco.

Ella se levantó:

—No cierres... Nadie nos escucha.

Entonces él, volteando hacia ella con una mirada llena de piedad y afecto, vio su vientre.

*

Cuando se repuso del vértigo violento que lo había postrado a los pies de Ghìsola, él dejó de amarla.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

RECTOR

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

SECRETARIA GENERAL

Mtro. Hugo Alejandro Concha Cantú

ABOGADO GENERAL

Mtro. Tomás Humberto Rubio Pérez

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Dra. Diana Tamara Martínez Ruiz

SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

SECRETARIO DE PREVENCIÓN Y SEGURIDAD UNIVERSITARIA

Mtro. Néstor Martínez Cristo

DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL



**ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES**

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

DIRECTOR GENERAL

Lic. Mayra Monsalvo Carmona

SECRETARIA GENERAL

Lic. Rocío Carrillo Camargo

SECRETARIA ADMINISTRATIVA

Lic. María Elena Juárez Sánchez

SECRETARIA ACADÉMICA

QBP. Taurino Marroquín Cristóbal

SECRETARIO DE SERVICIOS DE APOYO AL APRENDIZAJE

Mtra. Dulce María Santillán Reyes

SECRETARIA DE PLANEACIÓN

Mtro. José Alfredo Núñez Toledo

SECRETARIO ESTUDIANTIL

Mtra. Araceli Mejía Olguín

SECRETARIA DE PROGRAMAS INSTITUCIONALES

Lic. Héctor Baca Espinoza

SECRETARIO DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL

Ing. Armando Rodríguez Arguijo

SECRETARIO DE INFORMÁTICA

DEPARTAMENTO EDITORIAL

Dirección editorial: Héctor Baca

Revisión editorial: Marcos Daniel Aguilar Ojeda y Omar Nieto

Coordinación editorial: Mario Medrano González

Coordinación de diseño: Xanat Morales Gutiérrez



Con

los ojos cerrados

se terminó de imprimir

en marzo de 2024 en los talleres

de la Imprenta del Colegio de Ciencias y

Humanidades, Monrovia N. 1,002 colonia Portales Sur,

C.P. 03300, Alcaldía Benito Juárez, CDMX. La edición consta de 500 ejemplares con impresión offset sobre papel bond ahuesado de 90 grs. para los interiores y cartulina sulfatada de 12 pts. para los forros. En su composición se utilizó la familia tipográfica Espinosa Nova.

El diseño y formación estuvo a cargo de Xanat Morales

Gutiérrez. El cuidado de la edición

estuvo a cargo de Mario

Medrano y Omar

Nieto.

